

EL
TALAMO
DE LA
TUMBA

NOVELITA MORAL

Por el R. P. Fr.

ALFONSO M. CADENA

Religioso de la Merced



QUITO—ECUADOR
EDITORIAL GUTENBERG

1937



PROLOGO AL LECTOR

Apenas ponéis los ojos en el epígrafe de este libro, advierto que vuestro ánimo se resiente y hacéis un movimiento repulsivo, como de cosa execrable y corrompida. ¡A tal extremo de degradación ha venido este ramo de la Literatura!..... En verdad, que muchos han abusado de la novela; pero no olvidéis, lector benévolo, que no es sino mero instrumento: El hombre abusa de todo, pero como muchos han abusado, no quiere decir que todos abusen.— Yo, consultando con mi conciencia y volteando las hojas de mi libro, me parece que no os pondrá éste a vuestros ojos malos ejemplos, ni siquiera, acaso, un mal pensamiento, sino que más bien, os dará consejos saludables para la economía espiritual, tendréis en él un amigo que os entretenga con su conversación amena y moral y un representante que desarrolle a vuestra vista cuadros interesantes de la naturaleza y de la vida práctica. Cabalmente, esto tiene de recomendable la novela, que entretiene,

que despierta la curiosidad. Con otras lecturas se os cae el libro de la mano, os cansa, os causa hastío; pero la novela os interesa, os ilusiona, como si en verdad presenciaraís el cuadro o el hecho real. La novela enseña, deleitando. ¡Ojalá! que este mi librito desempeñe bien este doble fin; y tendría a grande gloria, de que os aparte del error en que acaso vivís, os estimule a romper las cadenas espirituales que os aprisionan y conducen a la ruina. Y si sois bueno, y os habéis propuesto seguir la estrecha senda que conduce a la felicidad eterna; con todo, os aseguro, que tendréis que luchar asiduamente con los enemigos del alma. Yo también peleo, pero en el poderoso alcázar de la Reina de Mercedes. Mientras que vos peleáis a mansalva en la brecha, en el recrudecimiento de la lid, en la línea de fuego y al fragor de los cañones del mundo. Y así necesitáis luces que os instruyan, que os enseñen la táctica de la guerra espiritual, voces de aliento, que os den valor y ejemplos heroicos que os estimulen a la imitación. Que este mi librito os ayude a todo esto, se desempeñe bien y sea para vos, un representante que os entretenga y un maestro que os instruya.

EL AUTOR

EL TALAMO DE LA TUMBA

LIBRO PRIMERO

CAPITULO I

Artículo 1o.— Una Caza Mayor o de Montería

Era el mes de Agosto, mes sin disputa, el más hermoso y luciente. Las dehesas se presentaban repletas de ganado, y no parecían sino inmensas mantas polimitas. Las mieses se agitaban como encrespadas olas de un mar de graníferas espigas de oro..... Los prados se ostentaban risueños, cubiertos de verdura, y exhibían esplendorosos los arroyos y ríos, como gigantescas serpientes de cristal que surcaban

por esas grandiosas alfombras de grama y césped. El sol, desde el zenith de su curso, derramaba sobre el universo torrentes de luz, desde un cielo sereno. Las lejanas sierras parecían remotos violáceos muros que ostentaban aquellos colosales nevados, como castillos de aljófár, distribuídos en diversos puntos de esta remota y confusa muralla. Las vaporosas y sutiles neblinas, que aéreas vagaban por el filo de las dentadas crestas de la sierra, parecían voladoras, misteriosas vírgenes que con sus luengos, blancos vestidos de delicado tul rozaban con sus pies los oscuros picos de la cordillera Toda la naturaleza parecía grandemente embellecida, semejante a una hermosa doncella, que después de haber pasado la noche en regalado sueño, al despertar, su primer cuidado es el tocador: se adereza, engalana perfuma y hechiza a quien le mira.

En este hermoso día se oyó de repente corrillo y vocerío, tropel y relincho de caballos, ladrido de perros, grito de mozos, chocar de armas y cadenas, resonar de clarines y bocinas: Todo manifestaba jornada de una cacería mayor o de montería.

Así era verdad, porque era una partida de cazadores de montería que venían con sus caballos, su jauría, escopetas y otras armas de caza mayor, sus clarines y bocinas, y después de una buena jornada se pararon delante de un bosque secular y grandioso, que no era sino un soberbio templo de Diana cazadora, de na-

tural y sublime arquitectura. Por entre la herbácea techumbre, sacaban erguidas las copas las gigantescas palmeras. El huracán levantaba por los aires, altas espirales de hojas secas; y al soplar impetuoso por entre las bóvedas, galerías y arcados senos de aquel enmarañado bosque, rebramaba con imponente tronar. Los troncos de los árboles seculares eran las regias y robustas columnas, que sostenían la vegetal bóveda. Por los rotos de la esmeraldina techumbre se descolgaban, al interior, los extremos de las florecidas enredaderas y semejaban los cilindros y arañas de este vegetal templo, las cuales se remecían con majestuosa medida, al ser movidas por el viento..... Los rayos del sol, penetrando por las aberturas de la frondosa bóveda, no parecían sino luengas espadas de oro, arrimadas a la copa de los árboles.

Los monteros, después que almorzaron, aseguraron bien los caballos a las ramas y tronco de los árboles; armados con las diversas armas de caza y suelta la feroz jauría, se internaron en el corazón de aquel grandioso templo de Diana ... El orfeón de aves canoras, de los animales e insectos fue interrumpido por el estrépito y vocerío de los cazadores..... Poco después se llenaron de humo las naves de aquel templo de la soledad. Era que los monteros habían encendido paja y hojarasca, para descubrir y levantar la caza: Girones de humo azuloso penetraban por entre los floridos cor-

tinajes, que se colgaban un momento en los flecos del esmeraldino cortinaje, y parecía, que se exhalaban de ocultos pebeteros.

A poco, se oyó resonar con desenfrenado estruendo la grito y vocerío y el tañer de acometida de las trompas y vocinas. Era que se había levantado la caza..... Se observó, que un caballero cazador, apartándose del grupo de los demás, perseguía con ahinco a un oso enorme y negruzco. Pero, sucedió, que el animal, al verse acometido, y ya libre de la común agresión, de la confusión y aturdimiento de la cazadora chusma, volvió cara a su perseguidor, y se pusieron los dos frente a frente. El caballero, en el ardimiento de apoderarse de la presa, hizo fuego, y disparó el arma, pero fue con tan mala ventura, que habiendo errado el tiro, la fiera se avalanzó hacia su agresor. De un salto se puso sobre el pecho de éste, después de echarlo al suelo, y asiéndole, la fiera, con los afilados garfios de sus caninos, hubiera terminado con la vida del caballero..... Por fortuna, un rubio mancebo, que fue allí por leña, con intrepidez heroica acudió a socorrerle: Acometió a la fiera con el hacha. El oso, deja a su primer agresor, y se vuelve contra este último, cuyos golpes le hacían un daño inaplazable. Después de un momento de lucha, el mancebo logró dar a la fiera un tal hachazo en la cabeza, que dejó al cuadrúpedo de contado muerto, libertando, de esta suerte, de un desenlace fatal al caballero.

Imponderables fueron las muestras de agradecimiento, que el caballero prodigó al mancebo, y después que se reparó del mejor modo de la avería que le hiciera el animal, preguntó al mancebo,

—¿Cómo te llamas, joven heroico?

—Me llamo Carlos.

—¿Tienes padres?

—No señor, una fiebre maligna atacó a mi padre; al curarlo, contagió a mi madre y hermana; y en menos de quince días me ví sin padre, ni madre ni hermana.

—Ahora, ¿con quién vives?

—Mi abuelita me recogió. Ella ceba a los cerdos, beneficia la carne de éstos y comercia muy bien con ellos. Por eso, ahora, he venido por leña, para ayudarla en su negocio.

—¡Magnífico, valeroso mancebo!..... Ahora quiero pagarte con algo por tan señalado beneficio, como me acabas de hacer: Quiero protegerte y aliviar a tu abuelita de su recargado trabajo. Yo soy el conde de Colmenares, poseo muchas riquezas y tengo, cerca de aquí una hermosa quinta en la que moro casi de asiento.... Tú y tu abuelita viviréis allá, no os faltará nada, y yo te adoptaré como a hijo..... ¿Te parece bien?

El joven le agradeció profundamente y se acercó a besar la mano de su protector.

—No tienes que agradecerme tanto, buen joven: esto y mucho más te debo; pero, para que veas, que mis promesas no son aéreas, que

dé comienzo a mis dádivas; y esto diciendo, sacó del bolsillo dos piezas de oro, que puso en manos del animoso joven.

Este dirigió ansioso la vista a las piezas que jamás hasta entonces, pudo ser propietario de semejantes rubias, las guardó y estuvo con éllas más contento y feliz, que Alejandro con el dominio del mundo,

El Conde levantó del suelo su arma, el joven su hacha y la pieza de caza, y engarzando el Conde su brazo en el del joven, se retiraron de aquel lugar. Todo quedó en silencio. El bosque volvió a su antigua soledad y misterio. El silencio no era interrumpido sino por el canto de las aves, por el bramido y maúllo de las bestias salvajes, por el croagido de las ranas, por el chasquido de las ramas secas remecidas y por el ronco e imponente rebramar del impetuoso viento.

Artículo 20.— El señor Viñolo

El Conde como buen caballero y católico sobre todo, cumplió maravillosamente su promesa: Recogió al joven Carlos y a su abuelita, y en su quinta les dió un aseado departamento, cuidó de su alimento y vestido, y a Carlos le adoptó por hijo..... A la abuelita le pareció que estaba en un palacio, pues se había levantado a la abundancia y opulencia de la pobreza en que habían vivido. Todo lo atribuía a la buena índole y méritos de Carlos, a quien le miraba como a un ángel y como báculo de su vejez.

Un día se hallaba la abuelita junto a una mesita, haciendo la labor. Mientras trabajaba, miraba de continuo a la puerta: Es que había salido Carlos a la calle. En efecto, después de un rato, oyó pasos, la señora, de su nietecito, que volvía. Este se presentó en el aposento y después de saludar gozoso a la anciana, dijo:

—Abuelita, le traigo una buena noticia.

—Dime pronto, si es buena.

—El Sr. Viñolo, rico propietario, buscaba para su hacienda «La Florida» un escribiente apto, honrado y de buena letra; y gracias a las buenas informaciones, que el Sr. Conde, nuestro protector, ha dado, me ha elegido para este empleo. Así que no tarda en venir aquí, para hablar con Ud. y llevarme al empleo.

La abuelita que nada deseaba con más ferviente anhelo que la felicidad y buena ocupación de su nieto, llena de alegría, exclamó: ¡Gracias sean dadas a Dios por esta tan bella perspectiva que se ofrece a tu porvenir!..... ¡Que Dios perfeccione su obra y te eche la bendición para el buen desempeño de tu ocupación!

—Querida abuelita, aunque me es tan penoso apartarme de su sombra benéfica, pero ya es tiempo de formarme por mí mismo y buscar mi felicidad por un trabajo honroso..... Me hubiera sido insufrible, dejarle al acaso, al cuidado talvez de alguna familia que nos resta; pero ahora me voy muy consolado, sabiendo que se queda en esta casa tan honorable, tan rica y tan caritativa, al fin como de buenos católicos..... Ya el señor Conde me ha asegurado que cuidará de Ud. como de una madre..... Me voy, por lo tanto, de algún modo sosegado a mi empleo.

—Todo lo espero del señor Conde, hijo mío..... Algunos días que estamos en esta casa, tan honorable, tan rica, y nada nos falta, gracias a Dios!..... Estoy muy contenta y satisfecha..... Sólo me estimula la espina, que al fin es casa ajena y quisiera poderles servir en algo.

—No le dé pena eso, abuelita, porque el señor Conde tiene muy en cuenta la situación física de Ud.; y rico como es, no quiere sino atenderla, y por eso ha destinado a los criados más expertos para que le sirvan con esmero.

—¡Qué el Señor bendiga al señor Conde y a todo lo que le pertenece..... Y a nosotros nos mire con piedad en nuestras necesidades Pero, tocan la puerta, hijo mío..... ¿No lo oyes?

—Así es verdad, abuelita.

—Atiende, hijo mío, y mira quien es.

Abre la puerta, Carlos, y entra el criado Sebastián, y dice: «Está aquí el señor Viñolo».

—Haz el favor de hacerlo entrar.

El criado sale y después de un momento vuelve con el señor Viñolo.

Se presenta éste en el aposento, y saluda con la finura, propia de las personas cultas, aún con personas más infelices.

La señora le corresponde con finura, y le convida a sentarse:

—Siéntese Ud., caballero.

—Agradezco a Ud., señora..... ¿Sus días son buenos?

—Buenos, al presente, gracias al buen tiempo, tan abrigado y seco.

—Me alegro, señora; y en este tiempo de calores le sentaría muy bien unos baños en mi hacienda «La Florida».

—Agradezco a Ud. caballero; pero el señor Conde tiene aquí unos baños muy cómodos: tienen una reposadera muy amplia y allí se calienta el agua al agrado de cada uno, y se tiene unos baños deliciosos.

—Pero otra cosa es, señora, bañarse en fuentes minerales..... Yo tengo una fuente termal, cristalina y de efectos medicinales admi-

rables..... Le sentaría a Ud. muy bien.

—Muchas gracias.

—Si Ud. quiere, me avisa, ahora que va conmigo su nietecito.

—Así lo haré, muchas gracias.

¿Y Ud. está ya listo, amiguito?

—Por mí no faltaEstoy ya listo.

—¿Y no lleva a su abuelita a la hacienda?

—He sabido que el temperamento es frío, y no se avendría con la salud de ella..... Además, el señor Conde quiere tenerla a su lado, por un favor insigne que le prodigué.

—Dígnese saciar mi curiosidad.

—Que narre mi abuelita.

—Lo haré de buena gana:

Se hallaba el señor Conde de caza..... Logró ponerse frente a frente a la fiera, pero, para mala fortuna, se había apartado de los demás. En el ardimiento del entusiasmo, el Conde disparó el arma, pero con tan mal éxito, que habiendo errado el tiro, la fiera se abalanzó hacia su agresor, y de un salto se puso sobre el pecho, asiéndole la garganta con los dientes. Le hubiera terminado con la vida, si este mi hijo, que se hallaba por ahí por leña, no hubiese acudido a socorrerle. Acometió a la fiera con el hacha, y después de un momento de lucha, logró dar al animal un tal hachazo en la frente, que le dejó de contado muerto, libertando así al Conde de un desenlace fatal. Este en agradecimiento, nos ha protegido, trayéndonos a esta su casa, en donde hasta ahora,

nos ha prodigado toda clase de consideraciones y comodidades..... Ahora, como Carlos ha terminado sus estudios escolares, quiere buscar un porvenir, un empleo, y lo ha encontrado en Ud. señor Viñolo

—¡Cuánto me alegro tener un candidato tan discreto, tan excelente y tan heroico como Carlos..... Así que no hay que perder tiempo..... Disponga sus cosillas, para partirnos ya.

Carlos dispone ligeramente su maleta de viaje y se dispone a ir.

El señor Viñolo le pregunta:

—Carlos ¿Estamos?

—Ya.

—¡Pies en polvorosa!..... Despídase de su madre.

Por último favor, dijo la señora, que me prodigue un momento, para hablar a solas con mi chico, y darle la bendición.

—Que lo haga en buena hora..... Voy a esperarle afuera, donde el señor Conde.

—Gracias sean dadas todas a Ud. señor Viñolo.

—Hasta luego.

—Hasta luego.

Hace una inclinación Viñolo, y sale.

Quedan solos la abuela y Carlos.



Artículo 30. — La Bolsita Milagrosa

La anciana tomó junto a sí a su nietecito y le habló de esta manera:

¡« Bien entiendes, hijo, cuánto te amo!..... Si yo tuviera dinero, no te permitiera, que te separaras de mi lado, y te fueras al fragor de la lid del mundo Nada hay más raro, y al mismo tiempo más combatido, que la pureza e inocencia: Todo es tentación, ocasión y peligro..... El único freno para lo malo y el verdadero aliciente para lo bueno es la Religión: La creencia de un Dios justo, que remunerará el bien con el Cielo, y castigará el vicio y el crimen con un infierno eterno. Pero en estos tiempos de incredulidad se niega a Dios, la existencia de la eternidad y del infierno ¿a dónde irá a dar la presente sociedad? No me admiro, que hoy apiñadas multitudes de hombres corran al precipicio y se arrojen a las revueltas ondas del río de Babilonia..... Que todos corran por la ancha senda sembrada de flores..... Tú, hijo mío, no te dejes contaminar por el vicio y la corrupción..... El Señor y su santo temor te conserven en los santos principios en que has sido educado..... Quiero, hijo mío, darte mi bendición, para que Dios te guarde de todo mal y seas feliz en tu empleo.... Ponte, hijo mío, de rodillas.

Carlos se hinca delante de su abuelita.

—No dudo, hijo, que serás feliz; pues Dios ayuda a los hijos buenos, que han sido dóciles y amantes de sus padres..... Pórtate con cordura, con honradez, y sobre todo, con temor de Dios..... Voy a darte un recuerdo precioso, que hasta el presente, ha sido para mí un prodigio y tesoro de felicidad Hoy quiero cederte..... Yo estoy en casa, y, gracias a Dios, más preservada, ya estoy casi fuera de combate; pero tú te vas al fragor del batallar del mundo, y en tantos peligros, este don precioso te libre de todo.

Se quita en seguida la señora, del cuello una bolsita, hecha de tela blanca con cordeles para suspenderse del cuello, y dice:

—«Voy a enterarte, hijo, del contenido de esta bolsita: Abre la abertura con los dedos, y prosigue: Son dos lajitas de tamaño de dos garbanzos..... Yo las obtuve ¡Dios me perdone! por un hurto piadoso: Soborné con la paga a un sacristán de una iglesia, que le constreñí, a que con un cincel arrancara de la milagrosa imagen de piedra de Ntra. Señora de las Mercedes. Estas dos lajitas, han sido para mí, un talismán precioso, que me ha librado de tantos trabajos y peligros. Este don precioso quiero cederte ¿Me prometes llevarlo constantemente?

—Con toda mi voluntad..... Basta que sea recuerdo de Ud.

—Te lo pondré, y no te saques..... ¿Me prometes?

—Le empeño mi palabra, abuelita.

Esta le impone la bolsita en el cuello.

Carlos se levanta, para irse;..... pero la abuelita le detiene, y dice:

—No te vayas, hijo, sin recibir mi bendición.

Carlos se hinca y la recibe..... Ya sale, pero a la puerta le encuentra Sigismundo, hijo mayor del Conde, le abraza y le hace volver al aposento en donde se halla la abuelita.

Artículo 40. — Un Ruego Poderoso

Era Sigismundo un jovencito, que frisaba con los dieciseis años de su edad: era muy elegante y expedito. Era el único varón de los hijos del Conde, y por esto muy mimado y considerado como primer heredero de las cuantiosas riquezas del Conde Estudiaba la abogacía en una distinguida universidad; pero más por título de honor y perfección individual, que como profesión para ganarse la vida; pues siendo muy rico, como hemos dicho, y de familia de título, más ejercería la profesión, para ayudar a los pobres y menesterosos El jovencito tenía una buena cualidad, entre otras, que era muy estudioso, raro entre los jovencitos de este género, porque la molicie y regalo no se avienen a subir las empinadas cuestas, para llegar al alta cumbre en que moran la ciencia y las musas; y así con razón dicen las Letras Sagradas: «No se aviene la Sabiduría con los que viven en regalo: *Nec invenitur in terra suaviter viventium.*» (Job. 28, 13.) Pero Sigismundo, era en esto, la excepción..... Mas hay que advertir, que como era tan consagrado en tiempo de estudio, lo era así mismo al descanso y entretenimiento en tiempo de vacación: Perecía por la caza, le deleitaba sobremanera la corrida de toros y caballos, etc..... ¡Diversiones y pasatiempos que les encanta a los jovencitos de su edad!

Después que se hizo contradizo con Carlos..... ambos volvieron y penetraron en el aposento donde se hallaba la abuelita.

Sigismundo la saludó y dijo: Buenas tardes, señora mía.»

—Buenas tardes las tenga Ud. señorito de mi alma.

—¿Está Ud. ya en casa?

—¿Sí, he venido a pasar las vacaciones.....

¿Y su nietecito está también bueno?

—Se dispone a un viaje..... Va a emplearse en una hacienda «La Florida» del Sr. Viñolo.

—¿Cómo ha de ser eso?..... Si yo he venido con toda la ilusión de pasar bonitos días en compañía de Carlos..... El me ha de ayudar en la caza y correrías del campo.

Se dirige a Carlos..... ¿Te vas, dejándome?

—Señor, todo está arreglado y me marcho.

—¡No es posible! ¿qué me hago solo?

—No hay cómo retroceder El Sr. Viñolo ha venido a llevarme y me espera en el aposento del Sr. Conde.

—El Sr. Viñolo es muy buen amigo, y nos concederá una tregua a tu empleo, nada más que hasta pasar las vacaciones..... No dudo nos concederá este favor.

Abuelita.—Nada podemos negar a su Merced, y mi chico no se ha de resistir a que hable de la tregua al Sr. Viñolo.

Sigismundo pregunta a Carlos. ¿Consien-

tes en que suplique al Sr. Viñolo nos espere unos días más, para tu empleo?

—Si su Merced alcanza, convengo en ello.

—Pues, voy a hablarle al momento.

Sale Sigismundo.

La abuela dice a Carlos: «Estamos en casa de nuestros benefactores, y no podemos a su petición negarnos.

—Y si el Sr. Viñolo no quiere?

—No creas, hijo ¡personas tan poderosas!... .

Obtendrán, no lo dudo.

—Entonces, hay que esperar la tregua con paciencia.

A poco vuelve Sigismundo, y gozoso dice:

—¡Albricias!..... He conseguido..... Todo está arreglado..... El Sr. Viñolo consiente en la espera.

Abuela.—Desearía, que entre el Sr. Viñolo.

—Dijo que ha esperado mucho tiempo, y que necesitándose de prisa, se marchaba.

—Entonces confianza en Dios y en el influjo de su Merced.

—No tema, se arreglará todo a su tiempo y a pedir de boca.

Tocan la puerta..... ¡Adentro!

Entra el criado Sebastián, y dice:

—Señora Beatriz, el Sr. Conde desea hablar con Ud. y le espera en el aposento de él.

—Voy al puntoMe dispensan.

Y sale.

CAPITULO II

Artículo 10. — Confidencias

El Sr. Conde así como velaba por su hijo que no se reuniese con otros jóvenes, aunque fuesen nobles, así no tenía a nada, antes llevaba muy a bien, que se llevase, aún íntimamente, con Carlos, cuya sencillez y buenas costumbres le eran muy conocidas. Así que los dos jóvenes varias veces, se ponían a tratar asuntos muy íntimos y de confianza, que se llaman confidencias. Nosotros vamos a exponer la primera, que tuvieron, cuando la abuela salió al aposento del Sr. Conde.

Sigismundo dice a Carlos:

—Con qué, Carlos, ya me tienes por aquí.

—Bien venido sea su Merced para contento de todos.

—Espero pasar buenas vacaciones contigo.

—Ahora, más que nunca, procuraré complacerle, por ser última vez, que acaso voy a pasar con su Merced.

—Yo, de mi parte, procuraré amenizarlo todo Mi padre me ha regalado, como premio de mis buenos exámenes, un arma de caza, que es una verdadera joya, y es una escopeta, última invención, «La Ideal» En estas excursiones de caza vamos a estrenarla.

—Debe de ser muy buena ¡Dádiva de

su padre!..... Lo que ahora vehementemente ansío es que se sane pronto de las heridas que le hizo el feroz animal..... Ya está muy mejorado y los médicos me aseguran, que presto conseguirá la salud completa.

—Es prueba de su adelantada mejoría el buen humor que despliega, y me ha dicho en tono de broma que va a convalecer y a ponerse pingüe con las piezas de caza que vamos a cazar.

—¡Ojalá podamos darle algún placer en este género..... ¡Luengos años conceda la Providencia al padre de su Merced tan laborioso como amable!

—Dios bendice su trabajo..... Tiene ahora bien montada una alquería..... Las últimas cosechas han sido muy halagüeñas..... La ganadería es el fuerte de sus entradas... .. Todo tiene muy bien arreglado..... Uno de estos días te he de llevar al rejo del Carrascal a tomar leche fresca, recién ordeñada.

—La abundancia derrame a manos pródigas sus larguezas, y sea su familia muy feliz en todo.

—A tí te estima mucho mi padre, y se ha llenado de contento, cuando le he contado que el Sr. Viñolo te distingue y quiere protegerte.

—Todo esto aumenta la estima y gratitud que profeso al padre de su Merced..... Tiempo habrá para manifestarle mi gratitud.

Sigismundo, consulta al reloj, y dice: Lo principal que quiero saber de tí es ¿cuándo

haremos la primera correría de caza?

—Cuando quiera su Merced..... Aunque sea mañana.

—Dices bien, mañana..... Antes que mi padre que me encargue las cosechas y rodeo de ganado..... Así que, tú, Carlos, te encargas de alistar y activar la jauría y menesteres de boca.

—¿Una caza menor?

—Sí, porque de ésta hay por aquí en mucha abundancia..... Una caza mayor o de montería la haremos después.

—Descuide su Merced, que todo lo haré como su Merced me ordene.

—No te olvides, y como tú sueles hacer, dispónle todo..... Ahora te dejo, y voy a mi padre.

Sale Sigismundo y queda solo Carlos, quien previendo sus futuras ilusiones, comienza a hablar consigo mismo. «Hasta ahora he andado en brazos ajenos, mas hoy siento consolidarse mis pies, y comienzo a andar por mí mismo por la senda del porvenir..... ¡Oh cómo se alegra mi corazón!..... Se expanden las alas de la aspiración y me siento impelido a volar por las regiones de la felicidad y de la gloria; pero a una gloria legítima a que se levanta un hombre de bien!..... ¡Qué hermoso espectáculo se presenta ante mis ojos!..... Veo una senda ancha, plana, remota y que va a terminar en un campo luciente de oro y zafir. Se extienden a sus lados ilimitadas florestas,

prados amenos, y risueños campos de esmeralda..... Veo el horizonte lejano, teñido de carmín y rosas, limitado por un cielo azul, combado y adornado con diamantinas estrellas!..... ¡Que la senda no se cubra de agudos guijarros que lastimen los pies al andar, ni aparezcan las espinas que punzan, ni se cubra de quemadora arena, que fatigue y abochorne el alma!..... Que el cielo azul y despejado no se cubra de negros nubarrones!..... Que una muerte prematura no me obligue a pasar por el estrecho túnel que conduce a la eternidad!..... ¡Mas oigo pasos, que embargan el calor de mi entusiasmado discurso..... Sello mis labios, y acudo a la puerta!

Artículo 2o. — El Rejo del Carrascal

Como vimos en artículos anteriores, Carlos había de organizar una corrida de liebres con jauría, pero reformaron el intento y sólo iban a verificarla al tiro, para probar la bondad de la nueva escopeta. «La Ideal» cuya nueva invención y mejoras les prometía un éxito notablemente mejor del de hasta entonces conocido. Estaba pues todo prevenido, y en el día en que habían de partir, convidó primero Sigismundo, por la mañana, a Carlos y su abuelita a tomar leche fresca y recién ordeñada en el rejo del Carrascal.

Muy interesante y risueño se presentaba entonces el ordeño del Carrascal. Era el caserío de mediana apariencia, más distinguido por lo aseado, alegre y ventilado. Un largo corredor con antepecho se extendía de polo a polo. Una grada circular o escalinata de piedra al medio y delante del edificio, servía para subir y bajar. La vista de este lugar era encantadora. El horizonte muy remoto y dorado. Allende los montes lejanos, azulosos y carmíneos. Aquí divisábase la verde y plana campiña con sus bosques espesos, sus prados cubiertos animales. Las corrientes y acequias como caprichosas tiras de cristal sobre esmeraldinos y frescos gramales Al pie del co-

redor se extendía el inmenso corral, dividido en tres secciones: En la una estaban las vacas de ordeño, en la otra los terneros o becerri- los mamonos, y a la última parte iban las va- cas ya ordeñadas.

¡Qué grita, qué animación, qué vocerío! Aquí se oía la voz de la que llamaba, aquí de la que reclamaba algo, allá de la que respon- día. Por aquí se oía el silbo del que trabajaba alegre, allá la bronca voz del mandón severo, que a caballo recorría los diversos puntos de ordeño y daba despóticas órdenes, allá se oía el chasquido del zurriago, aquí ladraba el perro, allá sonaba el choclear del cándido licor, al desatarse en intermitentes chorretadas sobre rústicos y huecos recipientes. Pero lo que más novedad daba, vida y agrado, era oír, a par del bramido del sinnúmero de vacas y be- rrido de terneros, la graciosa canturria de las ordeñadoras, que en diversos tonos de voz iban llamando a los becerritos a las vacas; y era de ver, como con ese sonoro cantar repetido acudía cada becerrito al son de su propio nombre.

Esta canturria escuchaba Sigismundo y su amigo, se comunicaban las agradables impresio- nes que estas escenas y cuadros campestres les producían. En esto vino a ellos una ordeña- dora con sendos vasos en las manos, rebosan- tes del cándido licor, después de saludar con profundas y respetuosas venias, dijo: «Tomad, amos, que está caliente y gustosa la leche, y es de vaca negra y de muy tierna cría.

Sigismundo pronunció una interjección de sorpresa, al reconocer a la ordeñadora:

—¡Hola Maruja!..... ¿Eres tú?

—Sí, amo, la misma..... ¿No me reconoce?

¡Va!..... El tiempo lo altera todo..... ¿Cómo estás?

—¡Cómo he de estar!..... Extrañando a su Merced ¿Qué se ha hecho?

—¿Qué me he de hacer?..... He estado estudiando en la ciudad Y ahora estoy aquí por vacaciones.

—Nosotros aquí extrañándole..... No teníamos quien nos ayude a enlazar, ni quien haga suertes a los becerrillos..... ¿Todavía enlaza su Merced?

—Por supuesto, como buen campecino, mas ahora sólo lo haré en el rodeo.

—Ya se ha hecho hombre serio.

—Todo se transforma con el tiempo.... .. Así como ni tú estás tan risueña y chancera como antes.

—Ahora pienso en cosas más serias.

—En agradar a tu marido..... ¿Te has casado pues?

Sí..... La cruz del matrimonio es pesada. ¡Te casaste, y te hundiste!

—¡Qué hacer! este es el destino de la mujer.

—Consiste en aligerar la cruz.

¿Cómo?

—Sufriendo con paciencia.....No haciéndolo así, se hace la cruz más pesada No

callando se encienden más las discordias.

—Entonces, ahora voy cayendo en la cuenta, por qué no consigo la paz.... No me quedo con nada..... Respondo a mi marido al pie, al pie.

—¡Es claro!..... Si echas aceite a la hoguera, hacerse ha un incendio.

—Desde ahora voy a ser paciente y callada.

—Pon en la práctica, y veras.

—¡Gracias amo de mi alma!

—¿Te vas?

—No, mi amo, tengo algo que decir a su Merced.

—Dilo en hora buena.

—Es encargo de mi marido, que le diga: Que está lista la jauría para la caza que piensa verificar su Merced.

—Agradécele mucho, y dile, que hemos reformado el intento y en vez de hacer la caza con jauría, vamos a hacerla sólo al tiro, porque quiero probar un arma novísima, que me ha regalado mi padre.

—¿Luego es inútil la jauría?

—Lo haremos en otra ocasión.

—Le deseo feliz correría.

—Te agradezco Maruja..... pero quiero darte un premio por tantas razones.

En seguida sacó del portamoneda una pieza de plata y depositó en manos de la ordeñadora.

—Esta agradeció mucho y besó la mano de su señor, y se retiró llevándose los vasos en que se habían servido la espumante leche. Los amos también después de tomar los sorbos de un exquisito Coñac, se retiraron.

Artículo 30. -- La caza de liebres al tiro

Los cazadores se reunieron en número de tres. Proveyéronse de sendas escopetas. El lugar de dirección era distante, pero fecundo en caza. Tomaron, los de la empresa, por la quebrada y vega de un río. El tránsito era estrecho, pero interesante y poético. Los arbustos, los flexibles bejucos y las floridas enredaderas formaban una especie de túnel vegetal, por donde se podía transitar perfectamente. Por esta especie de túnel fresco y frondoso tomaron los devotos de Diana Cazadora. La hora era de la tarde, adecuada, y en que los conejos salen de sus madrigueras, para pacer la fresca yerba y tomar sin recelo retozo junto a los arroyos cristalinos. La cima de los montes y las nubes comenzaban a teñirse de purpúreo color: la copa de los árboles se doraban, por el sol, de un color anaranjado suave. Las flores embalsamaban con su aroma los recodos de aquel recinto solitario. Habían caminado ya gran trecho por esa frondosa galería, sobre un pavimento alfombrado de flores y de hojas, cuando distinguieron, los cazadores, la salida del túnel como un pequeño círculo, a la distancia, y que a medida que iban acercándose, iba ensanchándose, hasta que se presentó el circuito en su natural tamaño..... Salieron los jóvenes del túnel a una inmensa ladera,

desde donde se divisaba la naturaleza de aquel lugar variada y de aspecto enteramente distinto del lugar anterior. En partes, eran ásperas breñas, revueltos peñascales, solitarias ensenadas. En partes eran espesos bosquecillos y grutas naturales que repetían el silbido del viento y el rumor de las aguas y el chasquido de las removidas ramas. Al fondo y al pie de todo estaba un risueño pradecillo de cuya cabecera se precipitaba un torrente de aguas puras y bulliciosas y cuyos remanentes se arrastraban por medio del prado e iban a prestar tributo al río que hemos mencionado. En este lugar, sabían los cazadores que abundaban los conejos, y confirmaba la opinión de aquellos, la abundancia de desecho que defecan estos animalillos. Se apostaron pues, los cazadores, detrás de unas enormes piedras de agua, que estaban en lo alto de un peñón contigüo, y desde allí atisbaban cautelosos la salida de las medrosas liebres.

En efecto, después de un momento de calma y profundo silencio, comenzaron a salir la población lepórida con sus gazapos, y al calor del sol, comían la fresca y abundante yerba. Los cazadores esperaban un momento oportuno, buscaban el lado más ventajoso, para un golpe certero. El pueblo lepórido, de suyo metucioso, creía ver peligro aún en el movimiento de las ramas agitadas por el suave Favonio, y se ponían en observación prolija, sentándose en alto en las cuartas traseras y aprestando la sutileza

de los tubos auditivos; y al más pequeño ruido sospechoso se ponían al escape al alcázar segurísimo de sus madrigueras, pero viendo que no había ninguna amenaza ni las cornetas acústicas les avisaban ningún siniestro, todo lo atribuían a espectros de la fantasía amedrentada. Volvían a aquietarse y a seguir en su pacífico ejercicio de herbácea masticación. Pero de súbito resonó el estruendo del fragor de Marte y estalló la explosión mortífera de las ignivomes armas de los cazadores sobre el pueblo cunicular. Cuatro infelices liebres quedaron tendidas en el campo; las demás, a duras penas, lograron escaparse y refugiarse en el castillo de sus madrigueras; y todo quedó reducido a campo de desolación y silencio. Acudieron los devotos de Diana ansiosos a recoger el botín. Dos liebres habían muerto de contado, y dos luchaban con los estertores de la muerte. Los cazadores les ahorraron el tormento de la agonía, apretándoles la garganta.

Este ejercicio de caza es muy deleitable; y cuanto más se coge, más deseo da de ella, de aquí es que muchos se vician, hasta el punto de olvidarse del necesario sustento y aún de su existencia y seguridad, y por correr en pos de la caza, han venido a dar en profundos precipicios..... Sucedió, pues, con nuestros jóvenes, que endulzados con la presa, que cogieron, se propusieron dar otro golpe: Limpiaron la sangre derramada en el campo, para no dar lugar a esquivarse a sus víctimas, y se pusie-

ron de nuevo en acecho, escondidos detrás de las enormes piedras.

Largo tiempo estuvieron de esta suerte, cuando comenzaron a salir de nuevo de sus escondites los pávidos conejos. Poco a poco iban saliendo, y se reunieron otra vez en gran número: Poco avisados y aleccionados, todo lo atribuyeron a derrumbo y cataclismo natural; y como no veían nada, ni oían nada, juzgaron hallarse en la normal seguridad de la paz: Volvieron a tomar el baño suave del sol, tornaron a triscar gustosos la fresca yerba, y algunos se pusieron a retozar. Pero luego volvió a retumbar derepente el titánico estruendo de Marte y volvió a vislumbrar el relámpago olímpico de destrucción, que hirió a la orejuda gente. Esta vez quedaron tres tendidos en el campo de matanza. Los demás se dispersaron con precipitada fuga. Quisieron los cazadores ensayar un tercer golpe, y a fe, que hubieran acabado con la estúpida cunicula, pero el sol comenzó a tocar con su ardiente rueda el filo de los oscuros montes del Poniente, y las sombras principiaron a envolver con tétrico manto el soñoliento bosque. Los jóvenes, para no ser sorprendidos por las tinieblas de la noche, cesaron las hostilidades y aplazaron el asedio para otra ocasión. Después tomaron, a asentadillas, una ligera refección, sacando de los morrales las provisiones, que para tales ocasiones, los cazadores suelen llevar. Acabada la campal merienda, ataron con cordeles las

piezas de caza, las echaron a hombros, y bajaron después de dar repetidos ósculos a una rellena garrafa de vino. Bajaron por aquellos poéticos lugares, iluminados por los amables resplandores del crepúsculo vespertino, llevando como trofeo, la no mezquina caza.

Artículo 4o. — La Invitación

Poco después de la agradable caza de liebres al tiro, Sigismundo cogió a Carlos y tuvo con él esta muy amigable conversación: «Carlos, amigo, el hombre, en verdad, que ha sido criado para muy grandes cosas, pero no será bien que se dé a ellas con ahínco interminable y sin descanso. Poco a poco, amigo, se camina largo, y si se tiene el arco siempre templado, se romperá..... Por consiguiente, vamos nosotros a recrearnos un poquito, aunque de una manera más singular, aunque honesta.

Filimón Corchuelo, es actualmente teniente político de este lugar, a que pertenece esta quinta. Este es un amigo muy bueno y compadre. Ha sido nombrado prioste para una fiesta solemne, y más célebre de este lugar. Me convida a ella, y sábete que la va a hacer más solemne que nunca. Rico labrador como es, buen creyente y entusiasta, no dejará piedra por mover, ni dejará solemnidad de costumbre, que no ponga en juego, en particular en este año, en que van a bendecir algunas cosas nuevas del culto, y cuya bendición van a hacer con padrinos muy distinguidos y pudientes ¿y se quedará, mi compadre, muy en zaga en esto de portarse?..... Es muy generoso y muy gente..... Así que, nos prometen

bonitos días..... ¿Me acompañarás, querido Carlos?

—De muy buena gana, basta que S. Mced. me lo diga.

—Los dos somos del asa..... Donde está el úno debe estar el ótro.

—Pero una cosa me falta reclamar a S. Mced. y la principal: La licencia de su papá, el Sr. Conde, y de mi madre.

—Despreocúpate de eso..... ¿Acaso, no conozco mi obligación? mi primera diligencia fue esa, y antes de hablar contigo, arranqué la licencia de mi padre y comuniqué a tu mamá.

—¿Y consintieron?

—De hecho..... Mi padre conoce quien es nuestro compadre..... Y tu mamá, oyendo que ibas conmigo, no ha dudado un punto en concederme.

—¿Entonces por qué rogarme?

¡Te encuentro tan preocupado!

—Me preocupa que el señor Viñolo no viene..... y talvez mi empleo se frustre.

—No tengas pena, Carlos, nos ha mandado a avisar que tiene entre manos una ocupación urgente y que después de una semana volverá..... De manera que holgadamente podemos asistir a la fiesta.

—Entonces, estoy a lo que S. Mced. disponga.

—Pues, no hay que pensar en otra cosa.

—¿Y cuándo nos vamos?

—Ahora mismo.

- ¿Cómo?
—A la gineta.
—¿Y los caballos?
—Están listos.
—Quisiera algún tiempo.
—¿Para qué?
—Siquiera para almorzar.
—Almuerzas conmigo..... ¿No te digo
que todo lo tengo dispuesto?
—Pues, en manos de S. Mced.
—Al punto.
—Cinco minutos no más..... Me pongo
de punto en blanco.
—Date prisa.
—Estoy.

Así fue, después de algunos minutos se pusieron caballeros sobre sus magníficas cabalgaduras..... Carlos recibió la bendición de su madre, según costumbre, luego salieron, y tomaron por el camino que conduce al pueblo N.

CAPITULO III

LA CORRIDA DE TOROS

Artículo 10. — El Primer Toro

Las palabras, que el párroco había dirigido al pueblo en el día de fiesta, en verdad, que en algunos hizo saludable impresión y se abstuvieron de ir a tabladadas, pero en otros, más les pudo la afición y curiosidad, y aún aquellos que llevaban la cinta, el escapulario y el cordón, cuando oyeron la música, la bocina y la grito, acudieron a la fiesta taurina, procurando apagar las voces prohibitivas de la conciencia con mil plausibles razones. Las palabras del cura, para éstos, fueron meros consejos, acaso exagerados, para muchos..... No nos vamos sino a dar una vuelta, si vemos que el toro voltea a algún hombre, al punto nos volvemos..... Si yo no me voy sino por dar gusto a mis parientes, por fomentar y conservar la paz conyugal..... Por distraerme de las tentaciones que me aquejan..... Trabajar y más trabajar, sufrir sin ningún lenitivo, se hace la vida más áspera y monótona..... Alguna vez se ha de echar una cana al aire.....

Estas y otras eran las fútiles razones de muchos..... ¡Oh cuán cierto es, que el número

de los necios es infinito.....Y el número de los que se condenan es incalculable!

Llegó pues el día feliz, llegó el momento deseado. La plaza de toros ofrecía el espectáculo más interesante..... Ciertamente que el mundo tiene también momentos grandiosos, sublimes, solemnes, pero del momento La plaza estaba repleta de gente..... ¡Qué animación! ¡qué alegría! ¡qué lujo de gentes en su escala respectiva!..... Los tablados no parecían sino los jardines aéreos de Babilonia, bien florecidos y vistosamente matizados..... Allí resplandecía el brillo y esplendor de ricas alhajas, el lujo de la seda, del raso, de las cintas, flores, plumas y sombreretes..... Todos, según su posición, llevaban vestido de gala..... El sol, que como también tomaba parte en fiesta tan solemne, estaba encima, en medio del grande círculo, que describían los límites de los tablados: se le veía radiante y hermoso en medio de un cielo sin nubes. La música aumentaba el entusiasmo, la alegría y emociones de ese pedazo de mundo. La galería o palco del teniente político estaba mejor adornado que los demás. Allí estaban la familia y amigos del primer magistrado campestre. Allí estaban también nuestros dos jóvenes: Sigismundo, hijo del Conde de Colmenares y Carlos su gran amigo. Parecía exageración, pero no era sino verdad, que las hijas del teniente político sobresalían entre las demás por guapas en belleza, no menos que por elegancia en el vestir.....

Las mujeres al oír alabar a estas jóvenes, si no podían negar el mérito, lo atenuaban con mil peros. Naturalmente, las muchachas, al verse aplaudidas y obsequiadas, comenzaron a sentir que les subía el humo de la vanidad, y procuraban, si no afectaban, que el lazo de cinta estuviese bien puesto, que los grandes pendientes de oro y perlas se agitasen con gracia al volver la cabeza, que los pliegues de la finísima manta se mantuviesen constantemente bien dispuestos.

El viejo teniente político consideraba a sus solas, la verdad de las palabras del cura, en cuanto a la vanidad de éstas; y lo que era más triste, lo veía en sus propias hijas, sin caer en cuenta ellas. Las palabras del cura iban cumpliéndose a la letra. Para mayor inquietud y tormento vino a descubrir, el anciano, otra singular cosa: En el plano de la arena, entre los que vagaban a pie, estaba a raíz del tablado un joven bizarro, elegantemente vestido a la torera, lucía un uniforme azul con lentejuelas y bordados de oro. El suspicaz viejo había ya notado, que el azul celeste dirigía continuamente vistazos al tablado, y que Claudina, una de sus hijas, se sonreía con el elegante disimuladamente. Cuidadosillo se puso el viejo, y aún le vino deseos de inquirir por él, pero le impidió la salida del primer toro. Sonó el clarín, y el público enmudeció un momento: Todas las miradas se concentraron en la puerta levadiza, por donde había de salir el

toro. Se alzó y apareció un déspota cornudo, que no conocía otra ley, que la fuerza y su bravura: ¡Imponente tirano, negro, corpulento y encrespado: Los ojos eran de mirar feroz, como que despedían centellas. Dos columnas de espeso vapor arrojaba por las narices, raspaba el suelo con la pesuña y miraba a diestro y siniestro con aire amenazador y terrible. Al principio nadie osaba acercarse ¿quién para que se acerque, si sólo mirarlo infundía espanto?.....Con todo, pasada la primera impresión, la continuación y costumbre le hicieron más asequible.

.....Los más intrépidos pusieron coraje al ánimo y firmeza al corazón y se acercaron con los capotes o mantas de hacer suertes. En esa corpulencia había sido ligerísimo el toro. Aquí golpeó, allá magulló, aterró a unos y a otros aventó. Los más peritos se santiguaron. En esto, inspirado por el poderoso móvil y brío del amor, se presentó delante del tablado del teniente político el elegante joven de uniforme azul, hizo una profunda inclinación, y ofreció al teniente político y a Claudina el primer lance que iba a hacer al imponente y temido de las dehesas de Tomillares. El teniente agradeció con una inclinación de cabeza, y el joven con gallardía se dirigió al toro. A esta sazón salió Claudina al filo del tablado y poniendo las manos en el pecho, rogaba en voz alta al arrojado joven, para que no se expusiese al peligro; pero Amarilis, que así se

llamaba el mancebo, estaba delante del toro. El cuadrúpedo había sabido hacerse respetar y había despejado el campo por completo. En esta sazón se presentó Amarilis. Todo el mundo guardó silencio, esperando en qué pararía tan desigual contienda. Cuando Amarilis estuvo a conveniente distancia del toro, desplegó el grande y lujoso capote de raso, le citó al toro con desenvoltura Arrancó éste la carrera, y a buen seguro que le desbarata, si le alcanza, pero Amarilis hizo las suertes con mucha destreza y garbo. Los aplausos hicieron estremecer al nuevo anfiteatro. El animal, como que disimulaba tan vergonzosa rebaja suya, se paró en un punto a descansar: Una baba sanguinolenta se le desprendía del hocico, por causa de la fatiga y conmoción rabiosa. Amarilis se puso también a descansar. El público se mantenía suspenso, esperando en qué pararía tan desigual contienda. Amarilis estaba impaciente por alcanzar un triunfo decisivo y glorioso. Volvióle a provocar, tentóle al animal con firmeza, tendiéndole la encendida manta. Tornóle a acometer el osco enemigo, y deseaba con ahínco alcanzar al azuloso, pero Amarilis con burlón desembarazo desbarataba los retorcidos intentos del cornudo. Todo fué inútil, primero se cansó el cuadrúpedo, que Amarilis dejarse alcanzar. Dióse por vencido el toro, y volvió las espaldas al vencedor. Lanzóse Amarilis en pos del derrotado, y sin mucho esfuerzo, se apropió de un extirón, de

la manta o jaez de seda, que adornaba y cubría las espaldas del animal, cuyo gasto lo hacían los sacerdotes y cedían en favor del valiente que se lo arrancaba.Una bulla infernal se desató en los tablados, gritos, urras, silbos, golpes de pies y manos.

La multitud engolosinada con esta hazaña, gritó a voz en cuello: ¡Otro! ¡Otro toro!

Los vaqueros vinieron con sus inmensas cuerdas de enlazar e hicieron entrar al vencido contendor de Tomillares.

XXXXXXXXXXXXXXXXXXXX

Artículo 20. -- El Héroe de Baco

Sonó el clarín, los tablados volvieron a cargarse de gente. Se alzó la puerta levadiza y salió un gran toro. Arremetió a la chusma como en la arena vagaban: Era de ver los apuros de aquella gente incauta: Caían aquí y se levantaban allá. Otros subían a duras penas por las barreras, para ponerse en seguro de las furias del animal: Había sido toro limpio; y lo que hizo fué despejar la plaza de tantos muchachos y desocupados, como por allí vagaban. Volvió a aparecer Amarilis. Presentóse de nuevo ante el tablado del teniente político y con un ligero pañuelo en una mano y con unas banderillas en la ótra, ofreció el lance que iba a desempeñar. Claudina volvió a interponer ruegos, para que no se expusiese a los peligros de la muertePero era tarde, porque con presteza emprendió el paso, y en breve estuvo delante del toro. El improvisado torero empuñó las dos banderillas en ambas manos, y llamó al toro. Este bajó la cabeza, raspó el suelo con la pesuña, y luego, de una carrera cerró con Amarilis. Este se alistó de súbito, y al darle, el toro, el fiero golpe, Amarilis con el debido arte le clavó las banderillas en el lomo o espaldillas.Los vivos resonaron en la multitud, y Amarilis recibía los aplausos del pueblo entusiasmado.

Otro mozo desempeñó el salto de la garrocha, y a guisa de ástil de garrocha empleó una agujada. Los urras y los palmoteos del pueblo eran muy propio para estimular a un joven muy ávido de gloria taurina. Repitió una y otra vez la hazaña, y en todas se desempeñó con aquella ligereza y destreza, que para tales hazañas se requieren.

Nuestros dos jóvenes, Sigismundo y Carlos, que estaban en el tablado del teniente político, al ver estas hazañas, decía el uno al otro:

—Los mozos se lucen..... En nada dejan que desear con los toreros de oficio.

—Los nuestros son también para estas y semejantes hazañas.

—Ya ves, ¡qué triunfos!

«¡Alto ahí! Exclamó un beodo, que había estado contiguo: No es gracia, que estos hagan semejantes hazañas: Todos los días están en ejercicio y familiarizados con los cornudos. La gracia es que los menos peritos, y sin haber estudiado, se muestren valientes y hábiles.....Yo os voy a demostrar, que sin saber, haré estas y semejantes hazañas»Y sin decir más, ni nadie fuera parte para detenerle, se descolgó por las barreras y salió a la arena. Quitóse el mantón de campo y sin más preámbulos, fue al toro, y sin temor ni recelo alguno le citó lo más cerca que pudo. Los de la familia del beodo se desgañitaban desde los tablados, y rogaban al uno y al otro,

que le apartasen, pero el toro fue listo a la cita, y arremetió al devoto de Baco. Este, como era campesino, no ignoraba los rudimentos de hacer suertes al toro: como quiera, evadió los primeros golpes, pero como estaba con el achaque de embriaguez, no tenía aquella agilidad y presteza, que para tales casos se requiere, y como era de pensar, se dejó coger del toro, que le dió una volteretaFelizmente, acudieron los demás compañeros y únos con sus capas y aquéllos con sus agujadas distrajeron al toro. Levantaron y apartaron al pobre ébrio, a quien el toro no le hizo el mayor daño, que el golpe o testerada.

El devoto de Baco iba forcejando con los que le llevaban, por volverse al toro, y hacerle ver, lo que podría, a pesar de su mal estado, y gritaba con voz cavernosa, y mostraba los puños cerrados, pero los que le llevaban le tenían sujeto, y no hubo caso de una nueva tentativa; y fue una providencia de Dios el auxilio de aquellos hombres; de lo contrario, aquel infeliz se hubiera despertado acaso en las barreras del infierno.

Entretanto la multitud, sedienta de sangrientos espectáculos, pedían a voz en cuello, otros toros, nuevas hazañas, nuevos campeones.

Artículo 30. — El Nuevo Hércules

Anunciaron una difícil, aunque no nueva hazaña. Digo nueva, porque por entonces, siempre procuraban distinguirse con señaladas acciones, y la de mancornar o aherrojar al toro en la desigual lucha entre el hombre y la bestia, fue tenida siempre por la mayor y más difícil hazaña en su género. Se presentó delante del tablado del jefe político un villano alto y fornido, llamado, por esta razón «el Gigante» fue famoso por sus fuerzas, y se entendía en el comercio de ganadería. Este pues, se presentó al jefe político, y le dedicó la peligrosa y sin par hazaña de mancornar al toro. El rústico magistrado le agradeció y le prodigó algunos encomios, para que tuviese ánimo y cobrase bríos para la dificultosa empresa. Sonó la trompeta y se levantó la puerta levadiza. Los que merodeaban por el plano, procuraban ponerse al abrigo de las barreras. Se presentó un toro atigrado o gateado por el color de su piel, y a par que corpulento, imponía terror su aspecto feroz y salvaje. Miraba de frente, a veces a una y otra parte, como buscando que se presentase alguno digno de contender con él. Presentóse el rústico gigante con aquella medida y flema propias de los que no temen las apariencias de bravura. Se puso cerca del déspota de los prados. Esto llamaban los cam-

pesinos en su técnico lenguaje, *mirarse los hocicos*. Arremangado se había ya, el villano, las mangas de la camisa y mostraba los brazos fornidos y musculados. Las manos cruzó sobre el pecho y esperó con altivez a su contendiente. Un minuto pasaría, cuando el hombronazo tomó con desenfado la chaqueta que colgada al hombro traía, y agitándola, llamó con viveza al toro. La fiera fijó la vista al suelo, removía la tierra con la pesuña y agitaba una excrescencia, que debajo del cuello a modo de cõlgada borla traía. El hombre impaciente le provocó más de cerca, y le citó con energía. No se hizo esperar; y la fiera se lanzó sobre su enemigo. El atlético apenas tuvo tiempo para evadir el cuerpo, luego se asió de los cuernos, y comenzó el esforzado combate. Un instante quedaron unidos en un estado normal, instante crítico para el hombre. Si vencía inmensa gloria, triunfo alcanzado sobre la fuerza bruta de las bestias. Un silencio profundo se notó en el anfiteatro: nadie casi respiraba, esperando el desenlace tan interesante.....Los más dudaban del éxito de lucha tan desigual; pero ¡cosa admirable! comenzó a hacerse visible, y los más notaron, que comenzó a ceder y voltearse la cornuda cabeza. La fiera espumaba por la boca.... En el hombre se notaba los esfuerzos que hacía en los membrudos brazos y entumecidas venas. Luego el triunfo fue decisivo por el hombre, porque fue cediendo la fiera hasta que cayó en tierra de bruces por el costado.

Una algazara infernal se levantó de infinitas voces y gritos desaforados..... ¡Viva, decían, el nuevo Hércules!.....¡Viva el honor del hombre!.....¡Llor al campeón de la fuerza!

La chusma de muchachos se descolgaron por las barreras, éstos y el populacho se aprovecharon del rendimiento del animal, asiéndole únos de las patas, ótros de los cuernos, ótros de la cola, como batallón de hormigas, le llevaron arras-trando ante el tablado del teniente político, le dedicaron y le pedían propina. El campestre magistrado que era rico, les arrojó algunos puñados de monedas. Esto llamaba, el populacho, *empeñar al toro*. Así terminó esta admirable hazaña de la lucha del hombre con la fiera. Acción, en verdad grandiosa y extraordinaria.

Artículo 4o. — El Ultimo Toro

Amarilis, estimulado por el triunfo del Gigante, quiso hacer otra hazaña, que si no le superaba en heroicidad, al menos emulaba. Anunciaron que era el último toro y que se iba a ejecutar la última y más peligrosa hazaña del mundo. Amarilis se acercó al tablado del jefe político y le dió a conocer, que iba a llevar a cabo la difícil empresa de montar al toro. El teniente, viéndole tan joven, y tan agraciado, le disuadió, que no hiciese tal, por ser empresa peligrosísima. Pero el joven le repuso, que no tuviese cuidado, que ya otras veces, lo había ejercido. El teniente añadió, que si se consideraba apto y podía hacerlo sin peligro, que la hiciese en buena hora, y que le deseaba éxito feliz y mucha gloria. El joven le hizo una graciosa venia, y después a Claudina. La joven recelaba un desenlace funesto, y por toda respuesta echó a llorar amargamente. Pero el joven se lanzó a los peligros de la empresa.

Había ya sonado el toque del clarín, y la gente volvió a llenarse en los tablados. Todos esperaban con ansia el último toro: los ojos estaban clavados en la puerta de entrada. Alzóse la puerta levadiza, y salió un toro corpulento de color oscuro, el cuello y la frente encrespados: del lomo a la cola le bajaba una

mancha o faja colorada, sombreada. Se llamaba Sultán, verdadero Sultán, porque el plantaje era majestuoso, la mirada, feroz. Azotábase los ijares con la poblada cola, con majestuosa medida. Ceñíale la barriga y los lomos el pretal o cuerda de cuero, señal que daba a conocer, estaba destinado a ser montado por algún valiente. ¿Cuál sería este audaz? Este era Amarilis, mozo resuelto y de bríos. Aumentábase el valor una copa de licor, y no más, que por precaución le habían dado. Su simpatía, su juventud y el elegante vestido atraían las miradas de todos. No quiso, echasen el lazo para tenerle firme y seguro al toro al montar: Así no sería hazaña. El lo haría de un modo, hasta entonces, nunca visto, y que llamaría la atención por lo peligroso, ligero y equitativoSalió a la arena, echó a un lado el mantón de grana, y mientras los otros con sus maniobras entretenían al Sultán, Amarilis retrocedió algunos pasos detrás del toro, y luego emprendiendo una veloz carrerilla, puso las manos en las ancas del toro, y a todo vuelo, hizo el salto por encima del toro. Cayó es verdad a horcajadas sobre el lomo del animal, pero no pudo asirse pronto del pretal, y a los violentos saltos y agitaciones del cornudo, cayó malamente en tierra, y no pudo levantarse. Acometióle el toro con fiereza y en lo firme le dió revuelcos y cornadas. Acudieron los otros eficazmente a socorrerle, pero era tarde, ya le había hecho una herida por

la barriga, se le iba la sangre como de fuente y comenzaban a salirse las entrañas..... El jefe político ordenó que le llevasen al hospital, para que le atendiesen sin demora.

Apenas es descriptible lo que le pasó a la pobre Claudina: lloraba como una desesperada, y no paró hasta bajar donde el herido: abrazaba y acariciaba el cuerpo de su prometido, y prorrumpió en sollozos y palabras tan tiernas, que conmovieron a los circunstantes.

Tuvieron allí dos desgracias: Amarilis moribundo y a Claudina loca.

Artículo 5o. — Un milagro de la bolsita Milagrosa

Triste, muy triste fue el término de aquellas fiestas para el jefe político. Allí se acordó de las reflexiones del venerable cura, y sus palabras resonaban en el interior del afligido padre, el remordimiento le despedazaba el corazón. Si como se arrepintió de haber asistido a las fiestas, se arrepintiera de sus pecados, hubiera lavado muy bien sus culpas, pero las derramaba por su triste Claudina.

Carlos y Sigismundo estaban presentes y ayudaban al enfermo..... En el hospital le asistieron con interés los médicos. La herida de la barriga no fue desastrosa, como se creía: la cornada no había roto ningún intestino, había roto la carne exterior y parte de la tela que cubre las entrañas: todo lo cosieron los cirujanos con cuidado, y hubo esperanza de vida del contentor del Sultán. Después de algunos días el enfermo comenzó a mejorar notablemente.

En cuanto a Claudina, si no hubo remedio: la ciencia médica no pudo hacer, que volviese a su natural conocimiento. Carlos, educado en medio de aquella fe y religión acrisolada de las gentes de campo, viendo que no había remedio humano y natural, se acordó de la prodigiosa bolsita. ¡La Santísima Virgen,

exclamó, le cura! que el señor teniente político se interese, ofreciéndole alguna promesa. — Yo me comprometo, respondió el jefe, dar cuanto pueda, para erigir un altar nuevo, a nuestra Abogada, en la iglesia del lugar. Que el mismo señor jefe, añadió el cura, que había ido por asistir al enfermo, que se constituya síndico de la fábrica del altar, que en persona recoja las limosnas, principalmente en los días de fiesta y gran concurso, para que, cuanto antes, se verifique la predicha promesa..... Comprometido así solemne y formalmente, no hay duda que la bondad de la Reina de los Cielos comprometería a su divino Hijo, para que concediese a los solicitantes la gracia que anhelaban.

En esto, Carlos, se había desprendido del cuello la misteriosa bolsita, y la impuso al enfermo, y aunque de hecho no resultó nada, pero esperaron con fe en la bondad de la Señora, que al fin daría salud al enfermo.

Sucedió que Amarilis se había mejorado notablemente: ya no estaba tan constreñido a conservarse en una sola posición..... El carácter alegre y retozón del enfermo, se echó de ver por las palabras festivas, que profería, y por las cantinelas populares, que a sus solas entonaba. Señales eran éstas de mejoría. Una vez en medio de sus cantos y retozos moderados, se había quedado dormido. En esta sazón, entraron de puntillas al aposento Claudina y su hermana. Apenas vió al enfermo,

una de las dos visitantes, sin ser parte para moderarse, con ansia apasionada, se lanzó al enfermo y le abrazó cariñosamente.

Abrió éste los ojos, reconoció a la que delante tenía, y aunque era cierto lo que veía, recelaba, si aún versaba en sueños; pero la razón y la conciencia le atestiguaron, que era así, evidente realidad.

—¿Eres tú, Claudina? preguntó el mejorado enfermo, tomando la mano de Claudina.

—Yo, la misma, la que más en el mundo te ha querido.

—El Cielo en mis males me ha otorgado este consuelo..... Yo me creía en el país de las almas, que no te volvería a ver, y he aquí que tengo la dicha de tenerte presente.

—¿Estás ya mejorado?..... ¿Estás fuera de peligro?

—Mi salud se declara visiblemente..... la herida se cierra consoladoramente..... No me duele ni me estorba..... La alegría me ha venido doblada, a medida de mis tormentos y angustias.

—Sí, sí, tu rostro demacrado vuelve a tomar los matices de tus encendidos colores Tu rostro revela la dulzura de tu carácter:..... También yo desde este instante me siento bien No he sabido, no me he acordado de nada ¡Si fue un puñal para mí el verte ensangrentado y muerto!..... Mi corazón de mujer, pequeño y sensible en extremo, no pudo resistir tan intenso dolor, y me sentí al-

terada, enajenada y sentí un trastorno interno en mi mente, como si se desbordara una violenta corriente en el pensar. Desde entonces no supe nada: algo sentía, algo sabía; pero nada ordenado y claro Ahora sí, al verte, con el placer de encontrarte mejorado, como que me despierto de un tormentoso sueño, de una cruel pesadilla, y siento un dulce alivio, luz y orden en mi mente, tengo conciencia de mí y discorro con acierto.

—¿Es verdad, Claudina mía?..... Preguntó el enfermo, incorporándose en el lecho.

—No te levantes, Amarilis, te haría mal a la herida.

¿No te digo, que entre los males que he padecido, el más cruel ha sido, saber que por mí has perdido la cabeza?

—Ahora Dios se ha compadecido de nosotros: tú vas bien; y yo me siento en estado de discreción.

—¡Pobre loca!..... Exclamó la hermana.

—Yo ya no estoy loca, Clarita..... Me siento bien, toda en mi ser..... La prueba es que hablo y procedo con discreción y ordenadamente.

Así era verdad, lo que viendo Carlos, exclamó: ¡Milagro!..... ¡Milagro de la bolsita milagrosa!

La causa de la sanidad de la demente, observó el médico, debe de ser la violenta impresión correlativa; porque así como ver al joven herido y muerto le trastornó el juicio,

así verlo ahora cuasi ya sano, le vino la impresión contraria: los órganos cognocitivos volvieron a su lugar y ejercicio natural; y ahora la enferma se halla en estado normal.

Carlos no quería conformarse; y decía, que aquellas eran razones de la Medicina; y las nuestras son razones de la Fe..... Hemos impuesto a la enferma la celestial bolsita, y la Virgen ha obrado este prodigio.

No hay duda, exclamó el cura, que Dios se vale de las causas segundas, para hacer cosas maravillosas, y, aunque, según observa el señor doctor médico, la causa pudo ser la impresión violenta correlativa, Dios lo ha ordenado todo favorablemente, concediendo este favor por medio e intercesión de su Santísima Madre..... En todo caso, demos gracias a Dios por tan señalado beneficio y agradezcamos a su Santísima Madre.

Todos se pusieron de rodillas y rezaron fervorosos a la Madre de Dios y le agradecieron tan insigne favor. Amarilis y Claudina se aprovecharon de la ocasión, para hablar al párroco de su matrimonio. Los padres de Amarilis y Claudina consintieron gustosos y un pariente del teniente político se ofreció para padrino. El término fue el enlace legítimo de dos seres vivientes por milagro.

Artículo 6o. — El señor Zorrilla

Carlos y Sigismundo, después que volvieron de la fiesta, volvieron también a sus antiguas atenciones; pero volvió con el ánimo, no como antes, sino que sentía dentro de sí una lucha que anteriormente no había experimentado: Las pasiones precoces de la juventud, se habían despertado brías y comenzaron a estimular el corazón de Carlos: La presencia de personas jóvenes de distinto sexo, rodeadas de atractivos habían excitado en su mente imágenes de nocivo aliciente. Se sentía atraído al mal por las muelles y deleitables cadenas de la concupiscencia, por las provocativas y tentadoras artes de Satanás por las ostentosas pompas del mundo; El demonio, el mundo y la carne familiares y muy perniciosos al hombre, se habían dado cita en ese lugar, y todos ejercían a porfía su pernicioso influjo..... Se cuenta en las historias de los antiguos padres del desierto, que uno muy espiritual y muy santo, encontró un día a un hombre, que solícito y presuroso llevaba a cuestas una gran carga de vestidos y caretas. Preguntóle el solitario, qué significaba aquello? Llevo, dijo, para mi cosecha: Aquí cerca hay una fiesta de toros, y las caretas llevo para las mujeres, con las cuales haré sin duda, muy buena cosecha. Los

vestidos son para unos y para otros, pues en este mundo visible todo depende de las apariciones. Aquel hombre era el demonio, como le dió a conocer después al solitario..... Y no es de admirarse y tener por inverosímil tales apariciones, pues el demonio, como hacía a los santos solitarios una guerra más cruda y más asidua, se hacía ver más familiarmente, pues así le convenía y Dios lo permitía por sus altos fines..... Los demonios no andan a caza de jumentos, sino de ligeros gamos, que andan por escarpadas cuestas, por intrincados bosques y por las nevadas colinas del altura.

Pues, en nuestro espectáculo, de que hablamos, Carlos había sido víctima de las envenenadas saetas de los tres enemigos del alma, lanzadas con acierto: Las miradas encendidas, las palabras equívocas y picarescas, las risas graciosas, rostros cautivadores, señas provocadoras, imaginación juvenil y hasta la música ejercían poderoso influjo..... Con el entusiasmo, con la suelta rienda de la diversión y con el mal ejemplo, Carlos se vió cercado por el desarrollo procaz de las nacientes pasiones y así no pudo menos que exclamar:

¡Me veo entre dos partidos..... La felicidad del Cielo me instiga, y me arrastra el mundo con sus encantos..... Aspiro a la eternidad, y mi corazón se apega a las cosas de este mundo..... El alma quisiera subir, y el cuerpo se arrastra por la tierra..... Siento en mis entrañas una porfiada lucha..... ¡Oh quién

me libraré de este cuerpo que estorba las aspiraciones del alma!

Siente, Carlos, pasos a la puerta.

—Entren..... Pasen adelante!

—(Entra Sebastián)..... Le busca, dice, la mamá de Ud.

—¿Dónde está?

—Donde el señor Conde.

—Pues voy allá.

Mas a poco menester entran la abuela y Sigismundo, que dice:

—Heme aquí, Carlos..... ¿Nos hemos tardado?

—Muy poco.

—Hemos estado conferenciando con mi padre..... Te traigo nuevas.

—¿Favorables?

—Sí, por cierto.

—Dígamelas, ansío saberlas.

—Acabamos de recibir una carta del señor Viñolo, en que dice, que como sus negocios exigían prisa, ha recibido otro escribiente en tu lugar.

—¡Ay, frustradas mis esperanzas!

¡No importa!..... Donde una puerta se cierra, otras se abren.... Nos endilga para tí otro empleo.

—¿Acaso mejor?

—Más lucrativo siquiera..... El señor Damián Zorrilla nos ofrece por esta carta un nuevo empleo..... Ofrece doble renta..... Y

asegura que es menos laborioso, y es en cambio más honroso.

—¿En qué consiste?

—No dice, sino que ha de venir a explicarnos.

—Quizá no sea difícil ni de condiciones inaceptables.

—¡Mucha cordura en no rechazar!

—Lo dejo a la mano de Dios.

En esto anunciaron la llegada del señor Damián Zorrilla.

—Condúcelo tú, dijo a Carlos.

—Voy al punto.

Entra el señor Zorrilla, y de pie saluda atentamente a todos.

—Señorito Sigismundo, al servicio de Ud.

—Mucho le agradezco; y yo, por mi parte, correspondo en todo a sus finezas.

—Y Ud. señora, ¿está bien?

—Ya se puede suponer, señor, a la edad que tengo; pero relativamente estoy bien.

—¿Y qué ha resuelto, señora, acerca de su hijo?

—En cuanto a mí, acepto la oferta del empleo..... El señor Viñolo y el Conde me acreditan la bondad y magnificencia de Ud..... Espero que a mi hijo le ha de ir bien.

—Muy bien: le proporcionaré trabajo..... comodidad y buen trato..... Verálo Ud. en la práctica.

—Le recomiendo..... Ud. va a hacer veces de padre.

—¿Y Ud. buen joven, quiere irse conmigo?

—Estoy dispuesto a seguirle.

—Verálo Ud. Le trataré bien..... Y acaso a su madre con mayor solicitud.

—Mi madre se queda..... El señor Conde se empeña en atajarle Lo que puedo hacer es venir a visitarle continuamente.

—Ud. podrá hacerlo cuantas veces quiera.

—Así sí me voy de buen grado.

—Arregle Ud. sus cositas.

—Ya las tengo listas.

La abuela observó al objeto..... En todo caso, debemos dar cuenta al Sr. Conde..... Que nos permita, el Sr. Zorrilla, irnos a despedir..... Que nos espere un ratico.

—¡Qué me place!

—Le proporcionaremos periódicos del día. Salen todos, y el Sr. Zorrilla se queda solo, leyendo junto a una mesita.

Después de un momento se levanta Zorrilla, se descubre el sombrero, y deja ver una larga cabellera..... Se quita una especie de máscara, que llevaba, deja ver en la cabeza dos pequeños cuernos..... ¡Quién lo creyera!..... el Sr. Zorrilla había sido el mismo demonio!..... Se enciende de indignación y comienza a hablar consigo mismo.

« Me indigna que estos rapazuelos, estos muchachos me pisoteen.... Se levantan sobre mí Resplandecen por su decoro y moderación Son tenidos y estimados, y todo el mundo corre en pos de sus atractivos..... Es-

calan los Cielos y se adueñan de los tronos que he dejado!..... ¡A la abyección a que he llegado!..... Soy el oprobio de la plebe y la zurrapa del mundo!..... Estas malditas escuelas católicas arruinan las formidables huestes de mi partido, arruinan y contrarían a mis sectarios..... De allí salen el sinnúmero de ejércitos aguerridos que se suceden sin interrupción y desbaratan con intrepidez mis filas..... Extienden a sorprendentes distancias la Religión del Crucificado..... Me injurian nominalmente. .. De estas escuelas salen corifeos ilustres, honrados padres de familia, ínclitos ciudadanos, cristianos fervorosos, magistrados probos que buscan la verdadera felicidad y progreso de los pueblos..... Haré una guerra porfiada al Catolicismo, suplantaré sus escuelas con otras descreídas y ateas, con pretexto de libertad y progreso oprimiré a los únos y aumentaré el número de mis prosélitos..... A estos muchachos hay que cazarlos más bien con el dulce cebo de los placeres carnales, con la hueca y pomposa grandeza de las glorias mundanas, con la sedienta hidrópica codicia de riquezas Este mozuelo Carlos, es úno de los que más me fastidia con la sombra y estímulo de la envidia y emulación: Su fe viva, su devoción, su moderación me echan en rostro, y me hacen desesperar, que será del número de los míos Pero, vamos a ver, manos a la obra! La astucia y el engaño me han producido, en todos tiempos, magníficos resultados.....

Este mocito se halla ansioso de felicidad, de un porvenir brillante en su entrada al mundo Comienzo con ardor mi empresa..... Pero ¡chitón!..... Oigo pasos.... Viene gente Vuelvo a mi estado de disimulo y engaño.

Se cubre de nuevo con el grande sombrero, se pone la máscara, se sienta junto a la mesita en aptitud de leer los periódicos.

Entran Sigismundo, la abuela y Carlos. El primo dice al entrar.

—Señor Zorrilla ¿le hemos hecho esperar mucho?

—Un tantico, lo que me ha dado ocasión para recorrer los periódicos y su contenido curioso Pero lo que deseo saber es, si el joven ha arreglado ya todo y si se halla en disposición de partir.

—Señor, respondió la abuela, todo está arreglado, y mi hijo se ha despedido del señor Conde.

—Joven Carlos ¿nos marchamos?

—Sólo me resta recibir la bendición de mamá.

—Hágalo en buena hora, y nos vamos, que el tiempo urge.

Carlos se pone de rodillas delante de la abuela, y luego se despide tiernamente de Sigismundo.

Este le abraza, y añade:
—¡Discreción y honradez!

Sigismundo y la abuela salieron a encaminarlos a la puerta, y se despidieron con aquella ternura con que se apartan los que bien se quieren.

FIN DEL LIBRO PRIMERO

LIBRO SEGUNDO

LA LOGIA MASONICA

CAPITULO I

ANTES DE LA RECEPCION

Artículo 1º. — La Cita

Era el mes de Octubre, en que por los calores y sequía de Verano, los montes y los prados, habiendo perdido el verdor y lozanía encantadores de otros tiempos, presentaban aquel color descolorido y seco, poco interesante a la vista. Las flores y plantas, en gran parte, se habían agostado y muerto. Los arbustos habían perdido el primor de sus galas. Pero ya en este mes comenzaba el cielo a derramar, al menos varias veces, el vivicante licor sobre el árida tierra y la bóveda celeste comenzaba a cubrirse continuamente de aquellos pardos nubarrones, precursores de tormentosas lluvias. El sol cubierto de neblino velo, repartía con trabajo una luz amortiguada, y no dejaba ostentar su hermoso rostro en todo su esplendor, sino de vez en cuando por los rotos de aquel pardusco, instable velo.

En medio de este agostamiento casi universal se conservaba, como un oasis riente, un parque de escogidas flores, gracias al cuidado del Estado. Las fuentes y depósitos para regadíos emitían aguas limpias y abundosas: aquí estaba la cascada, allá el juego de aguas, aquí la laguna y el estanque. Los árboles artísticamente podados presentaban en su exterior figuras de objetos conocidos. Allí estaba la renglera de cipreses, allá la espaldera fructífera y más allá la cerca florecida. Los kioscos convidaban a tomar fresca resguardados por frondosos cortinajes vegetales. Las banquetas de hierro cercaban la base de copudos cedros y convidaban a tomar en ellas sombra y descanso. Los monumentos estaban elegantemente cercados y ricamente adornados.

Entre los muchos transeuntes, como a este lugar de recreo afluían, recorría solitario las florecidas calles un joven interesante por su bizarría de rostro y elegancia en el vestir. Parecía preocupado por alguna idea siniestra, que le afligía con tenacidad, a juzgar por la expresión sombría de su rostro y lo lánguido de su mirada. Procuraba, al parecer, distraerse y alegrarse. Se paraba delante de una encarnada rosa, y se alegraba con su rizada pompa. Alegrábase luego con la cérica blancura de una gradiola. De aquí pasaba al girasol, y se recreaba con su grandeza y dorada vestidura. Aspiraba el perfume de las azucenas, margaritas y floridas madreselvas..... De bue-

na gana pusiera en el ojal de la solapa un aterciopelado pensamiento, o un encendido clavel o el dorado botón de rosa crema, pero más que a los guardas respetaba la inscripción puesta en la puerta de entrada: «Pueblo, respeta tus propiedades.»

Después que hubo recorrido con detenidos pasos algunos sitios y callejuelas del primoroso parque, dió a caminar por las márgenes de una oblonga laguna, cuyas aguas subían hasta el borde, hasta besar los crespones de verdura de la ribeteada margen: Algunos pececillos llegaban a hacer visibles las plateadas o doradas o rubicundas escamas de sus abarquillados cuerpos; pero el mejor adorno de esa ligustre belleza eran dos cisnes, cuya majestuosa medida en nadar semejaba a dos insubmersibles galeras de aljófar..... Rindióse al fin el joven, y se puso a descansar acodado en uno de los brazos de una gramínea banqueta: Desde allí contemplaba entretenido los esfuerzos de unos mozos que metidos en una barca y bisoños en el arte de remar, metían una bulla infernal y pretendían hacer un paseo naval por la dilatada laguna.

En esto estaba el joven, cuando sintió, que por detrás le daban una palmadita en las espaldas. El joven se pone de pie, y reconoce a su bienhechor, al Sr. Zorrilla. Los dos se saludan afectuosamente. El úno le hace sentar al recién venido a su lado.

—¿Cómo estás, mi querido Carlos?

—Bien, en la salud.

—¿Cómo te tratan las señoritas a quienes te he encomendado?

—Regiamente.

—Consiste en corresponder con tu porte caballeresco.

Así lo hago, al menos procuro no ofenderles, sino que estén muy contentas de mí.

—Esta noche te llevo y presento a la sociedad.

—¿Dónde está establecida?

—En una casa muy honorable, no lejos de aquí Lo verás tú..... Pero ¡tú desmedras!..... Ahora voy comprendiendo el por qué de esas ojeras y la languidez de esos ojitos.

—Se engaña Ud.

—No me engaño Todo lo sé.

—¿Quién se lo ha dicho?

—¡Val! En tu edad!

—No, no es nada.

—No, amigo, tú sufres.

—¡Preocupaciones de Ud!

—No, amigo, ¿por qué me ocultas? Ya es de que hablemos con franqueza.

—Ninguna cosa.

—No, amigo, estás apasionado ... ¿eh?... alguna beldad que has visto, te ha flechado!

—Nada de eso Me preocupa el por qué del destino a que voy, y la sociedad de que me ha hablado Ud.

—¡Déjate de preocupaciones y temores!... Lo verás..... Estarás como en tu casa, y nadie

te porfiará, si tú no quieresTu empleo será como cualquier otro.....Conmigo te va a ir divinamente..... Te voy a presentar a una sociedad de lo más elegante y simpática..... Concurren tantos jóvenes de lo más culto y florido: hombres caracterizados y de prestigio..... Y las dueñas de casa son de lo más elevado de la sociedad: cinco señoritas son, pero muy guapas, y puedo afirmar que son las mejores flores de belleza.

—Permita declarar a Ud. el mal juicio que me viene.

—Dílo en buena hora.

—Si los padres de las jóvenes consienten a esta sociedad ha de ser, porque aspiran a casar a las niñas ventajosamente.

—Puede ser así.....Si tú quieres, yo te he de apoyar poderosamente.

—No pienso eso, al menos al presente..... Pero lo que quisiera decir a Ud. es, que si tan selecto es el personal, llevarán a mal acaso, que sea yo el que desempeñe un empleo tan importante.

—Eso sería hacer poca estima de tu persona; y no es porque estés presente, sino que cualquiera lo ha de decir: Eres simpático, esbelto, experto, y lo que más estiman las niñas, es ser simpático Estoy seguro, que no será sino presentarte, para que te abras amplio espacio en la casa y en la sociedad a que te destino.

—Pues bien, consiento en acompañarle.....
¿Y cuándo nos vamos?

—¿No te digo que esta noche?

—¿Entonces después de comer?.....¿Y
dónde nos encontramos?

—En la plaza mayor, en las banquetas de
hierro.

—Está bien.

—¡Palabra!

—No faltaré.....Estaré con tiempo des-
pués de comer.

Se abrazaron cariñosamente, y se despi-
dieron hasta la tarde.

**Artículo 20. — Lo que le sucedió a Carlos
en la Plaza Mayor**

A las cinco de la tarde estuvo Carlos cumplidamente en la plaza mayor. Descansaba pacíficamente, sentado en una de las banquetas de hierro, y hacía tiempo, hasta que oscureciese y ocurriese a la cita el Sr. Damián Zorrilla. Cuando poco a poco fueron viniendo y se juntaron en las bancas fronterizas unos cuantos mocitos, al parecer estudiantes, al sorprenderlos en algunos giros de lenguaje y algunos vocablos de la culta latiniparla. Mas parecían mozos de cordel, al oír sus dichos y palabras: la chulada, el apodo, la sátira, etc.....Las jovencitas al oírlos, se tapaban los oídos.....Los muchachos les zaherían, las mujeres serias rezongaban por lo bajo mil enérgicos vituperios; los hombres los retaban y amenazaban con los puños cerrados. Las beatas se santiguaban. Las viejas les conjuraban y los eclesiásticos les anatematizaban.....Ni siquiera pasaba perro que no le molestasen, y éstos, al menos los castañeteaban, al pasar.....Por mala ventura, acertó a pasar por allí un pobre anciano con su capeja, verde de tan antigua, afirmaba sus difíciles pasos en un nudoso bordón: Pasaba pacíficamente, cuando uno de los mozos le gritó «Papá Perucho». Había sido un ultraje, para el anciano, el vocablo familiar, y no fué

más, para que éste se desatase en una lluvia de insultos, que inspirados por la cólera, salían de esa boca apasionada como una lluvia de serpientes encendidas. Esto era muy propio, para despertar cosquillas en esa turba inquieta y traviesa, amante de divertirse, aunque sea con las molestias ajenas, y así a coro le repetían el mote: «Papá Perucho». Esto encendió más la furia del anciano, que en vez de nefandos insultos, lanzó luego sobre la turba petulante unos cuantos guijarros, que de reserva, y como medio de hacerse respetar, debajo de la capa traía, y que si, por desgracia, llegaba a alguno de sus burladores, a buen seguro, que sucedería una desgracia.

Carlos, al ver y oír tanta insolencia, acostumbrado a la moderación y respeto de las gentes de campo, se enardeció en su celo, y no pudiendo sufrir más tanta insolencia, se acercó a los muchachos, y les dijo con acento severo: «dejar pasar en paz al anciano, de lo contrario, experimentaréis los efectos de mi indignación.»

—¿Es Ud. nuestro maestro?.....¿O es Ud. un policial?

—Sí, sí, replicó la turba burladora, es nuestro papá.

Comenzó a Carlos, a subírsele la mostaza a las narices, y apretando el puño iba a descargar sobre ellos, pero a tiempo vino su amigo, el Sr. Zorrilla, y acercándose al oído, callandito le dijo: «Con éstos va perdido el plei-

to.....No te han de hacer caso; antes bien, te han de dejar con el mote.....Lo mejor será volvernos con buen compás de piernas, y no decir nada, como quien no oye nada.»

Carlos reflexionó cuerdamente, y engarzándose de brazo con su amigo, les volvió las espaldas.

Los muchachos iban a seguirlos, pero la policía les interceptó el paso, antes bien, logró asir a dos de esos maleducados, mientras los otros tomaron las de Villadiego.

Más allá los engarzados de brazo encontraron al anciano, y acercándose a él Carlos, le dijo:

—Señor Dn. Pedro de Peraleda, está Ud. ya libre y en paz.

—Sí, señores, y gracias a Uds. me veo libre de aquella turba de malcriados.

—Pero ¿por qué se enoja? ¿no es Ud. de venerables canas y respetada edad, y a los tales por costumbre y familiarmente se les llama papás?..... ¿Así mismo, a los Pedros, se les llama familiarmente: *Peros, Pericos, Peruchos?*

—Así es verdad, y aunque quiero entrar en reflexión y razón, al oír la canturria y tonito, no puedo resistir, y la burla me impacienta e irrita.

—No haga Ud. caso, señor D. Pedro..... Oiga como si no fuese con Ud.....Así los muchachos se cansarán y le dejarán. Pero, si se enoja, es darles prurito; porque son mucha-

chos cosquillosos, y se divierten con las debilidades ajenas.

—Así voy a procurar hacer, como me dicen..... Quizá el demonio, que me ha tenido asido de este lado flaco, no me gane..... Pero os doy gracias por vuestros consejos.....

Los dos amigos calentaron la mano del anciano con una moneda, y tomaron dirección de la predeterminada casa.



Artículo 30. — La Primera Visita

Después de la aventura de la turba perturbante, Carlos y el Sr. Zorrilla se dirigieron a la casa consabida. Tomaron uno de los ángulos de la plaza, transpusieron una que otra calle y llegaron a una casa de muy elegante aspecto Carlos concibió muy alta idea de sus dueños, y dijo para sí: «Bien me dijo, mi amigo, y le doy razón, que los dueños de casa son de alto coturno y los que visitan son de lo más florido.....Verdad, que no es prudencia hablar y juzgar sólo por las apariencias, pero en nosotros esta es la ley, juzgar de lo oculto e invisible por lo visible y patente Penetran la puerta de entrada, el zaguán o vestíbulo de entrada estaba vistosamente tapizada con baldosas de mosaico. Subieron la escalera cubierta de rica alfombra y sujeta a los peldaños con barillas de metal bruñido..... Una cosa impresionó el corazón católico de Carlos, y era, que a diferencia de otras suntuosas casas, en vez de cuadros religiosos y devotos, adornaban el descanso cuadros mitológicos y profanos..... La escalera les condujo naturalmente a la primera puerta abierta, que encontraron en el primer andén de alto: Era del gran salón de visitas. Los jóvenes se pararon delante y tocaron con delicadeza la puerta. Les hicieron entrar..... A Carlos le pareció que todo estaba a la altura del

gusto y principalidad de aquella gente. Cuando entraron, todos se pusieron de pie: habían estado allí congregados algunos señores y caballeros. Zorrilla y Carlos saludaron con gentil desembarazo, según las ceremonias sociales de alta categoría, Zorrilla pronunció con elocuente desembarazo el razonamiento de presentación de su amigo. Concluídas las ceremonias de ofrecimiento, brindaron a los recién venidos asientos de preferencia.

—Por fin ahora, les hemos encontrado a las señoritas, dijo Zorrilla con tono festivo. En estos días, repuso una de las señoritas, hemos sido invitadas a una solemnidad religiosa... .. Paquita ha sido elegida priosta.

—Cabalmente, repuso ésta, por esta razón, el Sr. Damián me había ofrecido unas flores para la Virgen.

—Dispense Ud. señorita, si he salido mal en mi promesa, no por falta de voluntad, que la tengo muy buena, testigo éste, mi buen amigo, que me fuí al parque por flores, y allí nos encontramos; pero unas circunstancias se pusieron de por medio y embargaron mi intención directa.

—¿Algún resbalón acaso, algún tropezoncillo?

—Nada de eso, sino circunstancias que después les contaremos.

—Desde luego, yo agradezco a Ud. su buena voluntad, y doy como recibidas las flores

—No, no quiero ser badulaque. Cumpliré con la obra, las pondré en sus manos.

—¡Promesas!.....¿Acaso no se le ocurran otras circunstancias?

—Espero que no se interpondrán..Mañana mismo poseerá sus flores.

—Muchas gracias.....Desde ahora doy a Ud. las debidas gracias.

—¿Y qué fiesta es esa, que Ud. tiene entre manos?

—La fiesta de la Sma. Virgen con la advocación de Mercedes.

—Una devoción muy simpáticaCon razón he oído sonar esa campanota.....Pero muy demañana perturba la dulzura del sueño de la mañanita.

—¡Qué hay que admirar!..... Si Uds. también, cuando llega el día de algún soldadote, no nos dejan dormir con el tronar de aquellos cañonzotes!

—Esto significa que en la sociedad de todo ha de haber, y es preciso sufrir y disimular los inconvenientes, así como se goza de las ganancias de la sociedad!

—Por eso Ud. disimule mi importunidad de las flores.

—No es importunidad y tendré a bien que Ud. luzca flores tan hermosas como escogidas.

—Le agradeceré! pero yo quisiera algo más de Ud., que reciba el escapulario de la Virgen y se haga cofrade.

—¿Para qué comprometerse a lo que no se ha de poder cumplir?.....Tengo otros compromisos incompatibles Para mí la libertad en su amplitud posible.

—No le quita la libertad, sino que le asegura.

—Si me asegura o no, no quiero convencerla.....Pero yo tengo otras cadenas, aunque sean de oro y de flores.

—¿Qué cadenas son esas?

¡Qué muchacha tan curiosa!..... Le reprendió la mamá con blandura.

—Dispénsele Ud..... ¡Así son las niñas! ¡Propio de su edad!

—Pero esta niña mía es curiosa sobre todas las demás.

¡Al fin hija de Eva!.....Observó el padre, que por la curiosidad nos hundió en un abismo de males.

—Dejemos la contienda de si las mujeres son más curiosas que los hombresYo no quiero dejar a la niña Paquita atravezado el corazón con una espina de curiosidad... .yo le haré saber después ¿cuáles son las cadenas de oro que me aprisionan..... Pero lo haré muy después.....Lo que ahora quiero es que me den las llaves del gran salón.

—Que la den al instante, y abran.

—Muchas gracias.....Y se pusieron de pie para despedirse.

—Quedan abiertas las puertas para el joven Carlos..... Le contamos en el número de nuestros amigos.

—Tendré la honra de pertenecer al distinguido número de amigos, como honran a esta casa Yo por mi parte, pongo mi exiguo contingente a la disposición de tan eximia familia.

Carlos hizo una profunda inclinación a las señoritas, Zorrilla llevó a Carlos al gran salón.

Artículo 4o. — El Gran Salón de la Logia Masónica

El señor Zorrilla hizo entrar a Carlos al gran salón en donde se verificaban las juntas de la Logia masónica. Era un salón espacioso, elegante, aseado. En las paredes se ven algunas frases y máximas: algunas de ellas, profundas; y ótras, ininteligibles para los no versados en la técnica de la secta. También se ven en las paredes dibujos y pinturas de calaveras con huesos de canillas debajo de ellas, y en otros lugares esqueletos enteros. Lo que da un aspecto tétrico y terrorífico. En el pavimento hay sillas, un poco más del número de doce, ordenadas en fila, frente a frente. A la cabeza está un trono para el Gran Maestro..... Zorrilla, que es el Gran Maestro de la Logia, se pone en el cuerpo del salón, y puestos en dos sillas particulares, comienzan a tratar y conversar familiarmente: « Carlos, amigo, le dice, me has inspirado simpatía grande por tu físico, tu gallardía, tu suave carácter, tu talento despejado, tus habilidades, etc..... Y por esto he querido hacerte miembro de esta honorable sociedad, que yo presido. Quiero distinguirti con el honorífico cargo de Secretario mío y de la sociedad con muy buena renta..... Serás feliz, yo te afirmo, por mi apoyo, y si tú

cumples tus deberes honradamente, sobre todo, si eres fiel a la sociedad.»

—¿Qué nombre lleva la sociedad?

—«Diez de Agosto.»

—¡Excelente nombre!..... Pero, me dijeron, que era sociedad masónica.

—Así es verdad, hijo mío.

—¡Válgame Dios!..... Al solo nombre se santiguan muchos.

—No te espantes, toda sociedad tiene sus émulos y contrarios..... Y la nuestra, que es como el águila que no se arrastra por el envilecimiento y servilismo, alza su vuelo ligera en busca de los más grandes ideales; y tú lo verás, que si sabes corresponder a mi influjo, te levantaré a dignidades y excelencias, a que ni siquiera te elevó tu juvenil fantasía. Es que no somos como aves de corral, que un tantico no más nos hemos de alzar..... No, nos hemos de encumbrar, cuanto el vuelo nos permita..... ¿Has visto, por ventura, escrito en el inconmensurable espacio escrito el *non plus ultra* de los antiguos?..... Pues nosotros nos hemos de encumbrar, cuanto podamos en el espacio, pese a quien le pese..... De aquí es que tenemos muchos enemigos y contrarios; y mucho más son los ignorantes que charlan y juzgan temerariamente de lo que no saben ni entienden.....

Pero aquí mano a mano los dos, te instruyo, para que estimes a nuestra sociedad, que ha extendido el vuelo a remotas regiones y

naciones..... Al presente, cuasi no hay nación civilizada y de consideración, que no haya adaptado nuestro sistema de progreso: los reyes, los magistrados más ilustres se honran con la escuadra y el compás, y llevan en muchos escritos el símbolo de los tres puntos ¿Has visto una sociedad tan poderosa, como la nuestra, tan insigne por su unidad y elevación de miras y tan bien organizada como la nuestra?

—Muchos se recelan por sus tinieblas y misterio.

—Se explica, hijo, si tiene enemigos tan poderosos, se ha de hacer respetar con la reserva y el secreto..... Aún la Iglesia católica tenida por muchos, como modelo de sociedades religiosas, tuvo que esconderse en la noche de las Catacumbas, para substraerse de los poderosos de Roma..... ¿Qué te admiras de la nuestra, perseguida por los potentados y tildada como la más nociva del mundo?

—Dicen, además, que el Magnetismo tiene directa comunicación con el demonio.

—Déjate, hijo, es por el uso del Espiritismo y Magnetismo, de que la sociedad usa, para el gobierno y para vigilar por la paz y fueros de la verdadera libertad. Pero ¿qué es de admirar que estas dos ciencias (Espiritismo y Magnetismo) traigan tan preocupados a los sabios, sean tenidas por muchos, como ciencias infernales y diabólicas?..... Los más grandes inventos, hijo mío, los más estupendos descubrimientos, y que ahora forman el grano de

oro de la ciencia, tanta utilidad prestan y son la corona del progreso y la civilización, fueron tenidos por brujerías e inspirados por los espíritus de las tinieblas. Galileo, por ejemplo, siguiendo la doctrina de Copérnico, fue arrojado a una cárcel, como hereje, por haber afirmado y probado científicamente, que el mundo es redondo, y que al revés de las opiniones de su tiempo, la tierra era la que giraba al redor del sol..... Después de esto, te espantas, que afirmen, que el masonismo es obra única del diablo?

—Bien está todo esto, pero lo que quiero saber es ¿cuáles son las ventajas de la sociedad?

—Sus ventajas son acaso como de ninguna sociedad. No sufriréis la miseria y la pobreza, que son el flagelo más aflictivo de la humanidad..... Los socios tienen por ley el apoyo mutuo; y te han de proteger y amparar, y darte han la mano en los negocios..... De los empleos han de escoger para tí los más honrosos, los más lucrativos..... Realzar han tu reputación y levantarte a las más altas cumbres del honor..... Aún en las conveniencias naturales, no somos como ótros exagerados, que al hombre le quieren como a un ángel..... No, hijo, lo que hizo la naturaleza y nos manifiesta su voluntad en el modo de ser de las cosas, eso también lo permitimos nosotros..... Ya verás en la práctica, que si quieres tomar estado, te hemos de ayudar y apoyar, aunque

sea con la más encopetada del mundo, aunque sea la hija del rey..... Y muchas y muchas cosas te puedo explicar de nuestra sociedad, y poco a poco te he de ir explicando; pero baste éstas por ahora, y no nos detengamos mucho, porque ya es hora de la junta, que entre nosotros se llama *tenida* Sé tu dócil y formal; y ahora, no te asustes por las austeras y enérgicas ceremonias de nuestra sociedad Van a entrar los socios, tú te pones en esa mesa, que es puesto del Secretario, y te pones de pie a lo que entren.....

CAPITULO II

LA RECEPCION

Artículo 10. — La tenida de Recepción

Zorrilla, después de tratar familiarmente con su amigo, para la sesión solemne de recepción, toma aire de gravedad, cual conviene a un Gran Maestro, toca un timbre y comienzan a entrar los socios únos después de ótros con orden, yendo adelante los más dignos y de cargos más encumbrados. Al entrar y pasar delante del Gran Maestro, le hacen una inclinación y con gravedad van a sentarse en sus sillas con orden.

Ya todos sentados, Zorrilla dice: Yo desearía, en primer lugar, que el Maestro de Ceremonias leyese la lista de asistencia.

El Maestro de Ceremonias se pone de pie, a la derecha del altar intermediario, que es una gran mesa, y en ella está una imagen en bulto de un macho cabrío..... El Maestro de Ceremonias comienza a leer la lista:

Júpiter..... El socio de este nombre se pone de pie, y responde: Presente.

¡Saturno!..... Igualmente el socio de este nombre se pone en pie, y responde: Presente.

Y por este orden va nombrando a todos, y van respondiendo, hasta el último.

Ahora, dijo el Maestro desearía que cada uno de los socios explicase su nombre y el oficio al público.

Sale primero el sacerdote, a la mitad, al lado derecho del altar intermediario, hace una inclinación y dice:

«Yo me llamo *Júpiter*, padre de los dioses, según la fábula. Y según la Astronomía, Júpiter es un astro colosal, el mayor de los planetas y el más brillante de todos.

En cuanto a mi oficio, es hacer la recepción de los candidatos a nuestra sociedad. Es hacer otras ceremonias pertenecientes a mi oficio.»

Hace una inclinación profunda y se retira a su puesto.

En seguida sale el primer Diácono, hace una inclinación y dice: «Me llamo *Venus*, nombre de la diosa de la hermosura, según la fábula, y se aplica este nombre al astro que se le conoce con esta denominación. Se distingue por lo bello de aspecto: Está muy próximo al sol y recibe dos veces más calor que la tierra.

Mi oficio es acompañar al sacerdote en las ceremonias peculiares de la Logia.»

Hace una inclinación y se retira a su puesto.

Sale el segundo Diácono, hace como el anterior, una inclinación y dice:

«Me llamo *Marte*, dios de la guerra, según la fábula; y se aplica este nombre al as-

tro, que así se llama por el color sanguíneo, que tiene su luz.

En cuanto a mi oficio es asistir con el primer Diácono al Sacerdote en las ceremonias solemnes de la Logia.»

Se retira y sale el *Guarda-Templo*, que dice:

« Me llamo *Saturno* Diósele este nombre a este astro, por su luz pálida y azulosa, como el plomo. Es sin comparación de más baja temperatura, que nuestra tierra. Lo que hace sospechar de su inhabilitabilidad. Pero el anillo ígneo y luciente que le rodea y que gira al rededor de él a alguna distancia, debe de ser para sus habitantes, si los tiene, motivo de abrigo y encantadora esplendidez.

En cuanto a mi oficio es aparar y adornar el altar. Vigilar por el orden y decoro del lugar sagrado y mirar por la bondad y esplendor del culto.»

Se retira, sale el *notario*, y dice:

« Me llamo *Neptuno*. Dios de las aguas según la fábula. Es el último astro, de los, para nosotros, conocido. El color, la luz, son mucho menores, que de nuestro planeta.

En cuanto a mi oficio es recomendar al escrito las sesiones y oficios de la Logia:

Se retira Neptuno, sale el *tesorero*, y dice:

« Yo me llamo *Arturo*, una de las estrellas fijas, de grandísima magnitud y bella lucidez.

En cuanto a mi oficio, el nombre lo dice:

Es ser depositario del dinero y fondos de la sociedad.»

Sale Arturo y viene el ex-secretario, y dice:

« Me llamo *Pluto* o *Plutón*, astro moderadamente descubierto por Clide Tombugh, el año de 1930. Con este astro nuestro sistema solar se compone, hasta hoy, de 981 cuerpos celestes.

Mi oficio ha cesado, mi sobrenombre de ex-secretario lo dice.»

Sale Pluto y entra el primer vocal, y dice:

« Yo me llamo tierra, que, aunque a nosotros nos parece grande, no es sino un granito de mostaza, comparado con los gigantes del firmamento.

Mi oficio es ser simple vocal en la Logia.»

Se separa la Tierra y sale el segundo vocal.

« Yo soy la *luna*, satélite de nuestra Tierra. Tiene luz participada del sol Una bóveda celeste, como la nuestra, nos muestra, hermosas alboradas, montes, frondosos bosques, praderas lozanas, árboles, plantas, etc..... Nada de esto puede haber, donde no hay atmósfera, como algunos niegan. Pero no es creíble que un artista tan ameno, como Dios, y autor de nuestro astro, no haya hecho a la luna con alguna atmósfera y no le haya hecho bella. Ha de tener la luna análogas bellezas, no hay duda, aún en la economía interior.

Mi oficio es ser simple vocal de la Logia.»

Después y último salió el tercer vocal.

«Yo me llamo *Ceres*, descubiertó por Pia-
zzi en Florencia, el año de 1801.

Mi oficio es ser simple vocal de la Logia.»

Una vez que hubieron terminado, volvió a hablar el Gran Maestro: «Ahora que estamos reunidos todos, la presente tenida va a tener lugar, para la recepción en nuestra sociedad a nuestro nuevo hermano Carlos, que recibirá el nombre de «*Estrella Polar*».....Yo quisiera recibirle por los trámites de costumbre, esto es, por votación secreta, pero, como sabéis, tengo buen ojo, para conocer a cualquier persona. Así que a Carlos, le abono en todo sentido: Su aspecto, como es notorio a todos, es bien parecido: Su inteligencia no es vulgar, es expedito, y para el arte de escribir es eximio ... Da mucha esperanza que nos servirá mucho en las elevadas empresas de la Logia.....

Ingresa en nuestra sociedad con el cargo de Secretario..... ¿Tienen los honorables socios algo que observar al intento?

Se pone de pie Júpiter, y dice:

«Como muchos quieren ingresar a nuestra sociedad, sólo llevados de un espíritu de especulación y curiosidad, que se le someta al candidato primero a duras pruebas, para experimentar el temple de su alma; y ver si procede con espíritu de ingenuidad.

—En cuanto a las duras pruebas, se le someterá en la práctica en las difíciles y heroicas recomendaciones que se le hará. Al

presente lo que se le puede exigir es el solemne y austero juramento de ser fiel y dócil a la sociedad. Por lo que ruego al venerable Maestro de Ceremonias, que ponga mucha prolijidad en el solemne juramento; de manera, que inspire temor a la vil y cobarde traición.¿Tiene algún ótro algo más que observar?

Se pone de pie Marte, y dice:

« Como muchos quieren ingresar a nuestro socorrido cuerpo moral, urgidos por la pobreza y miseria, y viendo, que les va de perla con los nuestros en los honores y negocios públicos, nada más natural, que acudir a una sociedad, que tan bien se consulta la honestidad pública con el bienestar económico. Y así soy de la opinión, que se le exija al candidato la cuota moderada de instalación, según nuestros estatutos.»

—En cuanto al dinero de entrada, que no se preocupen: yo lo subsanaré de mi parte. Que el honorable Tesorero tome en cuenta esos diez suces de entrada. Cuanto más, que nuestro candidato va a ingresar en calidad de Secretario, y con su trabajo suplirá lo que le falte..... ¿Tiene algún otro algo más que decir?»

Se levanta Venus, y observa:

« Yo creo, que se olvidaban lo esencial: Como el fin de nuestra sociedad es mirar por la libertad omnimoda, en cuanto se pueda; y como nadie se opone más a nuestras miras, que los Católicos, pido también, de que al as-

pirante se le sujete al juramento de reprimir y oponerse a la Religión Católica».

—Tiene razón Venus, pero se ha de ejecutar despacio y con tino.....Yo sé por experiencia de los siglos, que más triunfos alcanzaron el tino, la suavidad y la astucia que los aterradores cañones de los poderosos. Si para apoderarnos del mundo hacemos sólo fulminar los tonantes relámpagos de Júpiter, no sólo no nos apoderaremos, pero huirán los pueblos desfavoridos. Este sistema de gracia con más razón se ha de usar con los católicos, porque constriñéndoles con el rigor, no será sino bruñir más sus vistosas coronas de triunfo, con vergüenza y menoscabo nuestro.....Por lo que ruego al honorable Venus, que reprima un poco su encendido celo.....Todo lo hemos de hacer, pero con proceder vago y disimulado.

No habiendo más observación, pido que se proceda a las ceremonias de recepción.

Artículo 20. — Ceremonias de Recepción

El venerable orador se levantó y pidió venia, para pronunciar su ligero discurso de recepción.

El gran Maestro aceptó la petición y todos se pusieron en disposición de escucharlo.

«Venerable asamblea:Nuevo y carísimo hermano; Estrella de los mares: Hoy vas a iniciarte en esta benemérita sociedad, distinguida por el alto fin que persigue, y que tanto lustre a dado y da a la sociedad, y por lo que le han ilustrado ingresando en ella tantos varones ilustres: reyes, hombres públicos y hombres de figura colosal.

Los cohermanos aquí presentes te extienden entusiastas los brazos para estrecharte en su seno. No empuñes tú, tras las espaldas el puñal fratricida de la traición y de la inconstancia.....Y como nada contribuye más, para estimar a una sociedad y trabajar por ella con empeño, como conocerla, voy a poner ligeramente ante tus ojos, la antigüedad de su origen, las obligaciones que impone, las positivas ventajas que ofrece y el trágico fin con que castiga a los traidores y rebeldes.

El Masonismo, hermano mío, data de tiempos muy remotos, algunos lo remontan a los tiempos bíblicos, pues algunos hacen mención del templo de Salomón. Más, yo creo, que

conmemoran este templo, por ser edificio por excelencia. Pero donde, nuestra sociedad ha tomado el carácter de peculiar sociedad, ha sido en los tiempos modernos, en las civilizadas naciones Europeas, en que el Aguila del Masonismo se atrevió a poner su nido en la Metrópoli misma del universo, y la Roma de Italia es el centro del Masonismo: Allí reside el primer Maestro, y por eso se le llama el «Gran Oriente».....El Masonismo está esparcido por todas las naciones del mundo: Se halla dividido en diversos ramales con perfecta organización: Estos ramales se diferencian únicamente en los ritos: Un masón nunca dice directamente: soy masón, sino que se reconocen con sus congéneres por signos especiales. Los masones en sesión forman la Logia, y sus sesiones toman el nombre de *tenidas*. La logia en común tiene su signo, que es una *colmena*. La señal peculiar del masón son los tres puntos, distribuidos en triángulo, pues el número *tres* es misterioso para nosotros. Van ascendiendo los asociados de tres en tres grados, hasta el número 33, que es el más elevado, Los tres puntos se encuentran en oficios masonicos y en abreviaturas de palabras. A más de los tres puntos, que es símbolo de escritura, tienen para los demás casos la escuadra y el compás.....El lema de nuestra sociedad es la caridad y el socorro mutuo. Es también virtud peculiar nuestra, sacrificar el egoísmo por el bien común. Procurar la exaltación del

hermano por el hermano y por la honra y bien de la sociedad.

Pero es menester también que pongamos a vuestros ojos no sólo las flores, sino también las espinas, pues es bien que el tiempo se forme, no sólo de días, sino también de noches, y de úno y ótro se forma aquella armonía admirable y belleza del universo Pues, así como nuestra sociedad es tan benéfica y ventajosa, es también muy austera y severa en sus castigos. El socio rebelde, traidor e infiel es castigado con la pena de muerte.

He aquí, hermano mío, ligeramente puestos ante vuestros ojos la excelencia, ventajas y obligaciones de nuestra sociedad, esperamos que la abrazaréis con ánimo resuelto, con estima y entusiasmo y corresponderéis a las grandes esperanzas que tenemos de vuestra persona. He dicho.

Una vez que ha terminado el honorable orador que se proceda a las ceremonias prácticas de recepción.

El Mtro. de Ceremonias dice en alta voz:
«Ceremonias de recepción:»

El sacerdote y los diáconos se revisten de ornamentos peculiares, y se acercan al aspirante, que está sentado en una silla en medio de la asamblea, delante del altar del macho cabrío.

El sacerdote pregunta al aspirante, que entonces se pone de rodillas y vendado con un pañuelo.

—¿Quién eres tú?

—Un aspirante.

—¿Qué pides?

—La luz.

—La luz te sea hecha.

Y le quita la venda.

Después con mano suave coge al aspirante de la mano, y le pone de pie.

Los diáconos le levantan el pantalón con vueltas sucesivas desde abajo hasta las rodillas, de modo que el aspirante queda como de calzón alto, y luego el sacerdote le dice:

—He aquí que estás constituido niño en la venerable sociedad.....Procura crecer, para que seas varón de provecho.

El Mtro. de Ceremonias prosigue en alta voz:

«Símbolo de comodidades naturales:»

El sacerdote le ciñe una espada de lata, y le dice:

«Entra, hermano, en la posesión de las conveniencias naturales; y que, según nuestra constitución, puedes disponer al arbitrio.»

El Mtro. de Ceremonias prosigue en alta voz:

«Ceremonia y símbolo de fortaleza en las grandes empresas.»

El sacerdote toma moderadamente al aspirante, le da un pescozón y le arroja hacia el pie del altar, y le dice:

«Por esta manifestación, está dispuesto a recibir cualquier mal trato y sobreponerte a todo, por el cumplimiento del deber».

Le toma después de la mano, y le levanta. En esto se oye tocar con instancia la puerta. Entra un hombre desconocido, se presenta al gran Maestro, y con acento alterado, dice:

«Saludo reverente a Usía, y le hago saber, en presencia de la gran asamblea, que por mandato de esta Logia, han asesinado anoche a un hombre, y un joven, llamado Carlos, ha dado señas de este lugar en que se reúnen..... Estad en guarda, porque es posible, que el rato menos pensado, os caiga el gobierno y os sorprenda».

Hace una reverencia y sale.

El gran Maestro agradece al desconocido, después dirigiéndose a Carlos le dice:

—Estrella de los mares ¿qué es esto que oigo de tí?.....¿Qué has hecho?

—Nada, señor, me preguntaron la casa y el número de esta casa, y como me amenazaron con grave daño, cedí al temor y avisé.

El Mtre. pregunta a la asamblea: ¿qué debemos hacer ahora?

—En primer lugar, castigar al culpado..... Imponer el castigo, que nuestras leyes mandan para los traicioneros e infieles.

—¿Qué pena le podemos aplicar?

—La pena de muerte.

¡Digno es de muerte! De no, no os serviremos Sujétadlo a la prueba de palo y de puñal.

—Pues, manos a la obra.

Le ponen a Estrella de los mares, sentado en una silleta en medio del pavimento..... Todos los de la asamblea forman una falanje en forma de media luna, que le rodean al culpado por detrás de la silleta, y armados cada uno con su bastón, esperan la debida señal.

El Mtro. de Ceremonias dice:

«¡Falanje, atención!»

Todos se ponen firmes y en guarda.

«Falanje al hombro»

Todos llevan uniformemente los bastones al hombro.

«Falanje, desfile y canto marcial».

Comienzan a marchar con orden unos tras otros, cantando en tono marcial:

1.—Se ostente horrenda

La adversa suerte

Y dura muerte

Caiga sobre él.

Que aleve falte

Al cumplimiento

Del juramento

De sernos fiel.

2.—Cual bravos leones

Le cerquen fieros

Guapos guerreros

Le asusten vil.

A su cabeza

Cruelles le tundan

Su cráneo le hundan

Mil palos mil.

Dan tres o cuatro vueltas en torno.

El Maestre después del canto y última vuelta, levanta la diestra y exclama:

«Falanje alto».

Todos de la falanje se vuelven a poner en línea.

El Mtro. de ceremonias exclama:

«Falanje levanten».

Todos uniformemente levantan los bastones en actitud de descargar el golpe.

El Mtro. de Ceremonias en alta voz:

«A la una, a las dos y a la tercera!

Todos a una descargan el golpe sobre la cabeza del culpado, pero úno tiene el cuidado y prevención de atravesar con presteza el bastón, para que sobre éste asesten el golpe los demás; y así se evite dar sobre la cabeza del sentenciado.

«Una vez, prosigue el gran Maestre, que el delincuente ha salido incólume de la prueba de garrote, de la del puñal no salva.

Mtro. de Ceremonias:

«Falanje, en fila».

Todos uniformes se ponen en fila.

Mtro. de Ceremonias:

«Falanje, armarse de puñales»

Todos sacan sendos puñales.

Mtro. de Ceremonias:

«Desfile y canto marcial».

Como la primera vez todos marchan y cantan en torno:

1.—Ciña la frente
De oro el laurel
Que por ser fiel
Muerte sufrió.

Mas vituperio
Al vil traidor,
Que por temor
La vida amó.

2.—Entre agonías
Veneno activo
Encienda vivo
Su corazón.

Filos aceros
Por honda herida
Saqueen la vida
Del vil traidor.

Después de las vueltas el gran Maestre levanta la diestra en señal de cese.

Mtro. de Ceremonias:

«Falanje en fila».

Todos se ponen en fila, como la primera vez.

Mtro. de Ceremonias:

«Falanje armarse».

Empuñan todos los puñales.

Mtro. de Ceremonias:

«Falanje.....A la una.....A las dos.....

Y al decir la tercera, se levanta precipitadamente el gran Mtre., y suspende el golpe con la diestra en alto, y dice: ¡Suficiente!.....¡Se ve que tiene ánimo!

Se dirige a Carlos, y le dice:

«Todo es trampa, amiguito, pura broma, para probar el temple de tu alma.....Te felicito por tu valor y sangre fría en estas pruebas que asustan.....Pero procura no hacer de las bromas, veras.

Después de esto prosiguió el gran Maestre: «No falta sino la ceremonia final».

Maestro de Ceremonias:

Ceremonia: «El Honor del incienso».

El sacerdote pone incienso en el incensario. Los diáconos le administran el incienso, y ayudan a la incensación.....El sacerdote incienso con majestad en torno del altar.....Y al último entrega el incensario.

Mtro. de Ceremonias:

Ceremonia final: Adoración del Cabrón a parte post. El sacerdote toma la cola del cabrón, y constriñe a Carlos a besar.....Pero éste rehusa a toda instancia, y a tan porfiada petición se retira.....Va al medio de la asamblea..... Se recomienda a Dios y su Madre Santísima.....Saca la bolsita milagrosaY con fe la levanta en alto.

Todos de la asamblea se sienten atacados de un vértigo poderoso, y caen en tierra sin sentido

El Gran Maeste se siente acometido de una violenta contorsión, y sale precipitadamente del salón, volcando la mesa del trono y la silla de asiento Se oye afuera una violenta detonación, como el estallar de un morterete, y reinó en aquella casa el estupor y el espanto.

Carlos tuvo que salir también santiguándose, cayendo en la cuenta de quién había sido el Sr. Zorrilla, y a qué peligro se había expuesto, si Dios, su Religión y su fe viva no le hubieran prestado su poderoso auxilio.

FIN DEL LIBRO SEGUNDO

LIBRO TERCERO

LA CORTE DEL REY ESTEBAN

CAPITULO I

Artículo 10. — Aposento de la Princesa Matilde

Era un aposento pequeño, en verdad, pero muy lujoso y aseado. Cualquiera, al considerar los varios y preciosos objetos, por allí había, podía adivinar fácilmente, que era de una mujer, y de una doncella de alta alcurnia. Así era verdad, pues era cuarto de la princesa Matilde, hija del gran Rey Esteban.

Aniceto, paje que aseaba y aderezaba el cuarto, sacudiendo el polvo de los objetos exclamó: «¡Qué objetos tan bonitos! ¡tan lucientes y preciosos! ¡Al fin de una princesa, y de una hija de un Rey tan poderoso! Al ser ótro que yo, ya se hubiera ocultado algunos de esos lindos objetos Pero yo; ¡guárdeme Dios de cometer semejante felonía! Ver solamente Hurtarme, jamás Esta cosita tan bonita, tan brillante ¿qué es? ¡Ah, es una tarjeta de oro Adornada con rubíes y diamantes! Se figura en ella un corazón herido de una flecha!

.....Es muy significativa ¿eh? Significa, a mi modo de entender: Amor..... Sí, amor, porque el corazón es símbolo del amor..... ¿Y la flecha.....¡Ah! la flecha es asestada por aquel rapáz rubio y ciego, hijo de Venus, que tanto se divierte, disparando con su arco, hiriendo al úno y atravesando al ótro..... Aquí este corazón está herido con flecha cupidinesca! ¡Guapísimo símbolo!está dirigido a mi Reina, no hay dudaVeamos ¿quién la dirige?¡El príncipe Alejo!He sabido que es un príncipe marcial, inteligente y amigo de travesear la lira de Apolo pero, es muy desengañadito de rostro.

Aquí está otra tarjeta ¡Cáspita! ¡aquí se figura dos manos entrelazadas!.....¿Qué significa? Según mi obtuso modo de entender, no es sino petición de matrimonio.....Y si no veamos lo que está escrito dice:

«Al pintarte el amor que te profeso,
Que no podré vivir sin tí, te confieso»

¡Muy fuerte expresión, pocas palabras, pero qué enérgicas!

Vamos a ver acá.....Es una carta Debe de ser amorosa, no hay duda desde el color del papel de la esquila ¡azull..... efectivamenteComienza: «Luz de mis ojos, mi cielo, mi todo!»..... Si cada palabra en cada carta es un Potosí para un amante.....En esta carta hay una mina..... Pero ¡válgame Dios! al tiempo que voy a leer, se me asalta un escrúpulo.....Es un crimen leer cartas ajenas!Pero voy a

leer alguna cosilla, y nada más....Siquiera el principio.....Vamos a ver:

«Sin tí ¿qué es para mí el mundo?... Un páramo desierto, un mundo de hielo¿y contigo? Un Paraíso.....Ahora que estoy ausente, de cuantos tormentos he sufrido; el más insufrible es tu ausencia».....Y como estas hay otras quisicositas, escritas con letras de fuego y con sangre del corazón!.....Veamos por término únicamente la despedida:

¡Cómo tu respuesta espero!

El sí será mi vida;

El no, ni pensarlo quiero.

Me será un puñal suicida.

Pero ¡sus!.....Hasta aquí no más, que viene mi ama.....si me sorprende en esto, me aturrulla, a buen seguro.....Siento sus pasos.....Los conozco, y me escondo, aunque sea aquí.....Y se ocultó en la trascámara, y estuvo allí formalito, sin ser percibido de su ama.



Artículo 20. -- Declaración y Decisión Regia

Entraron en el aposento Matilde y Carlos; y al notar, la princesa, que no había acabado de arreglar, exclamó «¡tanto que se tarda el mozo, para un disparatel.....Aún no ha acabado de arreglar el aposento!

—És que ha de haber estado curioseando ¿Tiene S. Alteza, algo curioso y de interés?

—Dices bien, Carlos.....No soy nada preprecausiva. Aquí encima de la mesa, tengo unas comunicaciones de secreto.....Por la premura de salir a las atenciones de afuera, las he dejado sin guardarlas.

—No se confíe de estas gentes de servicio: son muy vocingleras y enredistas.

—Guárdame, Carlos esos papeles, te lo ruego. Carlos guardó y aderezó todo y hecho esto, la princesa señaló una silla a Carlos, y le dijo:

—Te he traído por aquí, Carlos, para hablar a solas de un asunto serio e importante, que urge.

—¡Qué me placel.... Ojalá pueda servir a su MjtaadQue me diga cuanto quiera y con franqueza.

—Agradezco tu buena disposición; pero no reveles a nadie.

—Lo sepultaré en mi corazón.

—Prométeme fidelidad.

—Por esta mano honrada y leal.

Matilde estrecha la mano de su vasallo.

Pues lo que quiero decirte es, que mi padre pretende casarme con el príncipe Alejo..... Yo no quiero.....Y se encapricha mi padre, y me urge a pesar de mi negativa y resistencia.

—¿Por qué, V. Alteza no da gusto a su padre?

—¡Porque no quiero!..... No me hallo dispuesta.

—Dispense S. Mjtd. que le insista en la explicación del por qué!..... Pudiera ser que el consejo de un vasallo sea el arco iris de paz de su corazón, y se establezca la armonía entre S. Merced y su padre.

—Pues la causa no es otra, sino porque no me agrada el infante.....No siento una pizca de amor por él.

—No importa, que no esté dispuesta en sus principios.....Todo será hasta no embarcarse.....Después el viento de prosperidad soplará a la barca viento en popa.

—No creas, hijo, lo que no nace, no crece, dice el vulgo.....No quiero entregarme a un verdugo de mi vida..... No quiero vivir en un infierno.....Te expreso lo que siento.....Tengo repugnancia al príncipe y jamás me casaré con él.

—Entonces se enojará el Rey su padre.

—Luego le pasará el enojo.

—Una desobediencia grave encendería la ira de su padre, y en un arrebato de cólera, puede acarrearle la ruina de S. Merced.

— Es mi padre, al fin me perdonará.

— No se engañe S. Mjtad.....¿Qué puede hacer un león airado?.....La ira ciega.....No sin razón lleva en su mano la espada prepotente.

— Lo que vamos a hacer, es esto: y por esto te he traído acá.....Escúchame.....Yo no me he de casar sino con el que quiero, con quien amo.

— Eso es natural.....Pero ¿dónde está el afortunado que se ha adueñado del corazón de S. Merced y que le corresponda a su amor?

— Ese eres tú.

— ¿Yo? (da un traspié de asombro).

— Sí, tú me agradas, y te quiero.

— ¡Dios mío!.....¡Si hasta para broma parece incompatible!.....¡Sería para mí, querer cojer las estrellas del firmamento!..¿Cómo puede un vasallo aspirar a la mano de una reina?

— Todo es querer, y poderlo.....El amor todo lo puede.....yo no me he de casar, sino contigo.....y si es menester nos hemos de salir, de aquí.....Yo guardo, al efecto, muchos dineros.

— ¡Tanta dignación!.....¿Quién soy yo?..... Pues ¿qué puedo hacer sino, rendirme a mi buena suerte?.....Tánta decisión y bondad encienden naturalmente mi corazón, y uno y fundido el respeto, la gratitud y el cariño.....Mil veces agradezco a S. Mjtad.....Bese de gratitud su mano!

Carlos se hinca y besa con respeto la mano de la princesa.

—No son bromas, hijo, sino muy de veras.....Recibe este anillo, como expresión de mi formal intento. Carlos besando el anillo, le ingiere en el dedo.

Hemos de hablar más detenidamente al efecto.....Guarda tú, acerca de esto, un profundo silencio.....Ahora retírate que oigo pasos que vienen.

Carlos hace una profunda inclinación a la princesa y sale.

Artículo 3o. -- Los Celos del Escucha

Tocan la puerta.

—¿Quién?

—¿Se puede entrar?

—¡Adentro!

—¿Eres tú, Casimiro?

—Beso la mano de V. Alteza.

—¿Tienes algo que decirme?

—No es sino anunciarle, que le llama S. Majestad el rey a la cámara de audiencia.

—Está bien, y paso sin demora.

Sale primero el criado, en seguida la princesa.

Al verse solo, sale de su escondite el paje Aniceto.

Se pone de pie; y paseándose, dice:

«No es tolerable, que un aventurero, un extraño desconocido venga a suplantarnos, y que sin mérito alguno, de buenas a primeras venga sobre nosotros a manejar la pértiga del mando.....Y todo es disimulable, pero que este advenedizo se apodere del corazón de una doncella, y no cualquiera, sino de una princesa tan hermosa y tan conocida por su inteligencia y educación.....Y esta princesa, que se venga a preñar de un criado sólo por la simpática cara de éste?.....Bien dicen, que a las mujeres Dios les prodigó corazón, pero les escaseó la discreción.

.....Pero en mí, la pasión ha despertado feroces celos.....Hay que confesarlo.....Pero que el mozuelo se guarde de mis iras.....Es tanto más temible la explosión, cuanto más reprimida se oculta».

Muestra el puño cerrado en dirección de Carlos, en señal de amenaza.....Y sale.

A poco menester entran Matilde y Livia, lechera de palacio.

Matilde le señala asiento y dice:

—¿Cómo estás Livia?

—Deseando hablar con V. Alteza.

—Aquí me tienes... Dime cuanto quisieres.

—Pues, era primero por contar a V. Alteza que me casaba.

—¡Buen gusto!.....¿Y cuál es el dichoso futuro?

—Aniceto, paje de V. Alteza.

—¿Tan cerca estabas?¡Buen parl!.....

El galán y tú graciosa Te felicito.

—Agradezco a V. Mced.

—¿Y cuándo te casas?

—El Domingo próximo.

—Estás a las puertas.

—No me resta nada.

—¿Quiénes son los padrinos?

—¡Quiénes han de ser, sino el amo grande, hermano de su Mced. y S. Alteza.

—En cuanto a mi hermano, magnífico; pero en cuanto a mí, no te has fijado bien.

—¡Cómo, que no!

—Otros pudieran hacerlo mejor.

—De ninguna manera; porque lo quiero todo muy regio ... Y en cuanto a cariño, nadie pudiera llenar mi corazón, sino S. Mced.

—Conozco tu sinceridad, leo tu corazón, y agradezco tu deferencia.

—¿Así que tiene la amabilidad de aceptar?

—Está muy bien.....Tendré mucho gusto en ello.

—Pero mi gusto será cumplido, si asiste V. Alteza en persona.

—Es muy natural, que la madrina, ha de estar en persona en el enlace de su ahijada.

—Quiero, no sólo en la ceremonia de Iglesia, sino también en las bodas domésticas.

—Descuida, te complaceré en todo.

—No sé cómo agradecer a V. Alteza..... Beso la mano de S. Mced.

Se hinca y besa la mano.

—¡Albricias, Livia.....Que todo, te sea regio y de perla!

Hace Livia una reverencia a la princesa y sale.

Artículo 4o. — Sospechas y Resolución

Entra Carlos, y a sus solas, comienza a hablar consigo paseándose.

«Me vuelve a llamar la princesa..... No hay duda, que la Fortuna me acaricia hasta el presente..... Pero ¿quién no sabe que es mudable y caprichosa? Su volante rueda se torna instable ya arriba, ya abajo.....

.....Con motivo debo temer, que su soplo próspero me estrelle contra alguna saliente roca o me encalle en un inopinado banco de arena Las bendiciones de mi madre me libren de los cambios y desatinos de una fortuna aturdida y ciega..... Mas ya viene la princesaOigo sus pasos

En efecto, era ella... Venía alterada y con acento conmovido le dijo: «Carlos, querido Carlos, estamos perdidos!

—Pero ¿qué ha pasado, reina mía?

—El rey ha llegado en conocimiento de nuestro cariño y de nuestro coloquio aquí, en otro rato.

—Pero ¡Dios mío! ¿quién nos ha escuchado?

—Nos creíamos solos.....Y escondidos oídos nos han estado escuchando.....Y han presenciado nuestra entrevista ocultos ojos.

—Pero ¡qué diantre!¿Quién nos ha escuchado y presenciado nuestra entrevista?

—Aniceto.

—¿Aniceto?¿Y cómo así?

—Aseaba la pieza, y al oír, que veníamos, se ha ocultado allí atrás (señala el lugar).

—¿Y luego?

—Ha tenido la perfidia de denunciarnos ante el rey, mi padre.

—¿Y ahora?

—Mi padre se ha sosegado un tanto, gracias a mis ruegos y a mis lágrimas Pero guarda el designio de perderte Ahora lo que conviene es ocultarte..... Pero, no te desespere..... Yo te he de asistir y proveer de lo necesario.

—Gracias, reina mía..... Tal vez no podamos más hablar libremente Yo quiero darle, por gratitud, un recuerdo precioso Invóquele con fe, y le ha de salvar de peligros que le amenacen..... Ahora, V. Alteza tiene más necesidad

Carlos se saca del cuello la milagrosa bolsita, y la pone en el cuello de la princesa, la que exclama:

—¡Gracias, Carlos, la llevaré como recuerdo tuyo..... Ahora ocúltate..... Y pronto¿No oyes pasos?

—Sí, voy allá Y se oculta en la recámara.

Entra Aniceto y dice:

—«Dios os guarde, señora mía».

—¿Qué me dices?

—Vengo a dar gracias a V. Mjtd. por la gran merced, que nos ha hecho de admitir para madrina de nuestro enlace matrimonial.

Matilde llena de enfado, le responde:

—«Eres un ingrato y un cruel ¿Así pagas mis servicios? Ahora no quiero ningún madrinazgo Procurando yo, tu felicidad, y tú indisponiéndome ante el rey mi padre?... .. Y lo demás no creo necesario narrarte, porque tú muy bien lo sabes.

—Confieso, reina mía, mi culpa, pero justifique mi proceder, que no fué por malicia, sino por necesidad extrem.

—¿Cómo por necesidad?

—Me puso el rey entre dos espadas, como dicen, entre morir o declarar lo que había visto y oído.....¿Y cómo resignarse a la muerte?Tuve que declarar lo que había visto y oído entre S. Mjtd. y Carlos.

—¿Y cómo llegó a saber esto, el rey mi padre?

—Por chismes Yo por confiado y asegurado con palabra de honor, que guardaron fidelidad en no declarar, le conté todo a Casimiro, y el pérfido desleal, me descolgó, yendo a avisar al rey, temiendo, según Casimiro, que la princesa se casase con un *quidam*, de la hez del pueblo, o que el rey perdiese a su hija, separándose ella del lado de su padre..... Todo esto, reina mía, justifica mi conducta.

—No justifica, porque debiste de sufrirlo todo.

—No es fácil, reina mía, otra cosa es tener la muerte ante los ojos.

—En todo caso, no admitiré ser tu madrina.....Y lo que ahora quiero es que te retires de mi presencia.

—Perdón, reina mía.

—Ni una palabra más.....Sal pronto, si no quieres sentir mi indignación..... ¡Vete!

Saca la reina una pequeña daga, que trae oculta en la faltriquera, y amenaza a Aniceto.

Este se ve precisado a salir.

Matilde queda sola, y paseándose comienza ha hablar consigo:

«La envidia, la emulación, el odio y demás pasiones caseras de la corte han abierto un abismo ante mis piesYa me vislumbraba alguna esperanza de evadirme el casarme con el príncipe Alejo; y ahora veo más bien, que se van estrechando más mis cadenas!..... Si me resisto, caeré en desgracia de mi padrePero estoy resuelta a resistir a todo lo que me venga.....Para mí primero la muerte, antes que unirme para siempre con el príncipe Alejo!.....En cuanto a Carlos privarme para siempre de él?.....¡Imposible!.....El amor es fuerte como la muerte..... El amor todo lo puede La firmeza de mi amor cubrirá con laureles mi tumba!.....Mas, silencio!..... Que viene alguien.....Tocan la puerta.....¡Adentro!

Se abre la puerta, y se presenta Casimiro.

—¿Qué quieres?

—Vengo de parte del rey, y no es sino para decir a V. Mjtd. que el rey desea venir aquí, para hablar a solas de cierto asunto importante.

—En hora buena.....Tendré mucho placer de recibir en mi aposento a mi rey y mi padre.

El criado hace una inclinación profunda a la princesa, y sale.

Queda sola la princesa, quien en su aprehensión y angustia habla consigo misma.

«El corazón me palpita.....El corazón es leal.....Algo siniestro me avisa!.....¿Talvez, mi padre viene a hablarme de lo que siempre temo?.....Seguro que es eso; porque venirme a ver, cuando pudo llamarme donde él?..... ¡Valor!.....Yo siempre le daré la negativa..... ¿Y si se indigna?.....He hecho la resolución de arrostrarlo todo....de sacrificarme... ¡Valor!.....Oigo ya los pasos de mi padre.....¡Dios mío, asistidme!

CAPITULO II

EL CONFLICTO

Artículo 10. — El Conflicto Urge

Entra el reyMatilde se hinca ante su padre y recibe la bendición.

Matilde ofrece asiento a su padre.

El rey se sienta y dice:

—¡Vaya un cuarto en extremo monín!

—Que todo le parezca bien a mi rey y mi padre.

—Sobre todo la dueña, me parece muy alhaja.

—Todo lo mira con ojos de padre.

—Y de rey; porque todo está regio.

—Sólo el solio nos falta.

—¡Déjate, hija, ahora, más está aquí tu padre..... Por tanto, todo sea familiar y sencillo, con tal que no falte el cariño.

—S. Mjtad. lo sabe, que me sobra.

—Lo creo, hija, y por eso no quiero importunarte al efecto.....

.....Lo que quiero saber es la salud.

—Estoy bien.

—Así demuestras Estás lozana y hermosa como una rosa en la mañana de Primavera.

—Que todo sea para contento de mi rey y mi padre.

—Sí, para el agrado y descanso de tu padre, siquiera por un rato.

—Descanse un tantico ¡tan pesada carga como lleva!

—Sobre todo en los tiempos modernos..... El rey apenas merece el nombre de tal ¡Vida de cortapisas y temores.....Ahora ya no quieren la soberanía regia..... Ya no sufren la majestad real Todos aspiran a la igualdad, todos, quieren ser soberanos, y repiten a porfía aquello de otros tiempos:

«Non serviam». No serviré.....Todos aspiran a una libertad sin límites, y de buena gana borrarán de la memoria a Dios, al infierno y la ley, para vivir a su antojo y sabor de sus pasiones; pero, como no pueden, todos tienen que reconocer, aunque sea mal de su grado, la sujeción de un dueño y Señor, y por Él a las que gobiernan en su nombre.

Los Socialistas, Anarquistas, los Nihilistas, los Masones y Republicanos, etc., nos asechan a los reyes la vida a cada momento, pero la Providencia no les permite cumplir siempre sus depravados designios.....¿Qué fuera del mundo sin Dios?

—Confiad en la Divina Providencia, padre mío.....Dios sabe el tiempo que ha de estar el oro en el crisolAl menos yo pido a Dios que os conserve con salud y seguridad.

—Yo te agradezco, hija, y lo que ahora quiero de tí, es que me alivies de un cuidado, que

me atormenta y que tengo acerca de tí y de tu felicidad futura.

—Decidme lo que quisiereis, Padre mío, que os escucho.

—Pues bien, tú estás ya casadera y bonita; y aunque eres muy formal, muy digna, y muchos ponen los ojos en tí; pero vives en el mundo, lleno de peligros; y tú, como toda mujer, tienes un corazón sensible; es decir, apasionable; y por este resquicio pudieras despeñarte. Yo, estoy ya muy viejo, y no estoy tranquilo, hasta ponerte a cubierto de estos inconvenientes y hasta no darte un porvenir seguro. Yo, siguiendo la costumbre moralizadora de mis abuelos, quiero servirme de este medio reformativo, y quiero casarte con un consorte igual, regio, muy digno y sabio como es el príncipe Alejo.

—Os confieso, padre mío, que no me siento dispuesta para ello.

—¿Por qué?

—No me inspira simpatía alguna.

—Pero ¿por qué?.....¿No es joven, gallardo, educado y regio?

—Todo esto se ahoga en mí, por esto que es muy feo.

—¡Qué prurito de mujeres, que se han de fijar sólo en la carita!.....En el hombre la belleza está en el alma, en las perfecciones espirituales. En cuanto al cuerpo basta que no sea deforme.

—Es además iracundo y violento.....Yo no quiero elegir a un verdugo de mi vida.

—Pero, si nada hay completo en la vida, y el hombre es perfectible por naturaleza..... Tu paciencia, tu silencio, tu buen modo le reformarán, como otras mujeres lo han conseguido.....Lo cuenta S. Agustín en el libro de sus Confesiones, que el esposo de S. Mónica, que se llamaba Patricio, era un hombre de buen fondo pero desgraciadamente era iracundo, y se dejaba llevar de los ímpetus de la cólera que venía a cometer excesos y violencias, pero S. Mónica, en estas circunstancias, se guardaba muy bien, de contradecirlo; y lo que hacía era callar; y si era necesario responderle, lo hacía con palabras suaves y dulces. Al fin, a Patricio le pasaba los primeros movimientos de la ira, entraba en reflexión, reconocía su injusticia, se avergonzaba y pedía satisfacción a su consorte. De esta manera le ganaba a su esposo, y llegó a obtener tanto triunfo, que llegó a reformarlo y hacer de él un cristiano manso y fervoroso.

—Así llegarás tú a reformar a tu esposo.

—¡Cuán difícil es esto en la práctica!

—Difícil, pero no imposible.

—Aunque todo esto sea así, en cuanto a mí: consultándome con mi corazón, encuentro en abrazar el partido una repugnancia insuperable, y no puedo resolverme.

—No me seas necia; y algo se ha de sufrir y pugnar.....Pero encastillarse en un capricho.

—No es capricho, sino necesidad de libertad. El rey ya algo molesto, exclama:

—¡Basta de razones!.....Y se trata de obedecer, y al punto.

—¡Tregüa, padre mío!

—No ha lugar.....el príncipe ha mandado sus representantes, y estos urgen.

—Pero, padre mío ¿cómo puede serlo, sin consentirlo yo?

—No hay caso Estoy comprometido.

—Siquiera algunos días

—Ni úno sólo, porque los procuradores nos esperan en la sala.

—¡Dios mío!

—No te resta sino ponerte de gala, a no ser que quieras hacer el matrimonio a lo desmantelado y vulgar.....

El prelado y los enviados regios llevarían muy a mal.

—Padre mío, voy a rogar a los representantes regios que esperen.

—Sería una desconsideración, un desaire.

—Yo voy a ellos y vuelvo sin demora.

—¡Padre mío!

—Déjame.

El rey se levanta y sale.

Matilde se va en pos de su padre con los brazos abiertosHasta que sale el rey.

Artículo 2o. — Resolución Heróica

Matilde vuelve y en su conflicto exclama:
 «¡Qué confusión, qué angustia, qué conflicto!.....¡Anciosa el alma, siento el corazón latir!.....¿Me preannuncia acaso una catástrofe?.....
 ¡Ha llegado para mí la hora del sacrificio!
 ¡Antes la muerte, que abrazar un partido que aborrezco!.....¡Dios mío, que me diste la libertad, ayudadme!»

Matilde siente que vienen, y apenas tiene tiempo para aderezarse el cabello, cuando entra la comitiva.....Entran en orden: Primero, algunos de la guardia real, los deudos del rey, los apoderados y padrinos, los acólitos, el obispo y el rey.

El Mtro. de Ceremonias en esa estrechez se dió modo para arreglarlos a todos: En medio van los novios, después los padrinos, los deudos del rey, y los demás en alas y en igual número.

Al rey se le improvisa un trono desde donde va a presenciar el matrimonio.

El obispo se reviste de sobrepelliz, estola y capa pluvial, y teniendo entre manos el libro, en alta voz pregunta al representante:

—Sr. César Thomson, ¿quiere Ud. contraer matrimonio, según el rito de nuestra Madre Iglesia con la Srta. princesa Matilde de Asturias, que está aquí presente?

—Sí quiero.

Dirigiéndose luego el obispo a la princesa, dice:

«Srta. princesa Matilde de Asturias ¿quiere Ud. contraer matrimonio, según el rito de Ntra. Madre Iglesia Católica con el príncipe Alejo de Austria, cuyo procurador César Thomson está aquí presente?»

Matilde permanece muda, y no responde de ninguna manera.

El obispo vuelve a interrogar a la princesa en más alta voz:

Srta. princesa Matilde, etc., como la primera vez.

Aquí responde Matilde en clara y alta voz:

—No quiero.....Mi esposo es Carlos de Granville.

Todos al oír, quedaron mudos y estupefactos por la sorpresa, como si un rayo hubiera caído delante de ellos.

.....Sólo el rey monta en ira, y ciego de furia, acomete a la princesa con espada en mano.

Los circunstantes a porfía se interponen entre el rey y la princesa.

Los deudos del rey con suavidad y consideración desarman al rey y procuran calmarle y amainarle.

Matilde permanece muda, aunque intrépida.

El rey exclama enérgico y airado:

«Sacadle a esta pérfida, a este monstruo
.....No quiero tenerla un instante más en mi

presencia.....Y os aseguro, que aunque no ha muerto ahora a mis manos, morirá».

Los que defienden a Matilde le sacan de la presencia del rey.

Este queda en el aposento.

Los deudos y allegados procuran apasiguarlo, lo arreglan y ordenan los vestidos y le aderezan los cabellos en algún tanto desordenados.

El rey se calma un tanto y le sirven una bebida confortativa y refrigerante.



FIN DEL LIBRO TERCERO

LIBRO CUARTO

EL SUBTERRANEO DE LOS LADRONES

CAPITULO I

RECONOCIMIENTO

Artículo 10. — Sucesos de Reconocimiento

En todo tiempo ha habido hombres ímprobos que han hecho propio el derecho de propiedad ajeno, y en vez de proveerse de lo necesario con justo título y con el sudor de la frente, como lo ha determinado la naturaleza, juzgan más socorrido y más fácil, valerse de la violencia, para apoderarse de los bienes del prójimo y del fruto de trabajo de otros con menoscabo de su conciencia, de la obediencia a Dios, y de la paz y seguridad de sociedad. Las autoridades públicas, como es natural, tienen que perseguir y acabar con estos salteadores, nocivos a la propiedad pública, y éstos para evadirse de la pista, buscan lugares apartados y seguros, que los pongan a cubierto, y puedan ejercer su detestable oficio sin ser notados. El relato, de que nos vamos a ocupar, tiene lugar en uno de aquellos subterráneos o excavaciones

practicadas en el corazón de la tierra, y que a guisa de morada o casa, les sirve de refugio de seguridad para las miradas políticas..... Se presenta pues la escena en una cueva practicada en la breña, es una cueva capáz: En medio hay una mesa, sobre la que luce una lámpara grande que despide bastante luz. En torno, hacia las paredes, hay muebles relativamente decentes. En la pared, se ve, ¡cosa singular! un cuadro de la Virgen.

Conversan, frente a frente sentados, el Capitán de ladrones, que se llama *Sergio*, y *Matilde*.

«Señorita, le dice el Capitán, está Ud. en mi casa.

—Agradezco a Ud. caballero, la bondad y agasajo, que me hace; pero le ruego por el amor de esa señora (señalando el cuadro), que no me suceda nada en mi honra y entereza.

—No tema Ud. señorita, no guarde la menor desconfianza..... Estoy aquí, y nadie se atreverá a ofenderle..... Estará como en su casa..... Pida lo que necesite..... Le voy a dar una muchacha, para que le sirva y le cuide.

—Le agradezco, caballero, que así manifiesta serlo.

—Voy a llamar a mis camaradas, para que le conozcan, le respeten y le sirvan.

Hace una inclinación y sale.

Matilde queda sola: Comienza a escrudifiar en torno con espanto, y comienza a hablar consigo misma enajenada.

¡Santo Dios!.....¡Esta es caverna de ladrones!.....Huyendo de la cólera de mi padre, he venido a caer aquí, como inocente avecilla en la jaula!.....Si a mi amo le viene en deseo, no soltarme, que es lo que creo, y lo que menos puede sucederme, quedarme he cautiva en estas oscuras breñas, sin que más pueda ver la luz del día, a mi familia ni a Carlos.....¡Oh Dios mío, que tormento!.....¡Dios amparo de los débiles, consuelo de los atribulados, amparadme en estos peligros!.....¡Dadme inteligencia y corazón, para salir bien de las dificultades en que me hallo!

Tocan la puerta, y entran unos tras otros, y se ponen en el aposento en círculo hacia la pared.

Sergio toma la palabra y dice:

—«Aquí tiene, señorita, a mis compañeros».

Matilde disimula el temor que les inspira, y dice:

—¿Son doce los señores con el Capitán?

Responden todos: «Sí, señorita, estamos al servicio de Ud.

—Muchas gracias.

Sergio vuelve a hablar: «Este que tiene el rostro agrietado se llama Domingo.....Aquél otro se llama Marcelino.....El otro Silvestre.....Y por este orden son los demás, a quienes poco a poco les ha de ir conociendo y llamando por sus nombres.

Matilde entra en curiosidad de saber ¿quién es por su aspecto y talante singular, y dice:

—«Y quién es aquel señor (señalando con el índice).

—¿Cuál?

—El que tiene el sombrero muy traído para abajo.

—Se llama Agustín.

El Capitán dirigiéndose a él:

«Vamos a ver, camarada, descubríos a la Srta.

—Capitán, me da recelo.

—Votad la vergüenza a un lado... Es menester, que la Srta. nos conozca, como somos.

Agustín se quita el sombrero, y Matilde ve con horror, que tiene el bandido una deforme marca en la frente.

—¿Qué significa aquello?

—Es marca, que se ha dejado poner por bobo.

—Tenga la bondad de explicarme.

—Por no ser listo y valiente en los asaltos, que tenemos por oficio: La primera vez que cayó, le pusieron en la frente. La segunda; en la parte vergonzosa. Si cae otra vez, no se donde le pongan.....Para cubrir esa deformidad, trae el sombrero muy para delante.

—¡Pobrecito!.....¡Le han hecho un daño irreparable!

Baltazar interrumpe, observa y dice:

«Que le traigan a Pachita, para que a esta Alteza la conozca.

—Que la conozca después.....Ahora está ocupada en la cocina.

Y así era verdad, porque diciendo y haciendo, los llamó a todos a comer.

—¿Llevamos a la Srta?

—No, que le traigan acá la comida.

Todos salen, haciendo una venia a Matilde. Les corresponde ésta.

Cuando llega el turno a Baltazar, dice a fuer de comedido.

—«A lo pie de vuestra alteza».

—¿Cómo me dijo que se llamaba?

—Baltazá, y lo camará me dicen por apodo *golondrino*.

Matilde se sonríe, pero luego disimula, y añade: Agradezco al Sr. Baltazar la atención; y yo, a mi vez, estoy al servicio de Ud. en cuanto me sea dado servirle.

—Agradece a V. Alteza, y sale.

Inmediatamente entran Ignacia, joven de unos diesiocho años de edad, sirviente y Clementina, niña, que entran llevando en una bandeja la comida para la Srta. Matilde Ponen los platos sobre la mesa e Ignacia invita a la Srta. a comer.

—Que se sirva la señorita con confianza.....

—Muchas gracias.....¿Cuál es el nombre de Ud.?

—Ignacia, especial servidora de Ud. en lo sucesivo.

—De igual manera.

A la niña le pregunta: ¿Y tú, cómo te llamas?

—Clinita me llaman, pues soy Clementina.

—Vamos a ser desde ahora amigas muy íntimas.... Porque, a más del atractivo natural de los niños, me has inspirado una singular simpatía ¿Has de venir a mí continuamente?

—Sí, señorita, siempre que mamá me permita.

—¡Naturall!.....Por los trámites justos.

Ignacia advierte a la niña:

—Clime, ya conoces a tu ama, sírvele en lo que te manda.

—Está bien.

—Dejémosle sola, para que pueda comer a gusto.

Salen las muchachas.....Matilde queda sola; pero al mismo tiempo que come, habla consigo:

«Mi espíritu se sobrecoje a la presencia de estos hombres del crimen!.....Sus rostros son espejos vivos de su alma criminal!.....Aquél pobre, que lleva la marca en la frente, no puede presentarse francamente en sociedad!.....Lleva la difamación a todas partes!.....A mí me guarde Dios de todo, y me defienda del crimen!»

En esto tocan la puertaPor lo ledo de los golpes y por la antiplada voz de la que respondía, conoció que era Clementina.

Así fue, y con aquella alegría y aire encantador de los niños, le dijo:

—¿Ha acabado de comer, señorita?

- He acabado, chicuela, muchas gracias.....
Agradece a los señores.
—Voy a llevar los platos.
—Sí, los dejas en la cocina, y te vuelves.
—¡Vuelvo al instante!
—No te tardes, porque quiero conversar contigo.
—Está bien.
Sale Clementina.

**Artículo 20.—Los niños y los locos hablan
la verdad**

Matilde, vuelve a estar sola, y vuelve a hablar consigo mismo: «Estos señores hacen del día, noche. Voy a aprovecharme del descanso de ellos, para averiguar la vida íntima de esta mansión de tinieblas. Los niños y los locos, como dice el adagio, hablan la verdad..... Voy a averiguar al disimulo, los vericuetos de esta oscura mansión».

Vuelve Clementina festiva y risueña:

—Estoy aquí, señorita.

—Ven, hijita, y conversemos un poquito.....

Lo que he notado aquí, hijita, es que a más del nombre propio, tiene cada uno su sobrenombre o apodo..... ¿Cuál es tu apodo, hijita?

—¿No le he dicho, señorita, que me llaman Clime?

—No te pregunto tu nombre, sino tu sobrenombre.

—Me da vergüenza, señorita.

—Connigo no debes tener vergüenza, y me has de decir todo porque es preciso que lo sepa

—Pues me dicen «Sandunga».

Matilde se sonrío.... ¿Y por qué te dicen así?

—Seguramente por mi cabeza desgrefñada.

—No ha de ser por eso..... ¿Sabes danzar?

—Me gusta muchoUno de los señores maneja muy bien la guitarra y bandolín, y a mí me encanta danzar al son.

—Entonces, por esto te llaman Sandunga¿No te parece?

—Así voy maliciando.....Pero yo conjeturaba por mi cabello desordenado.

—En adelante, no has de tener así, sino has de estar muy peinadita y aseada Yo me encargo de este cuidado Por eso ahora, antes de conversar, ve a pedir a mamá peine y agua limpiquita.

—¿Cuál peine le he de pedir?..... Porque tiene varios y con diversos nombres.

—Tráeme el escarpidor.

—Yo no sé cuál se llame así.

—Es un peine grande y grueso, el mayor de todos.

—Pues voy, y vuelvo más ligera que el viento

—¿Cómo me dijo el nombre del peine?

--Es-car-pi-dor.

—Está bien.

—Y tráeme también una cinta.

Sale Clementina, corriendo.

Matilde, sola, exclama:

«¡Es experta, la niña, y encantadora! Tiene un candor angelical ¡Oh si pudiera cultivar bien esta plantita!

Vuelve Clementina y dice:

«He aquí traigo el peine y la cinta.

—¡Vaya, una cinta azul!.....Este color todo lo ameniza!.....Ven acá, Clinita.

Matilde la coje con cariño, y comienza a peinarla con blandura.

—«Yo creo, que en esta cabeza no ha llegado el agua del Bautismo.

—¡Ah, señorita, no me diga así!.....Pues soy muy bien bautizada.....Muchas veces me lo ha afirmado mamá.....Y cada año me cuelga en mi Onomástico.

—¡Magnífico!.....Son señas, que me satisfacen de que eres bautizada.

—¿Y sabes hacer la señal de la cruz?

—Sí, señorita.

Fue nesecario interrumpir la prolija labor de desenmarañar aquel tupido laberinto de cabello, y atender al desempeño de hacer la señal de la Cruz de aquella pequeña creyente.

—¡Vamos a ver, Clinita!

La muchacha se signó y santiguó, aunque con cruces muy mal formadas: Unas tenían más cabeza, que pies. Otras con brazos el úno en el cielo; y el ótro, en el suelo. Otras sin brazo diestro, y otras sin el siniestro. Y ótra hizo con una guiñadita, a que los críticos, en esta materia, llaman cruz de garabato.

—Esto está pésimo, arguyó la hermosa inquisidora, y tomando la manecita de la niña, la enseñó a hacer bien las cruces.....

Recitó también, la niña, en su escaso lenguaje: el Padrenuestro, el Ave María y Credo.

¡Corrientel! exclamó la aristocrática joven, después de abrazar a este ser inocente como amable.....Y prosiguió en su prolija labor; y aunque ejecutaba la joven, con mucha delicadeza, siempre se le escapaban, a la pequeñuela, algunas interjecciones de dolor, las que procuraba acallar, la curiosa aderezadora con dulces palabras y caricias y acudiendo al desempeño de los mórbidos dedos, en vez de los ásperos dientes del escarpidor.....Y así conversando y trabajando, procuraba entreteniendo a la niña, hasta acabar la interesante obra de peinar a la niña. Por lo que procuró entretenerla, aún más conversándola.

«Vamos a ver, Clime, conoces ¿de quién es el retraro de esa señora, que está allá en la pared?

—¿No es de la Virgen María?

—¡Exactamente!¿Y le rezas?

—Todas las noches me hace rezar mamá, al acostarmeY me tiene prometido que me ha de dar unos juguetes.

—Esa señora, no da juguetes, que presto se acaban, sino que reserva unas joyas preciosas que nunca se acaban a las niñas que son buenas y rezan¿Y te ha enseñado mamá, a recibir el pan vivo?

—¿De qué pan me habla Ud. señorita?

—Del pan vivo, de la Hostia Santa, en que está realmente Jesucristo.

—De ese pan no lo he comido, sino del

pan muerto, que hace mamá con la harina, y le cuece en el horno.

De donde colegió la Srta. que no tenía la niña ni idea del gran Sacramento de Amor, y el deseo de la ilustre joven era instruír, lo más que pudiese, a estas olvidadas ovejitas del rebaño de Jesucristo.

En esto había terminado la Srta. la reformadora obra, y la niña unió al atractivo natural de su rostro el encanto del atavío y aseo.

«Ya, ya he terminado la obra! exclamó
¡Qué diferencia de lo que estabas antes!.....
Ahora te pareces al niño Jesús!

—¡Gracias! ¡gracias! señorita.

—Ve, ahora a dejar el peine, y después, te vuelves.

Sale la niña, y vuelve luego corriendo.

—Ahora que estás aseadita y bonita, vamos a conversar.

La pone sobre el regazo.

—¿Cuál es tu historia, Clinita?

—Yo no sé otra historia, sino que Pachita es mi mamá.

—¿No sabes nada del mundo?

—No conozco otro mundo, que el que se ve aquí dentro.

—¿No conoces el que está afuera?

—He sabido que hay otro mundo afuera, sin ponderación más lindo, cuya luz penetra por las aberturas de la bóveda... ..Pero no puedo salir afuera.

—¿Por qué no pides a mamá que te saque?

- ¿Qué me va a sacar, cuando ni ella puede?
- ¿Por qué?
- Porque ni ella sabe el secreto de entrada.
- ¿Por qué no les pides a los señores, que te saquen?
- Ninguno quiere.
- Yo les siguiera callandito.
- Sí he intentado, pero ellos me han bramado y mostrado sus brillantes puñales.
- ¿No has intentado con ótros?
- No hay caso con ninguno.
- ¿Y entras tú a los aposentos de los señores?
- Sí me entro, callandito de mamá; pero un ratico, y nada más; y me vuelvo a salir corriendo; porque mamá me ha prohibido entrar a ningún cuarto, y me castiga, cuando entro.
- ¿Y si los señores te mandan y te llaman?
- Hago el mandado, y salgo pronto; porque así me ha enseñado mi madre.
- ¿Y no te han hecho nada esos hombres?
- No, señorita, porque no me dejo cojer, así me manda mamá.

La astuta inquisidora le hizo otras artificiosas preguntas; y encontró que la niña era aún inocente..... Tendría unos cinco años de edad; y no dejó de admirar la Srta. el instinto, por decirlo así, la inclinación que hay en el hombre para la verdad, el bien y felicidad, que aún en los padres malos y viciosos se advierte, que quieren el bien de sus hijos; y que sean buenos y que no se dañen y perviertan y se pierdan.

—Bueno, prosiguió la joven, lo que quiero preguntarte es ¿quién es la muchacha simpática, que trajo contigo los platos?

—Es Ignacia, y la llaman *Nacha*.

—¿Cómo así está aquí?

—Robada, señorita.

—¿Cómo robada?

—De allá, de esos mundos de afuera, sin quererlo ella.

—¿Y para qué le han traído?

Para mujer de todos, como le han traído a Ud. señorita, para mujer del Capitán.

—¿Y quién te lo ha dicho?

—Así he oído en la cocina.

Matilde se afligió al extremo, y escondiendo su hermoso rostro entre los pliegues del vestido, echó a llorar en silencio... ..Deseó estar sola, y así procuró despedir a la niña: «Te agradezco, Clinita.....Otros ratitos hemos de conversar amigablemente.....Ahora, ve a tu madre.

—Hasta luego, señorita.

Matilde acaricia a la niña y la despide.

Artículo 3o.— Matilde y Nacha

Matilde se hallaba sola, entregada al dolor y sus meditaciones, cuando oyó tocar la puerta. La ilustre joven se restregó los ojos húmedos por las lágrimas. Aparentó serenidad, y reconoció que la que entraba era Nacha, que traía en un aseado vaso de cristal de roca un fresco para la señorita.

«La semejanza de sexo, la dice, y el dulce carácter de Ud. señorita, han despertado en mi alma una simpatía imponderable, y como expresión práctica de mi cariño le traigo esta fresca bebida, considerando que los calores despertaría en un Ud. una sed calenturienta.

—¡Gracias, Nacha, agradezco tu atención; y así es verdad, que me hallo sedienta a causa del calor.

..... Por otra parte, no puedo menos que ser sensible a tu cariño, y así te correspondo, queriéndote..... Siéntate aquí, porque quiero conversar contigo un momento.

—Tendré mucho placer, señorita.

—¿Cómo así estás aquí, querida Nacha?

—Yo soy de un lugar llamado *Aguaclaras*. Mis padres, que eran labradores, se pusieron a servicio de un hacendado rico. Mi padre tomó el oficio de mayordomo; y yo, el de ordeñadora Mi buena disposición de ros-

tro atrajo las miradas de unos mozos de servicio. Algunos de ellos se presentaban en persona a pedir mi mano o solicitaban por cartas. Mis padres, cristianos viejos, siguiendo la costumbre de los antiguos y de la gente campesina buena, que hacen consistir, y no sin razón, la honradez y moralidad en el santo vínculo del matrimonio, me solicitaban casarme.

Yo resistía a todos Sucedió un día, que regresaba de ordeño a mi casa, y me asaltaron en el camino tres enmascarados, me pusieron en vehículo de ruedas; y el paradero fue, verme aquí Y aquí me tiene cautiva y sin esperanza, hasta que Dios se compadezca y me libre.

—¿Y cómo te veo tan alegre?

—Al mal que no trae remedio.

—¿Y cómo te han dejado en paz?

—A trueque de mi entereza.

—¿Y cómo es eso?

—Por temor de la muerte con que me amenazaban, cedí y me entregué a ellos.

—Yo, en tu lugar, más vale la muerte.

—Le parece, señorita, otra cosa es estar delante de una muerte cruel.

—En cuanto a mí, cierto que no podría, por mí misma; pero con el auxilio de Dios y de su Madre. Sma?.....

—Le hemos de ver, señorita, porque le han traído aquí, al mismo destino que a mí.

—¿Cuál?

—A cebar el apetito brutal de estos hombres sin ley ni conciencia.

—¡Espero en Dios y su Sma. Madre!

—Todo será, pero le aseguro, señorita, que es dura la prueba que le espera.... Y prepárese, porque pronto le han de decidir!

Dijo, y se fue llevando el vaso, que había traído.

CAPITULO II

LA PRUEBA

Artículo 10. — Disyuntiva Atroz

Queda sola Matilde.....Se extremece.....
Alza los ojos al Cielo, y exclama:.....

¿Qué me queda?.....Me he confirmado en mi sospechal.... ..¡Débil es una mujer, pero con la gracia de Dios, un héroe!.....¡Cuántas heroínas se han producido!.....¡Las Susanas, las Lucías, las Ineses, y otras!.....¿Qué me queda, sino la muerte?.....Antes morir, que sobrevivir a la ruina del alma y del destino.....¡Morir, que sobrevivir a la deshonra!.....¡Morir, que arrastrar las cadenas de una sobajada servidumbre!.....En mi pecho llevo el talismán precioso, que me ha de dar valor hasta el heroísmo!

En esto oyó rodar el manubrio de entrada.....Y entró el Capitán Sergio.

Matilde se asusta.

«No hayáis miedo, señora, vengo de paz.....En vos está perpetuarla, si hacéis la voluntad mía y lo que es ley entre nosotros.....Y de lo que vengo a hablaros es, que vos mismo consintáis de grado en cohabitar conmigo.

Matilde se extremece, se pone en pie y dice:

«Conozco, Capitán, lo bondadoso y noble que sois, y que yo no tengo sino motivo para complaceros. Pero en esto de cohabitar con vos, os ruego, por lo más querido, que me excuséis.

—No os hagáis desgraciada, señora..... Advertid, que no tenemos otra ley, que la fuerza.....Tener que ser mía o perecer..... Mirad el castigo a que se hacer acreedores los reacios y tercios a las órdenes de la sociedad.

Aquí se dirige el Capitán a un lado de la sala y levanta una puerta levadiza, bajo de la cual estaba un horrible subterráneo.

—Acercaos, señora, y ved:

Se acerca Matilde al borde, y al ver exclama:

¡Qué horrible, señor!

—¿Qué véis?

—¡Una horrenda y profunda cavidad!.....

¡Y allá abajo! ¡Dios santo!.....Esqueletos de hombres!..... ¡Cadáveres medio podridos!..... ¡Calaveras y huesos de hombres en grande número!

—Pues allí, señora, seréis arrojada. ¡Vive Dios!..... Nadie habrá, que os pueda salvar.....Gimiréis, lloraréis, gritaréis, nadie os oirá.....La ejecución es decisiva.....Una vez encerrada en ese subterráneo, no se abre, aunque se desesperen!..... Así que elegid: O ser

sepultada viva en este horrible subterráneo, o ser mía voluntariamente

—Señor, amáis a esa Señora, cuya imagen está en ese cuadro en la pared?

—Sí le amo y le rezo y por eso la tengo aquí.

—Pues por amor de aquella Celestial Señora, perdonadme en mi entereza!

—No puedo Mis camaradas os han destinado para concubina mía; y oponerse a su voluntad, sería perder la dignidad y la vida..... ¿No os digo que es ley nuestra la fuerza?..... Así que, la disyuntiva: ¡O ser mía, o la muerte!

—¡Disyuntiva atroz! Al menos una gracia os pido.

—Decidla.

—Dejadme esta noche, al menos, para pensar y decidirme.

—Está bien, pero pensad con cordura... Que la grandeza del peligro os dé juicio..... Hasta mañana.

—Hasta mañana.

Sale el Capitán y Matilde, puesta de rodillas, y ocultando entre manos su hermoso rostro, queda sumergida en dolorosa y profunda meditación.

Da un paso más, Sergio.

—¡Válgame Dios!.....¡Me amenaza!.....
¡Castañetea, y me muestra sus terribles dientes!

—Pero nada temo!.....El peligro me recrea!
Y da otro paso adelante.

El terrible animal se lanza furioso sobre el Capitán, que del golpe le hizo caer en tierra.

Lanza éste un grito desesperante, y pide socorro a Matilde.

—¡Matilde, socorredme, que me ahoga!

Matilde acude al Capitán.....Acerca al rostro la milagrosa bolsita.....Y ruega a Dios por la salvación del Capitán.

Escuchó el ruego de la coronada virgen.

El ángel deciste luego toda agresión sobre el Capitán

..... Este se levanta conmovido y convulso, y trocado en manso su fiero corazón, pide perdón a Matilde de su osadía y temeridad.

—«No temáis ya nada, mi querida Matilde.....No seré vuestro esposo, una vez, que no queréis.....Seré vuestro padre.....Viviréis a mi lado, libre, feliz, con vuestra entereza, sin que nadie os moleste.....Yo, con mi influencia, conseguiré, que viváis segura y libre..... ¿Estáis contenta, mi querida Matilde?

—¡Gracias os doy, Capitán!

Y se hinca.

—Levantaos, señora,.....Aquí tenéis mi mano.....Os aseguro mi promesa con juramento.

—¡Gracias, Capitán, todo lo espero de vuestra magnanimidad y veracidad!

CAPITULO III

DESOPINADA AGRESION

Artículo 10. — Desesperadas Disposiciones

Los continuos asaltos y hostiles excursiones de los bandidos exasperaron las gentes y se difundió por aquellas comarcas la desconfianza por falta de seguridad, el terror y el espanto por las violencias. Pidieron a voz en cuello a las autoridades la extinción de aquellas hordas de rapiña, la destrucción de aquellas bandadas de fieras humanas sedientas de la sangre de sus semejantes y el castigo ejemplar de aquellos descarados raptos del derecho y la hacienda ajena.

El rey irritado, despachó un fuerte y numeroso destacamento, para que sorprendiese en sus guaridas a aquella chusma de salteadores y limpiasen los caminos y comarcas de aquella plaga de bandidos que impedían el libre tránsito y arrebataban a los pasajeros los haberes y la vida.

Algunos de los bandidos habían caído en los lazos y hábiles estratagemas del gobierno, y compelidos por los tormentos, habían declarado todo, y servían de guía, para descubrir la guarida, y estudiar el modo de sorprenderlos, de manera que fuesen capturados sin escaparse ninguno.

A pesar de tan exquisitas providencias, logró escaparse úno, quien dió noticias de todo al Capitán. Este comprendió la grandeza del peligro, y estudió el modo de remediarlo, al menos para salvar el bulto.

Domingo, que así se llamaba el bandido escapado, enteró al Capitán de la situación en que se hallaban, y relataba las estratagemas del gobierno, para capturarlos a todos.

El Capitán, que era hombre de corazón, conservó su sangre fría, lo que permitió, que discurriesen prudentemente en tan peligroso trance.

—¿Domingo, qué otras cosas has notado?

—Que estamos rodeados de gente armada Estudian por todos lados nuestro laberinto, y lo peor es, que los nuestros compelidos por el miedo y los tormentos, han declarado todo, y les sirven de guía, para descubrir nuestras salidas.

—¡Vamos a ver, una salida de escape tenemos, la más socorrida para nosotros, por ser que va a dar a lugares desiertos e inopinados Puede ser, que no hayan dado con ella. Exploradla al momento, que si la encontramos expedita, está todo salvado.

—Voy al momento, Capitán, Y vos, Señor, con vuestra calma acostumbrada, discurrid con el acierto posible ¡Ojalá nos salvéis en estos extremosos casos, como nos habéis salvado otras veces.

—Este peligro que nos amenaza, es a mi juicio, irremediable ¡pero ánimo!.....La inminencia del peligro aguzará mi ingenio y dará bríos a mi valorNo hay que perder tiempoVe, tú a lo que te ordeno, mientras yo pienso la manera de ponernos a salvo.

Sergio, que hasta entonces había sabido conservar su serenidad, ahora se hallaba sumamente cuidadoso y conmovido, y comenzó a decir dentro de sí mismo: «El corazón es leal.....ahora sí, que me anuncia una catástrofe!.....¿qué esperanza nos resta?.....Nuestras entradas y salidas están custodiadas de gente armada y enemiga! El asedio se empeña con actividad! ¿Qué esperanza nos resta?Cuando los extraños nos asedian más fácil es evadirnos; pero cuando los propios ayudan a seguir la pista, qué difícil es evitarla!.....En todo caso, ¡serenidad y sangre fría!

En esto vuelve Domingo.

—«Señor, estamos perdidos!..... La única esperanza que nos restaba, el callejón de escape, está también custodiado!

—Domingo ¿no te parece un horado?

—¡Quién sabe, si nos den tiempo!Con todo, voy a activar este medio!

—Pero, escuchad.....Se oye rumor de pasos a la puertaVed, qué es aquello?

—Son los otros camaradas, que ocurren en tropel.

—Hazlos entrar.

Entran azorados y en tropel:

—«Capitán, las circunstancias urgen!.....

Se oyen golpes cercanos practicados en las breñas vecinas con barra ¿Qué nos queda sino la fuga?

—Ya he dado orden, que practiquen un horado hacia afuera.

—No hay tiempo, puesto que el rumor de los golpes se hacen más perceptibles..... ¿No oís, van a entrar luego, y van a cogernos desprevenidos?

—Pues no nos resta sino batirnos y aperciéndonos..... Conservad valor y serenidad..... Llamad a prisa a los demás camaradas, para ordenar lo que conviene hacer.....

Salen y queda el Capitán pensativo, acodado sobre una mesa.

Después de un momento acuden todos reunidos.

Los hace entrar y les dice:

—«Sentaos un momento, Camaradas.....

Ha llegado para nosotros el momento supremo, la decisiva para nuestra suerte!..... ¿Oís Se perciben cada vez más distintos los golpes del horado Lo que conviene hacer, y lo más pronto, es asegurar como podáis, las cosas de valor..... Poned a las mujeres en un lugar seguro y apartado..... ¡Pudiera ser, que menores en número, los enemigos, nuestro valor y pericia en el ejercicio de las armas los arrollen a todos!..... Entonces nuestra victoria será más gloriosa!..... ¡Apresuraos!..... Apresad vuestras

armas!... Salid todos armados al patio central, como lugar de reunión.....Resistid unidosLa unión hace la fuerza!

Todos hacen una venia y salen.

El Capitán habla consigo mismo:

«¡Jamás nos ha amenazado un peligro tan vehemente como éste!.....¡No se vislumbra una pizca de victoria y salvación!.....¡Nuestro valor!.....¿Si son muchos?.....¿Ocultarnos?.....Dieran con nosotros.....¡No nos queda sino batirnos!.....Morir como valerosos, como héroes!.....¡Morir con muerte gloriosa!.....¡Mas,¡Siento tropell..... Son los míosVuelven armados!

Entran toda la bandada, y dicen:

«¡Capitán!..... ¡Ha llegado el momento!..... ¡Penetran por el horado!

—¡Valor y serenidad!..... ¡Acudid todos unidos!.....Y batirlos!.....Antes que se engrosen en número!

Acuden todos, y en orden acometen a los intrusos.....Cayeron los primeros enemigos a los formidables golpes de la bandada. Pero como los contrarios eran muchos en número, a los caídos les sustituían otros de refresco Eran como las olas del mar, que si unas caen y desaparecen, vienen otras más altas y formidables.....Hasta que lograron penetrar toda la formidable guarnición del gobierno..... La bandada de los salteadores se batían como un muro impenetrable de armas blancasLos contrarios entraron a bayoneta.....Era de ver

el valor y pujanza con que se batían aquel puñado de valientes salteadores!

Los del gobierno prefirieron más bien ahorrar sangre y por el deseo de cogerlos vivos, emplearon un recurso moderno y muy a propósito para estos casos.

Atados a las narices singulares vendas, exclamaron:

¡Vivan los gaces aletargantes!.....¡Viva la justicia!.....¡Viva el rey!.....Y emprendieron en la combustión y explosión de aquellos misteriosos gaces.

Los de la bandada de ladrones comenzaron a palidecer, a tambalearse y caer en tierra unos al lado de otros, y todos quedaron aletargados y aerrojados como si fueran de carne momia.

Los de la escuadra regia emprendieron a atar con cordeles a los bandidos para llevarlos vivos a justicia.

Y emprendieron después en la exploración y captura de los seres y objetos de aquella mansión de tinieblas y del crimen.

Numerosos como eran los de la guarnición, se repartieron en grupos en diversas direcciones.

FIN DEL LIBRO CUARTO

LIBRO QUINTO

OTRA VEZ LA CORTE DEL REY ESTEBAN

CAPITULO I

EXPLORACION E INTRIGAS

Artículo 1o. — En Casa de su Padre

Los soldados del destacamento examinaron escrupulosamente los aposentos, los antros y vericuetos, de aquel lugar que por tanto tiempo había ocultado las sombras del misterio y del crimen: ¡Qué de riquezas encontraron, qué vestidos y mercaderías hacinadas! ¡qué joyas y objetos preciosos! Las cosas preciosas fueron trasladadas a palacio, las mercaderías, vestidos y vituallas al Fisco y lo demás sirvió de botín al destacamento victorioso..... Los bandidos, sin exceptuar úno solo, fueron enviados a manos de la Autoridad, la que, para escarmiento y seguridad en lo sucesivo, les hizo ahorcar publicamente y exponer sus cadáveres por espacio de dos días al público.

Matilde, como era criatura inofensiva, inocente, piadosa, y que con todo fervor se había encomendado a Dios en las hórridas ondas y tem-

pestad, que entonces había azotado su vacilante navecilla, Dios la tomó a su cargo y la dependió de todo, aún prodigiosamente, en los mayores peligros. Su Divina Providencia hizo que el comedimiento de ella, su candor y hermosura y principalmente sus poderosos ruegos moviesen el corazón del jefe del destacamento, quien dispuso fuese llevada a palacio, para el servicio del rey. Por recomendación del jefe fue tratada con consideración y respeto, y hasta mientras, fue confinada en un lugar honorífico del palacio.

Aquí aparece Matilde sola, sentada en un sillón, junto a la imagen de Jesús Crucificado. Estaba sumamente temerosa y persuadida de que se le había confinado allí, como en capilla, esperaba, por momentos, el fin desastroso que habían tenido sus compañeros. Inquieta y temerosa habla consigo mismo: «Nerviosa y convulsa abro mis ojos en este nuevo recinto!.....¿Cómo puede estar tranquila con el trágico fin que me espera?.....¿Soy por ventura más feliz que mis compañeros?.....¡Y estos pobrecitos, de los que sobrevivieron al combate, todos han perecido en la horca!.....Pero, Señor, morir violenta e injustamente.....Esto si rehusa el ánimo inocente!.....Pero, Tú, Señor ¿que hiciste? ¡moriste en el patíbulo más doloroso y afrentoso!.....Me resigno, Señor, la muerte espero!.....Dame valor..... Junto a tu cruz mi cruz espero!

Entran de afuera y dice úno:

—¿Qué habla Ud.?.....Tengo buen ánimo, señorita.....Ud. es la excepción.....No tendrá

el triste fin de sus compañeros culpables... ..No morirá ¡vive Dios!.....Porque ha hallado gracia a los ojos del rey y de los míos.....Los buenos informes le salvan.....Ha hallado gracia a mis ojos y me ha inspirado simpatía, por parecerse Ud. muchísimo a la princesa Matilde, hija del rey.

—¡Cómo!.....No sólo me parezco, sino que soy la misma.

—¡Santo Dios!.....¿Qué me dice, señorita? ¿Cómo puede asegurarme esto?

—¿No es Ud. Carlos?

—¡Efectivamente!

—¡Poco ha cambiado en mi ausencia!

—¿Dónde me conoció señorita?

—¿No me dió Ud. esta milagrosa bolsita?

—¡Sí Ud. al partirl!

—¡Ciertamente es la princesa Matilde!.....

No es sino la sin par princesa Matilde!.....¡Tan extrañada por mí.....¡Y tan llorada por su padre!.....Permita V. Alteza, que me hinque en vuestra presencia y bese vuestra regia mano!

Se hinca Carlos y besa la mano de la princesa.

—Levantaos, Carlos,.....Tratadme con más llanezaAhora no voy, sino lo que ahora represento!.....Abrazaadme, eso sí, como si fuera una hermana!

Se abrazan un momento, con aquel dulce éxtasis que sólo saben los que de veras se quieren.

Carlos quebranta el silencio de esta dulce quietud, y dice:

—«Estáis, reina mía, en vuestra casa.....En
vuestro palacio.....En casa de vuestro padre.

—¿Vive mi padre?

—Vive en salud y prosperidad, porque ha
alcanzado sobre los Socialistas un triunfo ex-
pléndido y completo.

—¡Padre mío!.....¡Cuánto ansío verlo!

—¡Pobre padre!.....Vivía inconsolable.....
Y muchas veces en el retiro y en medio del si-
lencio repetía vuestro nombre con lágrimas.

—¡Padre mío!

Oculto el rostro en el pañuelo, y se entrea-
ga al llanto.

—¡Pobre niña!.....No lloréis.....Volveréis
a ver a vuestro padre.....Volveréis a darle vi-
da para muchos otros años con vuestra presen-
cia.....Lo veréis, pero esperad un poquito.....No
conviene que os déis a reconocer muy pronto.

—¿Por qué?

—Obtendré, mediante Dios, el triunfo com-
pleto sobre los enemigos del rey A los So-
cialistas les puse en vergonzosa fuga; pero restan
los Måsones, los Anarquistas y otros de la mis-
ma harinaAcaso yo soy el escogido por Dios
para poner en derrota a estas legiones del In-
fierno.

—Gracias CarlosDios está contigo.....
Y esto que no tenéis la milagrosa bolsita.....
Ahora es el tiempo de devolvértela, besándola
agradecida¡Qué prodigios no me ha prodigado.

—¡Todo es cuestión de Fe!.....Me alegro
que os haya servido.....Yo espero en la pro-

tección del Cielo que me seguirá protegiendo para asegurar el trono de vuestro padre de las violencias removidas del infierno Entonces en paz, ya será otra cosa El me ha prometido que si triunfo, él me ha de conceder una gracia regia, una gracia extraordinaria..... La que yo pida.....¿Qué gracia pediré, sino la mano de V. Alteza?

—Gracias Carlos.

—Entretanto hay que disimular y esperar un poquito, ocultándolo todo.

—Decís bien.....Empeñad vuestra palabra.

—Esta mano, cuya honradez y decisión por vos, conoce V. Alteza.

Se estrechan las manos.

—Retiraos, Carlos Oigo pasos.....Salgamos los dos por esta puerta excusada.

Salen ambos.

Artículo 2o. — Aniceto y Boberques

Habiendo sufrido, Aniceto, la más vergonzosa repulsa, por parte de la princesa, disminuyó algo el amor por la princesa, pero se aumentó el odio y los celos contra Carlos. Así que no buscaba sino una coyuntura y ocasión propicia para desacreditarle y perderle... Se había coligado y convenido con Boberques, otro criado de palacio, para llevar a cabo sus retorcidos designios.

Entra Boberques donde Aniceto. Este agasaja a su amigo, señalándole asiento y brindándole un escojido cigarrilloIban interceptando bocanadas del aromático cigarrillo con las palabras de la amigable conversación.

—¿Cómo estás, mi querido Aniceto?

—Muy mal, y te confesaré la causa.....

Me dejo ganar de mi precoz pasión..... Y siento que los celos, la emulación y envidia encienden un volcán explosivo en mi pecho.....Todo esto perturba la paz de mi alma.

—Y esa emulación ¿con quién es?

—¡Bal.....Con Carlos, que tan encima pisa sobre nosotros.....¡Un advenedizo!.....Y ahora campea con los reyes y las reinas.....Y a nosotros nos mira con el rabillo del ojo, si no nos mira como a basura.....Yo, en verdad, he deseado deshacerme de él.....Yo incité al rey, para que le enviara a la guerra, con la esperan-

za, a mi vez, de que fuese carne de cañón..... Pero me salió mi sueño muy al revés; porque no sólo no ha muerto en la guerra; sino más bien, gracias a su inteligencia y despejo, a su valor, sobre todo, a la capa de la buena suerte, ha obtenido un brillante triunfo sobre los Socialistas y Comunistas, y los ha hecho correr muy lejos; a estos que en otras partes, han hecho alarman-tes estragos.....Y ahora es respetado y estimado de todos.....

Ante el rey, ni se diga, a más de la estima en que le tenía, ha conseguido ahora gran- de influjo ante S. Mjtd. tanto que por el triun- fo alcanzado, piensa elevarlo más, acaso al pri- mer puesto, y le ha prometido una merced ex- traordinaria, a beneplácito de Carlos De ma- nera, que si a este le viene el deseo de desa- sirse de nosotros, que tanto le molestamos, lo hará muy bien. Esto saliendo con felicidad nos- otros, si no nos ajusta el gañote en la horca de la justicia.

—No temas, Aniceto, tengo entre manos un buen proyecto La cuestión está, hacerlo ma- durar bien..... Sabes, los Masones y Socialistas me han conquistado para matar al rey y Carlos Y, a mi me parece no serme muy difícil..... ¡Va, con prodigar una pósima en la comida o en la cerveza, les hago beber la muerte.....! Pero matar al rey, eso no!..... He recibido del rey mer- cedes señaladas!..... De manera, que he rech- azado considerables sumas de dinero, que han que- rido propinarme con este objeto..... Sólo me he

comprometido a franquear las puertas a los Socialistas y Comunistas, que van a caer de improviso sobre palacio..... Tú, por tu parte, me ayudas a operar con arte..... Echas ojo al rey, y diriges disimuladamente a la multitud al aposento regio..... Si la acción triunfa, fuera del dinero que nos han de dar nos ofrecen una casa central, de esas arrebatadas a los poderosos, y una finca y los primeros empleos del gobierno..... ¿Te parece esto pelo de cochino?.... Entonces al tal Carlos le hemos de aventar como una plumita al sople del huracán.

—Dices bien, mi querido Boberques Todo está muy bien, sólo falta llevar a cabo la ejecución..... ¿Y cuando será el golpe?

—Lo más pronto, porque los Socialistas y Comunistas, hordas del Infierno, por fuerza tienen que ser como su jefe, hijos de la soberbia. ¿Y estarán quietecitos después de semejante derrota?..... Están como toros heridos por la garrocha Quieren pues, lavarse, cuanto antes, de las manchas de la ignominia..... Pero quieren hacerlo todo a buen seguro, para que el golpe no fracase..... Así que paciencia!... .. Cuando sea hora nos avisarán..... La señal será la explosión de una pieza de artillería..... Entonces tú, dejas tu pesadez, y rápido vienes donde mí, para poneros de acuerdo.

—Descuida, chico, desde ahora voy a ponerme más expedito Y, a la lucha!

—¿Y si fracasamos?

—¡Val!.....La fuga será nuestra salvación
Pasarán las reprimendas; y una vez en paz,
 dirigiremos a mejor norte nuestro destino.....Te-
 nemos buenos fundamentos, buenas habilidades
Yo, como sabes, entiendo a la perfección la
 pastelería y amaso el pan, que no han podido
 igualarme ninguno..... ¡Val! panadero de palacio!
Y tú, no hay que decirlo, fabricas la cerve-
 za, mejor que la marca AlemanaEstablecere-
 mos un *Restaurant*.....Y creo que nos irá muy
 de perla con estas dos grandes habilidades.

—¡Bien está la trama!..... Procura solidifi-
 car y afirmar nuestros proyectos.....Que no sean
 castillos en el aire.....Mucho va de la especu-
 lación a la práctica.....De lo ideal a lo real.

—Descuida, hijo, voy a despejar mi activi-
 dad y energía, para que en todo sentido nos pro-
 porcionen los planes un cambio de felicidad y
 ventura!..... Te encargo mucho sigilo, mucha pru-
 dencia Con Carlos mucha indiferencia No
 des muestra de prevención hostil, para que, cre-
 yéndonos amigos, caiga confiado en nuestras
 redes.

—Me portaré cazurro y reservado.

—En este supuesto, me marchó..... Ya me
 suena la hora.....Hasta otra vista.....

—¡Hasta la vista!

CAPITULO II

D E S E N L A C E

Artículo 10. — Rayos de Júpiter Beligerante

Carlos no había sido instruido en la teoría de la táctica militar, pero como esencialmente es práctica, más le había dado la práctica y ejercicio de la guerra, que todas las reglas de memoria; pues, como dicen vulgarmente, no hay mal, que para bien no venga: los peligros de la guerra, en que le habían puesto, los enemigos y émulos de Carlos, le valieron a éste, para perder el miedo y desarrollar el valor con prudencia; esto es, atacar, defendiéndose, o acometer con tino. El valor que había mostrado, al mismo tiempo la prudencia y habilidad en la guerra, le valieron, que le confiaran el comando en lo poco, y después, en lo mucho; porque después de una porfiada guerra, en varios ataques logró dar al rey un triunfo completo sobre sus enemigos.

.....Pero, a mí me parece, una especial Providencia de parte de Dios, que aunque permite que los buenos sean probados y purificados como el oro en el crisol; pero ahora la Providencia de Dios fue dar el triunfo y la exaltación de la buena causa sobre los sectarios del error y los Socialistas.....Dios se vale de medios débiles, para grandes empresas,

y este es un medio muy ordinario en El, para que el hombre no se atribuya a sí la gloria y para que se patentice la sabiduría y protección con que gobierna a sus elegidos. Así para derribar a un famoso guerrero, fuerte y veterano, y para dar gloria a su pueblo de Israel, se valió de un muchacho, de un pastorcito, manejando sólo la honda pastoril..... Así también Dios quiso ostentar su poder y su influencia por la buena causa en esta ocasión valiéndose de Carlos, joven inexperto en la milicia y sin estudios preliminares, manejando únicamente la honda pastoril de la oración y la confianza en Dios.

El rey muy agradecido, después del triunfo tomó a Carlos, y le dijo:

— «Carlos, hijo mío, no se cómo agradezco por tan grandes servicios tuyos, en especial, por el triunfo obtenido sobre los Socialistas..... Pero, con tantas noticias narradas sobre el triunfo, quiero una narración auténtica tuya.

— Lo haré, Señor, de buena gana:

Como muy bien sabe S. Mjtd. nos hallábamos asediados por las fuerzas enemigas; y ya el hambre y la sed comenzaban a hacer horribles estragos Se vió la necesidad de reunir de los nuestros un ejército de refresco, que saliendo a merodear fuera de línea, llamasen la atención a los sitiadores y los tentasen abandonar el asedio..... Yo fuí llamado para este desempeño, y con la ayuda de Dios

y prudentes precauciones, salimos fuera de asedio y atacamos a los asediantes. Estos nos acometieron, a su vez con furor.....Nosotros íbamos retrocediendo con tino, fingiendo la retirada. Cuando les arrastramos a conveniente distancia, volvimos cara contra ellos. Los nuestros, de la otra parte, salieron también de la línea de sitio, y atacaron con denuedo. Cogidos, los enemigos, a dos fuegos, fueron destrozados, y después el triunfo fue completo..... Supongo, que ya vencidos completamente, no levantarán cabeza, pero no hay que dormirse con falsa seguridad.

—Te doy, hijo, las debidas gracias, y ahora quiero, que me pidas la gracia extraordinaria, que te ofrecí; y tú ya habías de haber pensado.

—Sí, ya la he determinado.

—¿Cuál es pues la gracia que pides?

—La mano de la princesa Matilde.

¿Qué me dices?.....¿No sabes que ya no existe?

—Existe.

—¿Tú sabes acaso?

—Lo sé.

—¿Dónde?.....Dime por piedad.

—Aquí está en palacio.

—¿Aquí?.....¡Buen Dios!.....¿Cómo así está aquí?

—Entre los capturados de los bandidos.

—¡Pobre hija mía!..... Cualquiera que haya sido la suerte de ella; pero ¡qué viva!.....

Lo que quiero es verla y abrazarla..... ¿Está ella a la mano?

—Tan a la mano, que la traeré este momento.

—¡Traédmela por Dios.....Que ansío verla!

Sale Carlos, y queda solo el rey, que dice:

«Es Carlos un muchacho muy bueno, muy listo y providencial!..... Sin él, hubiese vacilado mi trono..... Como han zozobrado de otras naciones..... Pero, gracias a Carlos, no sólo me veo libre de mis enemigos, pero espero terminarlos, gracias al influjo de Carlos..... Que la buena estrella suya brille siempre en mis estados.....Y si mi hija vive, y está aquí, como Carlos afirma, la he de desposar con Carlos, a quien le tengo como hijo adoptivo.....»

En esto se oyen tiros, defonación y descargas.

Entra Carlos y exasperado, exclama:

«¡Señor!..... Los Socialistas invaden el palacio!..... Vtra. Mjtad. se ponga en salvo..... Se esconda o huya..... Deme su real corona, su capa y el cetro de oro y se trueque con mis vestidos..... Yo me quedo aquí, haciendo la persona de V. Mjtad., para despistar al populacho.

Se cambian súbitamente los vestidos, y el rey se escapa por una puerta excusada. Y queda Carlos vestido de rey.

Entran en turba el populacho, y Carlos, levantando la voz, pregunta con energía:

«¿Qué buscáis, canalla?»

—El populacho: ¡Viva la república!.....
¡Abajo el rey!

—Carlos: ¡Miserables!.....¡Viva el rey!.....
¡Viva la Religión!

En seguida con viva fe y confianza acude a la prodigiosa bolsita, y la hace ostensible a la multitud.....Y ¡cosa maravillosa! ésta se siente atacada de una fuerza superior e invencible que les compele a dormir y desfallecer, y caen todos en masa sobre tierra sin sentido.

En este momento entra el rey a lo militar con la fuerza de tropa, y exclama: ¡Viva el rey!.....¡Vivan los gaces aletargantes!

—¡No!.....Es efecto de la sagrada bolsita!.....Están aletargados solamente!

—Que los aprisionen inmediatamente.

Los del rey se apoderan de los caídos, los atan y los ponen en lugar seguro.

El rey en su ardimiento y entusiasmo encabeza las tropas, que se hallaban preparadas y a mano.....Acometen a las tropas rebeldes, que se hallaban estupefactas y confundidas con los sucesos maravillosos y adversos. Y los del rey los acometen con denuedo, que en breve fueron desbaratados y dispersos por la poderosa artillería.....Cayeron los más como débiles cañas heridas por fulmíneos rayos. Y los Socialistas, Comunistas y el populacho se pusieron en fuga como un puñado de plumas al soplo del Aquilón impetuoso.

Con esto obtuvo el rey un triunfo brillante y completó la ruina de sus enemigos.

Artículo 20. — En brazos de su Padre

El rey descansaba de sus agitaciones a la sombra de las guirnaldas y laureles del triunfo; pero no podía gozar completamente de sus prosperidades con el recuerdo de su hija. Deseaba saber los encadenados sucesos, desde que se separó de su lado, hasta que volvió a traspasar los dinteles de la casa paterna..... Deseaba ver aquella imagen celestial, que había desaparecido mucho tiempo del altar amante de su corazón..... Deseaba estrechar a su pecho a la parte querida de su ser, al objeto parcial de su felicidad, al ser que extrañaba y a quien evocaba ansioso en los insomnios de las tinieblas de la noche..... Y que ahora iba a hacerse real el objeto de sus ansias y deseos; y así lleno de esperanza exclamaba:

— «En medio de encontradas impresiones se me sobrepone el recuerdo de mi hija..... Quiero saber de ella..... ¡Matilde, pobre hija mía!..... Yo la juzgaba muerta..... Y ¡eh aquí que vive!..... ¡Ojalá que la degradación moral no le haya hecho descender de la alta alcurnia de su dignidad!..... Pero si esto ha pasado..... Al menos que viva!..... Con esto me contento, cualquiera que sea la situación en que esté!..... ¡Dios mío, tocan la puerta!..... ¿Si será ella?..... ¡Adentro!

Entra Carlos.

—Dios guarde a V. Mjtd.

—¿Qué dices, Carlos?

—Está ya aquí la princesa Matilde.

¡Por Dios!.....¡Hazle entrar!

Entra MatildeSe acerca a su padre y se arroja a sus pies.

—Levántate, Matilde, hija mía.

Se levanta y exclama:

—¡Padre mío!

—¡Hija mía, Matilde!

Se abrazan estrechamente y permanecen un momento en dulce enajenación y silencio.

El rey quebranta el silencio de esta grata emoción, y dice:

—«¡Qué felicidad, hija mía.....!Después de tanto tiempo!..... Yo te creía muerta.....Al menos estuvieras destruída y desmedrada.....Y estás aún más fresca y más hermosa.....El candor de tu rostro demuestra la sanidad de tu alma.....Bienvenida seas, hija mía.....Alegra con tu presencia el resto de vida de tu padrePero, dime ¿cómo así has vuelto después de algún tiempo, al seno de tu padre?

—Con la bandada de ladrones, que les capturaron y sacaron de su guarida.....Ellos han sido ahorcados; y la divina Providencia me ha traído para acá.

—¿Cómo así?

—Que lo refiera Carlos.

—Cuéntame, Carlos ¿cómo así le has traído por aquí?

—Ignoraba que fuese la princesa Matilde, y sólo era alguna parecida. Viéndola tan hermosa, tan moderada, tuve lástima e informados por las buenas recomendaciones, le trajimos a palacio para el servicio del rey, quien se alegraría, viéndola tan parecida a su hija.....Mas resulta que ha sido la misma princesa Matilde.

—¡Magnífica casualidad!.....Pero dime, hija mía ¿cuál ha sido la causa de ir a parar al laberinto de ladrones?

—Huyendo de vuestra ira, por mi desobediencia, caí en manos de ladrones.....Dios guardó mi honor y entereza milagrosamente por medio de un ángel.....Los bandidos me respetaron después, y me cobraron afecto.....Y ahora me ve, padre mío, sana y salva.

—Dios lo hace todo, hija mía, y su Providencia te ha traído aquí para consuelo de tu anciano padre, y para recompensa de Carlos, a quien le debo todo, pues gracias a su valor, a su prudencia e influjo benéfico de Dios, me veo libre de mis enemigos. Sin él hubiera tenido mi trono la misma suerte, que de las demás naciones, que han sido víctimas del Socialismo, Masonismo, Republicanismo y otras pestes sociales del Infierno

Ahora, no te parece, que debo premiar a Carlos.....¿Qué premio le pudiera dar?

—Aunque le dierais la mitad de vuestro reino, no sería digno premio.

—Pues ese premio eres tú, hija mía.....

El ha pedido tu mano ¿Vacilarás en concederle?

—De ninguna manera..... Si esta fue la causa de disgustaros la primera vez, y salir de casa..... Si ahora nos concedéis ¿qué otra cosa quiero?..... He aquí mi mano.

—¿Aceptáis, Carlos, hijo mío?

—Agradezco a la bondad de V. Mjtad..... Esta fue mi petición; y ahora no tengo sino motivo de agradecimiento para con V. Mjtad. por tan señalada Merced.

—Pues bien, tomaos las manos.

Se estrechan las diestras.

—Como entre Católicos, por formal que sea el contrato matrimonial, fuera de la Iglesia de Jesucristo y fuera de Sacramento es nulo, esta manifestación de vuestras voluntades, lo legitimaremos, celebrándola como Sacramento en presencia del ministro de la Iglesia católica Y como a una reina reclama por esposo a un rey, voy a constituir a Carlos, nada menos que príncipe administrador..... Hazme entrar a la corte, Carlos, y a los representantes de mi reino, que los tengo aprestados en el salón de la recepción real.

Carlos hace una inclinación al rey y sale.

Artículo 30. — El Tálamo de la Tumba

El rey, luego que salió Carlos, se puso a hablar con su hija: «Este mozo es digno de todo Es un joven excelente, extraordinario y providencial Verás, cómo me ayuda a gobernar maravillosamente!..... Tengo fe en él Tengo confianza: El lo ha de hacer con éxito nada común y progresivo Voy a descansar en él, hija mía

En esto oyen rumor y tropel de la corte que venía.

El rey los hace entrar..... Carlos los encabeza.....

El rey los hace sentar, y Carlos los ordena.

El rey les saluda y dirige este razonamiento:

«Dignos cortesanos míos:

Yo estoy ya muy viejo, y el gobierno me es más penoso cada día Los cuidados individuales, como muy bien lo sabéis, son espinas que le punzan a uno cada día; pero los de todo un reino, son dardos que le hieren en todas direcciones..... De aquí no me admiro, que varios monarcas envidiaron la paz y seguridad de los campesinos, de los labriegos y pastores; y otros de buena gana trocaran el dorado cetro con las humildes llaves de un portero de convento. Y sin embargo, no hay cosa más deseada y envidiada, que la dorada corona de púrpura

ra y el cetro de pedrería; y no saben que la corona aprieta a la cabeza por dentro con espigas de lúgubres pensamientos, amargas sospechas, inquietos temores, resentidos, rencores, venganzas..... El brillo de la púrpura encubre un corazón llagado, apretado, lacerado El trono vacila removido por la ambición y codicia, por la envidia de muchos, por los que aspiran a ser iguales..... El monarca tiene que ser por fuerza, suspicaz, desconfiado, uraño. . . Debajo de los vestidos de sus cortesanos, y de los que vienen a verle, le parece, que traen ocultos un puñal homicida, el arma de fuego mortífera O que estalla aquí la granada explosiva, la dinamita destructora y traicionera Debajo de la almohada del lecho cree que se oculta alguna maligna serpiente o un puñal amenazante..... Debajo de la dorada cama recela oculto un disfrazado verdugo, o enmascarado matón, que les asecha..... En las comidas y bebidas recela el verdugo alevoso y hasta el maléfico diabólico En una palabra, tiene sobre la cabeza constantemente la amenazante espada suspendida de un hilo! ¡Oh cuántos monarcas han sido víctimas de la traición y malignidad! En esta misma corte, cuántos reyes han tenido un fin violento y desastrozo y han teñido con la sangre los dorados peldaños del ambicionado trono..... ¡Oh cetro, cetro! ¿Cómo no estudiaron manejarlo con acierto? y pocos dieron a manejarlo con tino! Algunos creyeron mantenerse seguros en el puesto, manejando profusamente la fuerza y energía, y se hi-

cieron tiranos, y se volvieron odiosos, y sus violencias fueron a estrellarse en ocultas rocas o recios pedernales..... Otros buscan seguridad en la suavidad, tolerancia, y gobernaron con riendas de seda o dorado filamento, y dejeneraron en débiles; y hasta la plebe se atrevió a asertarles bofetadas ... ¡Oh qué tino se requiere para gobernar!.....¡Qué seguridad! ¡Qué prudencia!.....Aquí, más que en ninguna otra cosa, se requiere dar con el medio.....Sobre todo se requiere el influjo de Dios, un don especial para gobernar; sobre todo, en los difíciles tiempos modernos! Yo, deseando descansar un poco, y gozar un poco de paz, siquiera en los últimos días de mi vida, voy a encomendar el gobierno de mi reino a mi hijo adoptivo, Carlos, que está aquí presente, a quién le constituyo *rey administrador*Acabáis de presenciar sus brillantes victorias, y el valor y sagacidad con que se ha desempeñado en los cargos que se le ha encomendadoNo dudo que por su prudencia y valor manejará, con ventaja los intereses de la nación, y la conducirá gradualmente a la cumbre de la felicidad y del progresoY como va a contraer matrimonio con mi hija Matilde, el Rmo. Metropolitano, va a legitimar católicamente el enlace, y a coronar a Carlos por rey administrador.....

—¿Aceptáis, cortesanos mi propuesta?

—Aceptamos con entusiasmo.

—¿Os parece bien el nuevo rey?

—¡Viva el rey victorioso!

—¿Juráis obediencia y sumisión?

—Obedeceremos sumisos.

—Entonces que entre el prelado.

Entra el arzobispo con todo su séquito, se ponen en el orden indicado en la primera vez del matrimonio, y luego presencia el matrimonio el Prelado, y como la primera vez pregunta a la princesa ¿si quiere contraer matrimonio, según el rito de la Iglesia Católica?; pero aquí Matilde de ninguna manera dice no, sino que a todo dice: sí, sí Con la bendición del Prelado quedaron católicamente casados. Luego el arzobispo coronó cristianamente a Carlos, y este quedó constituido rey administrador del reino.

Después del matrimonio se sientan los reyes en tronos.....El pueblo viva a los recién casados Y el pueblo entusiasmado siguió dando vivas, urras, levantando en alto los sombreros y poniendo al extremo de los bastones las gorras y sombreros.

Todos cumplimentaban al nuevo rey Carlos, y entre los que se acercaron, se llegó uno, y le ofreció con la siniestra un ramillete; mas con la diestra le asestó una tal puñalada en la parte superior del abdomen, en la parte que llaman boca del estómago, que hizo prorrumpir al paciente un desesperado grito. Fue herido de muerte, pero no murió al instante, y así procuraron con todo empeño salvarlo; pero fue imposible, y a poco menester murió en brazos de su regia desposada. Así se convirtió en funeral la fiesta y gozo del pueblo entusiasmado.....

Artículo Final. — La pasión ciega y un abismo
lleva a otro abismo

La princesa Matilde se hallaba en su aposento atravezada el corazón de dolor..... Sus ojos estaban alterados de tanto llorar..... Su rostro estaba pálido por la falta de sueño..... Era menester separarse, y así se aderezaba para asistir a los funerales de su esposo..... En esto oyó, ruido y rumor de pasos en su trascámara..... Se presentó Aniceto..... Se había ocultado en su aposento..... Pero diantre!..... ¿que causa tenía? ¿qué intento llevaba?..... Traía pérfidas intenciones..... El demonio de un amor impúdico había cegado su mente y pervertido su corazón..... No sólo no respetó a su real señora, pero le ultrajó por su atrevimiento y descaro..... La pobre niña que se veía sola, en presencia de de un hombre audaz y mal intencionado, comenzó a temblar, y no de otra manera estuvo, que como está la tímida paloma en presencia del amenazante milano..... Gritar no podía, porque veía el arma con que le amenazaba su diabólico tentador..... Huír sería su muerte..... De improviso se lanzó su agresor lascivo, y abrazó a Matilde..... Trocóse el temor de ésta en furor, y se puso furiosa como una leona..... Se sacudió con vigor, y sacando una daga de puño de diamantes, que en la faltriguera llevaba de reserva, acometió a Aniceto..... Este vién-

dose urgido, no tuvo otro medio que arrojar a quema ropa un pistoletazo en el pecho de la princesa, y echó a huír por una puerta excusada.

Con el grito y la detonación acudieron a la puerta; pero la princesa se había aldabado por dentro..... Vinieron con barras y echaron la puerta abajo..... Entraron y encontraron a la princesa herida y revolcándose en su propia sangre..... Quisieron salvarle, pero fue tarde, allí a poco expiró

Así terminó esta mujer heroica, esta entereza varonil, honor de su sexo, esta mujer amante de un corazón de oro..... Esta real virgen, espejo de hermosura, este lirio de candorosa piedad..... Esta azucena matizada con la sangre de las vírgenes..... Le adornó la púrpura de los mártires y ciñó su frente el laurel del triunfo.

Pocas horas después dormían en el lecho del sepulcro los dos esposos, a quienes la mala estrella les persiguió en vida, y la muerte les unió exánimes en el tálamo frío del mármol del sepulcro.

Descansen en paz..... Descansen en el tálamo de la tumba, en la noche del sepulcro y en el silencio de la muerte, mientras sus almas viven dichosas y unidas en el día de la eternidad y a la luz del sol de la justicia.—Amén.

APENDICE

LA LIBERTAD SIN LIMITES

Desolatione desolata est omnis terra, quia nullus est qui recogitet corde. (*Jerem. 12, 11.*)

La tierra está desolada, porque no hay quien reflexione seriamente.

La sociedad, principalmente en los tiempos modernos, se halla hondamente conmovida y agitada, acaso por la mala acepción y uso de la libertad.....Quiérese una libertad sin límites: Libertad de ideas, libertad de operación, libertad de conciencia, libertad de cultos, libertad por la utopía de la soberanía del pueblo, libertad para lo malo; pero no para lo buenoImpunidad para los crímenes y para las culpas pasadas.

La mala acepción y el mal uso de la libertad en el pueblo, principalmente en la plebe, proviene de ignorancia, falta de ilustración, de falta de reflexión, porque para usar bien las cosas, es menester conocerlas: Se las conoce y estima con el buen juicio y detenida reflexiónAristóteles tuvo un profundo conocimiento de las cosas por la reflexión seria y profunda

de ellas.....No por esto quiere decir, que todos hemos de ser filósofos, no, basta que procedamos con prudencia..... Por eso la prudencia y cordura debe ser la primera virtud en la conducta y manejo de nuestras operaciones.....

Yo, llevado de la natural inclinación, que nos dió la naturaleza un ingenio curioso, investigando la causa del mal estar y perturbaciones de la moderna sociedad, encuentro en la mala acepción de la libertad y aspiración a una libertad sin límites: Se mueven mucho, se agitan mucho, se molestan mucho por ampliar indefinidamente los dominios de la libertad.....Yo en verdad, estudiándola, no la encuentro indefinida; porque retrocediendo un poco a los primeros tiempos de mi existencia, comencé la vida muy ligado y fajado ¡y cuidado con que estuviese algo holgado! porque vendría en detrimento de mi buena conservación futura.....Si tan embargado, tan ligado y tan fajado es el comienzo de mi vida ¿cómo puede ser ilimitada la libertad tan decantada?.....Después, cuando comienzo los rudimentos de curso é intento los primeros pasos, en caso de intentar andar libremente y a mi gusto, no sería sino dar malas caídas y experimentar feos golpes a asentadillas.....Después, ya no necesito el auxilio de la niñera, sino que por mí mismo doy pasos y emprendo el curso de andar y pasear ¡Cómo no quisiera andar libremente por esos mundos hermosos, por esos prados rientes sembrados de flores, y coger las brillantes mariposas, y

cazar esos pintados y cantores pajaritos!..... Y lo primero que se me amonesta es que los niños honestos no salen de casa, y que lo mejor y más recto es estar con la pierna quebrada, y en casa, porque la mujer y la gallina por salir pierden la haína.....Y que lo más recto y acertado es estar bajo la obediencia de los padres, y con la pierna quebrada, y en casa.Después de esto decidme ¿dónde está la ilimitada libertad?

En la entrada a la sociedad, ni se diga! y advertid que aquí es la emancipación, y comienza uno a estar sujeto al primer magistrado, porque así lo pide el orden, que los menores estén sujetos a los mayores, y todos a uno.....Yendo por esas calles, veo esos grupos acervales de frutas provocativas, y me viene en antojo asirme de una de aquellas pintadas y deformes manzanas, se me cortan los pasos, y asirme el policial es uno, y mi antojo me cuesta por lo menos un día de detención en prisiones.....

Después, yo vi que ajusticiaron una vez en banco de patíbulo a unos salteadores, porque no se puede apoderarse de las cosas ajenas.....Yo entonces, dije para mí: Es falso que el hombre tiene una libertad sin límites.

En la moral, ni se diga; porque se nos presenta toda una lista de leyes prohibitivas, y otras tantas disposiciones y decretos; y se nos pone impuestos hasta de cada vez, que nos quitamos el sombrero para saludar..... Y después de seto decís que hay libertad sin límites?

..... Yo no sé muy bien, decía Alcibíades, si yo he de disfrutar de mucha libertad o de poca, pero si sé que hasta ahora he sido menos libre de lo que pensaba.

Con qué visto está, que Dios no quiso que fuésemos tan libres como el águila, ni como la ballena, ni como el gamo, ni como el tigre, ni como el león. No se diga que nosotros aprisionamos a discreción el águila, que tomamos con el arpón a la ballena, al gamo con los perros, al tigre, al león. El gamo se nos escapa, la ballena se nos escabulle, el tigre nos mata

Después nos perseguimos unos a otros, y la libertad anda tan mal, que apenas merece el nombre de tal: Esta reina no puede reinar, sino como reinan, los que reinan, es decir: unos sobre otros... ..El más libre debe hacer su mayor libertad, sujetando al menos, y como en otros tiempos han hecho los egipcios, los hebreos, los medos, los asirios, los caldeos, los persas, los griegos, los romanos, los ingleses, los franceses, y todo el mundo, y lo han de hacer hasta la consumación de los siglos, porque es la cosa más natural y usada.

Mas donde se echa de ver otra ansia de libertad es en la sociedad a la moderna: Apañadas turbas corren al abismo de la perdición, y se ven, atolladas en los escombros de la ruina por aspirar a la libertad sin límites en el uso de las cosas de la tierra: «Todos iguales y todo para todos».....

Cierto que todas las cosas han sido criadas

para todos, pero en posibilidad, en aptitud; mas en la práctica, es querer un imposible

Iba de camino por esas calles, cuando pasó por mi lado un hombre con su calzado futre. Me vino en antojo apropiarme de su calzado ¡Cómo, si es todo para todos!..... El tal no quisiera aquietarse, porque ninguno le viene tan bien como su propio calzado. Ni yo estuviera contento, porque a mí me vendría muy estrecho o muy amplio..... Pues esto que decimos de los particulares, quiere el Socialismo en la práctica: Todo para todos, es decir, un imposible; porque el todo real es finito limitado, y no alcanza a la vez para todos Y no están contentos todos Donde reina el Socialismo, ni los despojados pueden convenirse, porque los privan de cosas que les han costado tantos sudores y trabajo, ni los otros pueden estar aquietados y seguros por los reclamos y descontento público.

De todo esto deduzco que no hay para nosotros libertad sin límites; para esto se necesita ser Dios, ser todo y todo de sí; pero nosotros que recibimos la existencia de otro; tenemos que estar sujetos y limitados a El y estar sujetos a sus leyes y dominio. Hay libertad amplia para lo bueno y para los medios que conducen a lo bueno o no se oponen a él.

Contentémonos pues con este pedazo de libertad. Y en el uso de las cosas contentémonos con el rincón del mundo que nos ha cabido en suerte y por los medios que nos ha indicado la naturaleza, con la posesión y el derecho de propiedad.....

Imitemos a las naciones que se han hecho grandes y ricas con la paz, conformándose en esto Uno de ellos es elegido Jefe legítimo, pues se conforman, cualquiera que el sea, y se entregan al trabajo con ardor..... Han adquirido legalmente un pedazo de propiedad, están contentos, y lo que procuran es hacerle fructificar, hacerle progresar con la aplicación al trabajo..... Imitemos a estos pueblos; y es una vergüenza que pueblos que no son católicos nos den ejemplo en esto ¡no importa!..... Recibamos el buen ejemplo de quien quiera que nos venga..... Y así nos vendrá a nosotros también la paz, la prosperidad y progreso.



INDICE

LIBRO PRIMERO

CAPITULO I

	PAGS.
Artículo 10.—Una caza Mayor o de Montería.....	1
„ 20.—El Sr. Viñolo.....	7
„ 30.—La Bolsita Milagrosa.....	12
„ 40.—Un Ruego Poderoso.....	15

CAPITULO II

Artículo 10.—Confidencias.....	18
„ 20.—El Rejo de Carrascal.....	22
„ 30.—Caza de Liebres al Tiro.....	27
„ 40.—La Invitación.....	32

CAPITULO III

LA CORRIDA DE TOROS

Artículo 10.—El Primer toro.....	35
„ 20.—El Héroe de Baco.....	41
„ 30.—El Nuevo Hércules.....	44
„ 40.—El Ultimo Toro.....	47
„ 50.—Un Milagro de la Bolsita Milagrosa....	50
„ 60.—El Sr. Zorrilla.....	55
Fin del Libro Primero.....	62

LIBRO SEGUNDO

LA LOGIA MASONICA

CAPITULO I

ANTES DE LA RECEPCION

Artículo 10.—La Cita.....	63
„ 20.—Lo que le sucedió a Carlos en la Plaza Mayor.....	69
„ 30.—La Primera Visita.....	73
„ 40.—El Gran Salón de la Logia Masónica....	78

CAPITULO II

LA RECEPCION

	PAGS.
Artículo 10.—La Tenida de Recepción.....	83
„ 20.—Ceremonias de Recepción.....	90
Fin del Libro Segundo.....	98

LIBRO TERCERO

LA CORTE DEL REY ESTEBAN

CAPITULO I

Artículo 10.—Aposento de la Princesa Matilde.....	99
„ 20.—Declaración y Decisión Regia.....	102
„ 30.—Celos del Escucha.....	106
„ 40.—Sospechas y Resolución.....	109

CAPITULO II

EL CONFLICTO

Artículo 10.—El Conflicto Urge.....	114
„ 20.—Resolución Heroica.....	119
Fin del Libro Tercero.....	121

LIBRO CUARTO

EL SUBTERRANEO DE LADRONES

CAPITULO I

RECONOCIMIENTO

Artículo 10.—Sucesos de Reconocimiento.....	122
„ 20.—Los niños y los locos hablan la verdad..	129
„ 30.—Matilde y Nacha.....	136

CAPITULO II

LA PRUEBA

Artículo 10.—Disyuntiva Atroz.....	139
„ 20.—Terrible Defensor de Matilde.....	142

CAPITULO III

DESOPINADA AGRESION

	PAGS.
Artículo 1º.—Desesperadas Disposiciones.....	145
Fin del Libro Cuarto.....	150

LIBRO QUINTO

OTRA VEZ LA CORTE DEL REY ESTEBAN

CAPITULO I

EXPLORACION E INTRIGAS

Artículo 1º.—En casa de su Padre	151
„ 2º.—Aniceto y Boberques.....	156

CAPITULO II

DESENLACE

Artículo 1º.—Rayos de Júpiter Beligerante.....	160
„ 2º.—En brazos de su Padre	165
„ 3º.—El Tálamo de la Tumba.....	169
Artículo Final.—La pasión ciega y un abismo lleva a otro abismo	173

FIN

CERTIFICADOS DE LICENCIA

Gobierno de la Provincia Mercedaria de Quito

Quito, a 10 de Agosto de 1935.

Puede imprimirse

Fr. Ramón Gavilanes,
Provincial.

Gobierno Eclesiástico de la Arquidiócesis

Quito, a 13 de Agosto de 1935.

Revise e informe el Rdo. Sr. Pbro. D. D. Manuel M. Betancourt.

El Vicario General.

Al Rmo. Sr. Dr. D.
Víctor M. Carrillo, dgmo. Vicario General de la Arquidiócesis.

Rmo. Sr.:
He leído el presente manuscrito "El Tálamo de la Tumba"; y no he encontrado nada que sea opuesto a la Fe y Moral cristianas.

En Quito, a 3 de Setiembre de 1935.

Manuel María Betancourt,
Presbítero.

Gobierno Eclesiástico de la Arquidiócesis

Quito, a 4 de Setiembre de 1935.

Puede imprimirse

Víctor M. Carrillo,
Vicario General.